

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO VIII

SANTIAGO DE CHILE
1919

DON FRANCISCO VALDÉS VERGARA ⁽¹⁾

Don Francisco Valdés Vergara, periodista, educador, diplomático, orador político, economista, banquero, hombre práctico de negocios y hombre de su siglo, de un siglo asaz realista y calculador, vivió aquejado de idealismo, de un idealismo incurable y tenaz que resistió la prueba de todos los desengaños. Y convendréis conmigo, señores, que si en todo tiempo ha sido mérito excelso, sólo concedido a ciertos espíritus de selección, elevar la mente hasta la concepción de un ideal y ejercitar, para realizarle, todas las energías de la vida, en el que ahora alcanzamos, llamado enfáticamente de las «soluciones prácticas», concepto con que se pretende disfrazar lo que el pudor, todavía, se obstina en no decir, raya en los límites de lo heroico el atreverse a jinetear nuestro moderno Pegaso, trocado en Rocinante por los que no están dispuestos a consentirle que se eleve un palmo del suelo.

Pues el señor Valdés Vergara tuvo este mérito. Luchó por ideales, aplaudido por unos, combatido por otros, según sus convicciones, sin hacer caso ahora de los que no las tienen, aunque tal vez parezca un error el prescindir de ellos, ya que, dotados de una gran fuerza de inercia, son, por la testarudez

(1) Fragmentos del discurso pronunciado por el Señor Vicuña Cifuentes en su incorporación a la Facultad de Humanidades, Filosofía y Bellas Letras de la Universidad de Chile.

con que resisten cualquiera novedad, los árbitros de todas las situaciones.

Los que así piensan, si esto es pensar, suelen denominar utopía aquello que, por no estar al alcance de sus luces, provoca sus desconfianzas y estimula sus negaciones. Huyen de ciertos procedimientos, que ellos califican despectivamente de demasiado sabios, acostumbrados como están a los métodos empíricos, que sólo resuelven las dificultades del momento, sin prever las que se presentarán más tarde. Les hacen el cargo de estar atiborrados de conceptos que ahora no son indispensables, como si pudiera amenguar su importancia, el que a veces rebasara el molde destinado a contenerlas, la exuberancia de las ideas, que no son agua que se desborda para perderse en el rezumadero, sino trigo que cae en la tierra fértil, para fructificar mañana.

Desde luego, el señor Valdés Vergara poseía, como escritor y como orador, un conjunto de peregrinas cualidades que podrían sintetizarse así: sabía ver, sabía seleccionar y sabía transmitir. Este fué el secreto de la popularidad de su obra.

Su mirada abarcaba el cuadro en conjunto y en detalle; pero, cuando quería proyectarle a los ojos de los demás, menos aptos que él para comprenderle sin mentores, sabía distinguir lo característico y esencial de lo allegadizo y superfluo, y comunicar a los otros las nociones en forma que pudieran ser totalmente asimiladas. En este sentido, el señor Valdés Vergara fué un educador dotado de raras condiciones pedagógicas, que él ejercitaba en un ambiente todavía más amplio que el de la cátedra, a la cual tampoco fué extraño, ya como conferencista, ya, en acepción más genuina, como profesor de aquellas Escuelas Franklin, que no sabría yo decir si recibieron de sus fundadores el carácter especial que las distinguía, o le imprimieron en ellos, por influencia del nombre que llevaban, hasta hacer de aquellos nobilísimos espíritus, una especie de apóstoles, de todo punto inconfundibles con los demás hombres de su tiempo. En ellas profesó entusiastamente el señor Valdés Vergara, con su hermano Ismael, cuya rectitud y austeridad habéis conocido; con el inolvidable Benjamín Dávila Larraín, en quien tan di-

chosamente armonizaban cerebro y corazón, y con tantos otros, algunos vivos aun, que formaron en aquella generación del *setenta y cinco*, todos patriotas, todos abnegados, todos buenos.

El credo del señor Valdés Vergara era esencialmente espiritualista, y para comprender la evolución de sus ideas, es necesario tener esto muy en cuenta. Entre el orador de los círculos liberales y el conferencista de la *Unión Católica*, no puede señalarse una solución de continuidad que divida en dos épocas distintas y hasta contradictorias su vida de pensador. Los dos extremos señalados, al parecer antitéticos, están unidos por un camino llano y sólo marcan las estaciones de partida y de llegada. La evolución pudo realizarse al revés, como en muchos otros — Renán, por ejemplo — y habría significado lo mismo: el devenir de un espíritu, siempre dentro del credo que profesaba.

Esta evolución suya hacia un espiritualismo místico, sin apartarle enteramente de otros estudios, como los de carácter económico, que habían sido la preocupación de sus mejores tiempos, le absorbió en contemplaciones religiosas, en el pensamiento de la vida futura. Entonces el antiguo biógrafo de Franklin y expositor de sus obras, comentó algunos capítulos del libro de Kempis, amargo como la desesperanza, y en el estilo nítido y sencillo en que era maestro, narró a los niños y a los humildes la vida del dulce y melancólico rabí de Galilea.

Sabio, recogido, frugal y austero en sus costumbres, cualidades de que daba testimonio objetivo su persona misma, alta, enjuta, cual la de un asceta, con el rostro severo guarnecido por barbas luengas y floridas como las de un patriarca, quienquiera que, sin conocerle, le encontrara a su paso, podía estar cierto, con el solo antecedente de su figura, de no haber tropezado con un hombre vulgar. Trabajador potentísimo y carácter ardoroso, a veces con exceso, tomó la vida como un apostolado y sembró ideas y enseñanzas cuya realización, en ciertos puntos, no puede ser obra de una generación. Y es este, señores, a mi juicio, su mejor elogio, porque acusa corta visión en el que la imaginó, la obra espiritual que se inicia y se termina en el espacio de una vida, para ser olvidada poco después. El

nombre de don Francisco Valdés Vergara no vivirá sólo en nuestro país cual el de un impulsor de las tareas del pasado, sino como el de un colaborador en la obra del porvenir.

Y ahora que ha llegado el momento de poner fin a este modesto recuerdo de mi ilustre predecesor, no llevaréis a mal que quiera terminarle con las palabras con que le comencé, porque no dejaréis de creer conmigo, que «hay herencias, señores, en que el halago que sentimos al recibirlas, por la honra que nos dan, se ve perturbado por la conciencia de los deberes que esa misma honra nos impone».

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

TEMAS DEL LIBRO «EL JARDINERO»

DE RABINDRANATH TAGORE

(Lectura hecha en el Club de Señoras)

5

Inquieto estoy y sediento
de un lejano más allá;
quiero volar hasta el cielo,
quiero subir mucho más,
por las frías vaguedades
de la etérea inmensidad;
y en mi ascensión ilusoria,
¡oh, lejano más allá!
cuando escucho que me llamas,
llego un instante a olvidar
que preso estoy y sin alas
en mi cárcel terrenal.

Proscrito, anhelante y triste
por la dura tierra voy:
tú, con tu aliento me envuelves
susurrando en derredor,—
en un idioma que entiende
como suyo el corazón,—

una esperanza que nunca
realizarla podré yo.
Y, al escuchar que me llamas,
¡lejana y secreta voz!
llego a olvidar un instante,
en mi anhelosa obsesión,
que no conozco el sendero
de mi corcel volador.

Desencantado y sin fuerzas,
sólo un peregrino soy
de los oscuros rincones
de mi propio corazón;
y en esas lánguidas horas
de desaliento y temor,
sobre la niebla que rompen
los tibios rayos del sol,
en el azul de los cielos
brilla tu inmensa visión;
y, al escuchar que me llamas,
llego a olvidar el dolor
de ver cerradas las puertas
de mi terrena mansión!

24

No me escondas el secreto
de tu tierno corazón;
pero dímelo a mí sólo,
que tu fiel amigo soy.
Saber quiero en tu sonrisa
lo que me oculta tu voz;
que no llegue a mis oídos
pero en mi alma lo oiga yo:
¡no me escondas el secreto
de tu tierno corazón!

Solitaria está la casa,
mudo el viejo corredor

donde ríe, entre jazmines,
la pristina luz del sol.
Ven y dime,—de tus ojos
en la tímida expresión
y en esos rojos fulgores
de que se tiñe el pudor,—
el secreto que tú escondes
en tu tierno corazón!

69

Reid, si queréis, amigo:
yo al Dorado Ciervo sigo
con incansable tesón.
I si pierdo al sol sus huellas,
¡a la luz de las estrellas
iré tras de esa visión!
Por el monte, por el prado,
detrás del Ciervo Dorado,
corre, corre, Corazón...

Busquen otros el hechizo
de un profano Paraíso
de mundana seducción;
yo—encadenada mi vida
a los vientos sin guarida—
me cierno en otra región,
y siento en mi loco vuelo,
mientras más distante el suelo
más libre mi corazón.
Por el espacio azulado
yo sigo al Ciervo Dorado
con incansable tesón.

70

Era en Julio nebuloso
y en mi apacible niñez:

al arroyo cristalino
eché un barco de papel.
Aunque a solas en la orilla,
¡yo era más feliz que un rey
al ver cómo, de onda en onda,
se escurría mi bajel!

Negra nube cubre el cielo;
sopla recio vendaval:
el arroyo es un torrente
que se desborda al pasar
¡y mi barco despedaza
en su carrera fatal!...
Yo pensé con honda pena,
al mirarlo zozobrar,
que sólo ¡ay! en contra mía
sopló el fiero vendaval.

Hoy, lluvioso mes de Julio
y ya en mi adusta vejez,
meditando en el Destino,
que conmigo ha sido cruel,
y en los juegos de la vida—
en los que siempre dejé
algún pedazo de mi alma
por un ingrato placer,—
al enrostrar a la suerte
su crueldad y su esquivéz,
burlona vuelve a mis ojos
la imagen del tiempo aquel,
con su arroyo cristalino
y su barco de papel...

JUAN N. ESPEJO V.

Octubre de 1918.

(Continuará).

¿QUÉ NOS CONVIENE MÁS

LA CIRCULACIÓN DEL BILLETE CON CAMBIO FIJO O
LA CIRCULACIÓN DEL ORO ACUÑADO? ¿EL «GOLD
STANDARD» O EL «GOLD EXCHANGE STANDARD»?

Don Agustín Ross ha publicado recientemente un trabajo titulado «La conversión metálica», uno de cuyos capítulos está dedicado a combatir la idea que contenía el proyecto de Caja Central (que, debido a la guerra de 1914, no alcanzó a ser aprobado en su última tramitación constitucional), de facultar a esta institución para girar letras de cambio sobre el extranjero, cuando lo estimara conveniente, como medio de mantener la estabilidad del cambio internacional.

Como se trata de una opinión emitida por uno de nuestros más reputados financistas, he creído conveniente no dejarla pasar sin hacer sobre ella algunas observaciones que estimo de interés nacional.

El señor Ross dice en el capítulo a que me refiero lo siguiente: «El *gold standard exchange*, o sea el pago de billetes con letras giradas sobre depósitos de oro en el extranjero, fué propuesto en Chile poco antes de la guerra mundial, pero felizmente no se implantó. Ciertamente es que no querían conversión de ninguna forma... pero esa forma habría sido inconveniente, de seguro».

No sin temor, por tratarse de una persona como el señor Ross que seguramente posee el inglés mejor que yo, me permito,

desde luego, observar que el dicho sistema ha sido llamado por los ingleses *gold exchange standard* y no *gold standard exchange*, como lo llama el señor Ross. No hago esta observación por entrar en una cuestión pequeña de terminología económica, que resultaría más pequeña para nosotros, por tratarse de vocablos extranjeros, sino que lo hago porque, al variarse la colocación de las palabras inglesas, se varía también el sentido de la expresión. Es el *standard* del *gold-exchange* (patrón de los cambios de oro), para distinguirlo del antiguo *standard* del *gold* (patrón de oro).

Pero dejemos las palabras y vamos a los hechos. El señor Ross agrega:

«Los billetes circulantes no pueden mantener ni mantienen en ninguna parte su crédito indudable y su valor íntegro, sino cuando son pagaderos en moneda de oro sellado, en el acto de su presentación en la oficina correspondiente y sin ninguna duda ni restricción. Haría muy mal efecto si una persona se presentara a la Caja Central a cobrar una cantidad de billetes y se le contestara con un *cobre-allá*, entregándole en pago una letra sobre Londres o Nueva York que el interesado tendría que ir a cobrar o a negociar. Además se le impondría un tipo de cambio en el cual no habría tenido oportunidad de convenir ni siquiera de discutir.»

En una palabra, el único sistema posible es el del pago inmediato de todos los billetes por oro sellado tal cual se hizo en 1895.

Si es efectivo, como lo afirma el señor Ross, que en ninguna parte puede el billete mantener su crédito y su valor íntegro, sino cuando se le paga en moneda de oro sin restricción alguna, hay que declarar que son muy pocos los países donde, en este último tiempo, y me refiero al período anterior a la guerra, ha estado establecido el patrón de oro en su absoluta integridad.

Desde luego me bastará recordar el caso de Francia, donde su Banco Privilegiado, que es el alma de su sistema monetario, en algunas ocasiones, antes de la guerra, como ser por ejemplo en Noviembre de 1912, no pagaba en oro sus billetes, sino

cuando se trataba de sumas no superiores a 300 francos. Otro tanto había sucedido también en Alemania. Y mientras tanto ambos bancos, el de Francia y el Imperial Alemán, procuraban mantener la paridad de los cambios por medio del giro de letras sobre el extranjero. Luego ni en Francia ni en Alemania, antes de la guerra, existía el régimen de conversión del billete como lo pretende el señor Ross para Chile.

Lo que hay es que el señor Ross es un distinguidísimo financiero, pero de la escuela *metalista* antigua, de éstos que pensaban que no puede haber circulación monetaria «sana», sino es de moneda de oro. Cuando se trataba en Londres de la reforma monetaria de la India, que fué hecha contra todas las teorías del señor Ross, el banquero Alfredo de Rothschild decía «en el hecho un sistema monetario basado en el oro, sin que exista una circulación de moneda de oro, me parece absolutamente imposible». El banquero Rothschild se equivocó en Inglaterra, como se equivoca el señor Ross en Chile.

Para que exista lo que se ha llamado el *gold exchange standard*, tal como se le ha concebido en otras partes y tal como lo concibieron los partidarios del proyecto de Caja Central aprobado por la Cámara de Diputados en 1914, no es indispensable que todo billete sea necesariamente pagado en letras de cambio sobre el extranjero, como parece entenderlo el señor Ross. Basta con que la Caja emisora tenga la facultad de pagar en esta forma sus billetes cuando ella lo estime conveniente. Basta con que no se establezca la obligación de convertir todo billete en oro acuñado.

La idea del *gold exchange standard* aplicada a Chile, en el proyecto de Caja Central de 1914, consiste en continuar acalante con la circulación del billete como moneda de curso legal, como se ha hecho en la República Argentina; pero que el cambio internacional se mantenga con la misma estabilidad con que se mantiene en los países de circulación de oro. En cuanto a la facultad de comprar o vender letras de cambio como medio de emitir y de pagar los billetes, esto no es sino lo mismo que hace cualquier gran Banco Privilegiado para mantener el cambio internacional.

En cambio la idea de conversión de 1895, patrocinada por el señor Ross, consiste en convertir el billete por la moneda de oro acuñada, la cual queda como única de curso legal.

Ambos sistemas conducen al gran *desiderátum* de la estabilidad del cambio internacional; pero aquél tiene sobre éste ventajas demasiado evidentes para que podamos despreciarlas.

En primer lugar el sistema de la circulación del billete a cambio fijo requiere un *stock* de oro mucho menor que el que se necesita para establecer la circulación de la moneda de oro. Los particulares guardan oro en sus cajas y los avaros atesoran en oro cuando circula el metal noble como única moneda de curso legal; al paso que con la circulación del billete no sucede igual cosa. La República Argentina inició su Caja de Conversión sin contar con un fondo de oro apreciable. ¿Se habría podido conseguir esto si se hubiera establecido la conversión del billete y la circulación de la moneda de oro acuñada como lo desea el señor Ross para Chile? Verdad es que la Caja de Conversión argentina no giraba letras de cambio, pero pertenece también al sistema del *gold exchange standard* por aquello de mantener al billete como moneda de curso legal y de no acuñar moneda de oro para hacer el canje del billete.

El sistema de la circulación del billete es más económico y, por lo tanto, más racional que el de la circulación del oro, por cuanto se necesita menos oro para su funcionamiento. Si con el billete que nos cuesta tan poco fabricarlo, podemos satisfacer en muy buenas condiciones las necesidades internas de la circulación ¿a qué acudir al oro para reemplazarlo?

Se dirá que las Cajas de Conversión requieren también oro. Pero el oro que tienen estas cajas permanece en depósito y, por lo tanto, no sufre desgaste alguno por el uso; ni exige tampoco gastos de acuñación, porque se le guarda en barras o monedas de cualquier nacionalidad, o, si está en el extranjero, se le guarda depositado en un banco. Además estas cajas requieren, como lo he observado, un stock de oro menor que el que se necesita para la circulación del oro acuñado. Por lo tanto, este sistema de la circulación del billete a cambio fijo tiene las mismas ventajas que el sistema de la circulación del oro acuñado,

siendo a la vez mucho menos oneroso que él. Si por más económico se entiende aquello que, dando iguales resultados, es, sin embargo, menos costoso, deberemos concluir que el sistema de la circulación del billete a cambio fijo o sea el *gold exchange standard* es más económico que el de la circulación del oro acuñado.

No hay ventaja económica alguna en favor de la circulación del oro; las únicas razones que se pueden aducir son las de un carácter estético o higiénico, que no compensan, sin duda, el sacrificio económico-social que debe hacer un país para tenerla. Adoptar la circulación de las monedas de oro nada más que porque son bonitas y limpias, a pesar de ser tan caras, no sería, en efecto, justificado, bajo el punto de vista económico-social.

Por otra parte, la vida de los Bancos se hace más segura, menos sujeta a retiros de depósitos por desconfianza, con la continuación del uso del billete que con la vuelta a la moneda de oro. Si se acuña una moneda como en 1895 y se la hace única de curso legal, los depositantes, sobre todo en un país que ha sufrido un fracaso como el de 1898, que dejó un tanto resabiados a los que lo sufrieron, se apresurarían a retirar sus depósitos al primer rumor más o menos fundado o mal intencionado que se esparza por las calles. Con el billete no sucede lo mismo, aunque se trate de un billete convertible como el de las Cajas de Conversión.

La facultad de la Caja de girar letras sobre sus depósitos o créditos en el extranjero, y de comprar letras emitiendo billetes, es un resorte indispensable en un gran banco central moderno, sobre todo en momentos críticos. En efecto, en el caso de una corrida a los bancos si existe el régimen de la circulación del oro acuñado como en 1895, sería necesario traer oro apresuradamente del extranjero. Si la cordillera estuviera cerrada o si la Argentina prohibiera la exportación de su oro, no tendríamos medio alguno de procurarnos este metal con la rapidez requerida. Si en cambio existe una Caja de Conversión con la facultad de comprar y vender letras sobre el extranjero, los bancos podrían procurarse créditos en oro telegráficamente

y, vendiendo sus letras a la Caja, podrían recibir en Chile los billetes que necesitaran. La caja misma, si fuera necesario, podría abrirse créditos de emergencia para girar sobre ellos en un momento de crisis. Toda persona que conozca de cerca la vida de nuestros bancos, como la conoce el señor Ross, y que recuerde los acontecimientos de 1898, comprenderá suficientemente el peso de esta razón.

La facultad de la caja de girar letras sobre el extranjero no quiere decir que todos los fondos de conversión deban estar en el extranjero. Nada de eso: la caja tendría en Nueva York o en Londres los créditos y depósitos que estimara conveniente y nada más, como lo hacían el Banco de Francia y el Banco Imperial Alemán antes de la guerra.

Por otra parte para que exista esto que se ha llamado el *gold exchange standard* no es necesario que se suspenda todo canje de billete por oro. Se dice que existe el *gold exchange standard*, como lo expone un especialista inglés (1), cuando el oro no circula en cantidad apreciable, cuando la moneda local (*local currency*), o sea entre nosotros el billete fiscal, no es obligatoriamente convertible en oro, y cuando el Gobierno o Banco Central tiene negociaciones con el extranjero que le permitan girar letras para mantener el tipo del cambio.

En algunos países, como en la India y en las Filipinas, el funcionamiento del *gold exchange standard* es más radical, pues se opera casi exclusivamente por medio de letras de cambio. En otros países como en la República Argentina, la Caja de Conversión empoza su oro en sus propias cajas. En nuestra proyectada Caja Central se podría operar de ambas maneras: con oro en caja y por medio de letras a voluntad de la administración de la Caja. Toda institución moderna reguladora del circulante monetario, llámese Banco o Caja Central, debe disponer de esta facultad de girar letras sobre el extranjero. Suprimirle este derecho, obligarla a convertir sus billetes en oro acuñado sin restricción alguna, hacer del oro la única moneda de curso legal, como lo desea el señor Ross, como se hizo en 1895,

(1) J. M. Keynes, *Indian Currency*. London, 1913.

es dejar a la institución emisora en condiciones defectuosas para su funcionamiento.

Por otra parte, el sistema de la circulación de billetes de la Caja de Conversión permite que se conozca exactamente el monto de la circulación monetaria, en un momento dado, puesto que toda ella es de billetes. Con la circulación del oro amonedado no sucede igual cosa; se hace imposible saber con exactitud cual es el *stock* de monedas de oro que existe en el país en un momento dado. Esta es una gran ventaja del sistema de la circulación de billetes, porque permite conocer la cantidad de monedas circulantes, permite llevar la estadística de ella y, por lo tanto, presenta una base más segura para que la institución central, reguladora del circulante, proceda con mayor conocimiento del estado del mercado.

El señor Ross dice que el pago de billetes en letras puede producir una enorme restricción del circulante en tiempo de pánico, pues los billetes retirados de la circulación no serían reemplazados por ninguna clase de monedas. Lo mismo podría observarse de una Caja de Conversión como la de la República Argentina, pues allí no circula tampoco la moneda de oro acuñada, de tal manera que un canje fuerte de billetes por oro, significa sencillamente una disminución del billete circulante, sin ser reemplazado por monedas de oro que sean también circulante.

La verdad es que las estrecheces de circulante en tiempo de pánicos se producen en todo sistema que tiene por base la moneda de oro. Cuando circula el oro, el público lo oculta en momentos de pánico. Pero, la Caja Central, tal cual fué aprobada en la Cámara de Diputados, podía emitir billetes hasta por cierta suma para hacer descuentos a los bancos, lo cual le permitía proveer al mercado del circulante necesario en un momento crítico. Esta es una facultad muy importante para una institución central de cierto carácter monetario y bancario.

La ciencia monetaria moderna ha constatado en todas partes la evolución de las funciones del oro, el cual va quedando más como patrón de valores y como medio de dar estabilidad al cambio internacional, que como moneda acuñada base de

la circulación monetaria interna de un país. En los propios países europeos, como Francia, Alemania, etc., antes de la guerra, se había ya constatado esta evolución: la circulación monetaria interna o nacional se hacía en su mayor parte con billetes y con monedas divisionarias de plata o níquel y no con oro amonedado.

Hoy después de la guerra, dado el enorme desarrollo que ha tomado en Europa la circulación del billete, los progresos del *gold exchange standard* serán sin duda mucho mayores. En la propia Inglaterra que ha sido la madre patria del gold standard, se han levantado al presente voces autorizadas en favor de este sistema. Pero, si aun tratándose de países acreedores, de grandes centros monetarios como Inglaterra, se divisan aun razones para preferir el sistema de la circulación del billete a la del oro acuñado, tratándose de países deudores, de mercados monetarios en cierta manera dependientes de los grandes centros, como sucede con Chile, las ventajas del *gold exchange standard* son tan claras que no pueden ser despreciadas.

GUILLERMO SUBERCASEAUX.

LA CAÍDA DEL MINISTERIO VARAS-SANTA MARÍA

· EN AGOSTO DE 1879

La memoria sobre la crisis ministerial que disolvió el Gabinete organizado el 19 de Abril de 1879, del señor don Jorge Huneeus, que tuvo a su cargo el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, publicada en el número XX de esta Revista, sugiere algunas observaciones que la completen y precisen.

No es posible en artículo, como el presente, considerar con la extensión requerida, las breves y sucintas enunciaciones de hechos que aparecen consignados como antecedentes de la crisis. En estos hechos figura don Domingo Santa María.

En vía de concluir mi trabajo sobre el Ministerio Varas-Santa María, me refiero a él porque allí están consideradas en extenso esas referencias de Huneeus, a quien guardo hasta hoy cariñoso recuerdo desde que fué mi profesor en la Universidad de Chile.

No es extraño que haya carecido de algunos datos e informaciones y que no haya tenido conocimiento seguro de relaciones y actos de otras personas, en que no intervino.

Brevemente me referiré a algunos de los antecedentes que cita Huneeus.

Entre Varas y Santa María hubo en Abril, al organizarse el Ministerio, francas y llanas explicaciones sobre la situación po-

lítica de ambos, sobre la acción de sus amigos y sobre los peligros para la estabilidad del Ministerio si los partidos no guardaban suficiente dominio sobre sí mismos, en el choque inevitable en la constitución de las Cámaras, principalmente con ocasión de las dualidades producidas en la elección de senadores. Uno y otro sabían que, en esos choques sus amigos votarían sin tomar en cuenta la situación ministerial, organizada para llevar una guerra activa contra el enemigo exterior.

Varas y Santa María no se ocultaron ni se ocultaban sus propósitos políticos, ni sus actos ni los de sus amigos. Santa María, no menos sino mejor que Huneus, conocía por Varas mismo los móviles a que obedecía al organizar el Ministerio, cómo apreciaba su situación en el Gobierno, cómo la juzgaba con relación al Congreso y á sus subalternos. Conocía perfectamente sus deseos de retirarse.

Las circunstancias políticas no les alteraban ni les afectaban.

Es oportuno expresar que Varas, de acuerdo con el Presidente Pinto, indicó a Santa María, en Abril, para que ocupara el Ministerio de la Guerra. Santa María creyó, dado el estado de guerra, que debía llamarse a un militar como una manifestación al Ejército. Fué llamado el General don Basilio Urrutia.

No es fácil hoy precisar a qué dificultades, de Santa María con Arteaga, Huneus quiera referirse. Dificultades, si así quiere llamarse, no hubo en Antofagasta sino la de obtener que el General en Jefe precisase y fijase sus ideas sobre plan de operaciones: se discurrió sobre las tres operaciones posibles. El General Arteaga convino en expedicionar sobre Tarapacá y persistió en ello desde el 28 al 30 de Junio, opinó hacerlo sobre Lima el 1.º de Julio y sobre Mollendo, para dirigirse a Tacna, el 3 de Julio. Constatar que el ejército no se encontraba en estado de expedicionar no es difícil. Estas solas circunstancias obligaban a Santa María a regresar a Santiago.

Es posible, así, que Huneus quiera referirse, llamándole dificultad, a la negativa del General Arteaga para suscribir el acta de 28 de Junio, a propósito de la cual y de telegramas salidos del Cuartel General a los hermanos Arteaga Alemparte,

se dijo en Santiago a miembros del Gobierno que el Ministro procuraba desprestigiar en el Ejército al General en Jefe, incidente que en Antofagasta no se vió. Sobre este punto, que necesita alguna extensión, me refiero al trabajo en vía de conclusión.

Desde aquel puerto regresaron juntos, viejos y leales amigos, Sotomayor y Santa María: el primero, comprometido a acompañar al segundo si volvía a Antofagasta. Varas no lo ignoraba, impuesto de ello por uno y por otro. No cabe en este artículo ver que elementos produjeron la cuasi crisis a que Huneeus se refiere, con motivo del acuerdo de que Sotomayor volviese a Antofagasta. Sotomayor volvió con voluntad de Varas; debe agregarse, con asentimiento y con deseos de Santa María.

Es punto cierto para mí que el decreto que nombró a Sotomayor Comisario General de Gobierno fué redactado por Santa María. Y los que hayan tenido ocasión de juzgar sus redacciones, la reconocerán allí. Sotomayor fué al norte con el rango que debía tener y que exigían los casos determinados en que hubiera de actuar.

Y Huneeus así lo supo y así lo creyó cuando remitió a Santa María los tres ejemplares del decreto que lo nombró, junto con los oficios para el General Arteaga y para el Contralmirante Williams; van *«las tres transcripciones, le decía a Santa María, del decreto reservado dictado hoy referentes al nombramiento de Sotomayor, de las cuales harán Uds. uso si fuere menester, no dándole curso sino en ese caso»*.

Los tres ejemplares de la transcripción de ese decreto permanecieron en mi poder y a mi cuidado, con todos los papeles de mi padre, hasta el 3 de Agosto día en que, antes de regresar al sur, fueron entregados a Sotomayor.

Seguramente Huneeus no hizo recuerdo de este antecedente cuando escribió su memoria.

Pero de todo lo expuesto, unido a que Santa María se ausentó de Santiago para trasladarse a Antofagasta, resulta un he-

cho bien explícito. El Ministerio no estaba en vías de crisis cuando Santa María partió al norte, ni los antecedentes que se recuerdan, ni acto de él, ni actos de sus amigos políticos dieron lugar a ella.

Santa María salió de Antofagasta en dirección a Valparaíso sin saber que había crisis ministerial. Varas le llamó el 2 de Agosto, expresándole que negocios importantes del exterior y la situación política exigían su presencia en Santiago. El día 4 le telegrafió nuevamente. Le decía, refiriéndose a la situación ministerial. «Consecuencias (de la interpelación en el Senado) renuncia irrevocable de Urrutia. Renuncia de Huneeus sin este carácter decidido. Crisis ministerial. He indicado Ministerio compacto que asegure mayoría en las Cámaras eliminándome yo... Esto exige la presencia de Ud.». Las renuncias expresadas se presentaron el 2 de Agosto. Varas no presentó renuncia, si bien dió al Presidente la opinión que contiene su telegrama.

Santa María no lo recibió: había salido ya de Antofagasta. Sotomayor se lo remitió por correo a Santiago.

Huneeus aseguraba a Santa María, en carta fechada el 29 de Julio, que las interpelaciones de Encina, en el Senado, y de Las Casas, en la Cámara de Diputados, terminarían favorablemente; que estaba tranquilo. Igual apreciación le transmitía el Presidente Pinto, Varas y Matte.

La crisis ministerial procedió, entonces, de actos o hechos acaecidos en Santiago entre el 30 de Julio y el 2 de Agosto.

¿Qué la originó?

Huneeus mantenía cordiales relaciones con políticos de diversos matices. Concurría a las tertulias políticas del grupo liberal llamado errazurizta, donde oía emitir acres opiniones contra los nacionales y expresar que era imprescindible la salida de Varas del Ministerio, para evitar la preponderancia de este grupo y escuchaba, con amistosa deferencia, a sus amigos don Maximiano Errázuriz y don Luis Pereira, quienes haciéndose eco de la dirección de su partido, el conservador, discutían sobre la gravedad en la situación interna, pues temían mo-

vimientos populares. Juzgaban que era preciso, para prevenirlos, que en el Gabinete estuviesen representados los principales partidos.

Bajo estas impresiones se desarrolló la interpelación Encina en el Senado. Hubo movimiento de turbas, cuyos azuzadores eran conocidos. Los oradores los precisaron más.

Esta interpelación, provocada por don Belisario Prats y sus amigos, con asentimiento conservador, fué dirigida claramente contra Varas y los nacionales para provocar una crisis ministerial.

En la Secretaría del Senado, antes de una de las sesiones, Vicuña Mackenna provocó un incidente con el General Urrutia, que carecía de preparación para las luchas parlamentarias. El General expresó que no toleraría su repetición y anunció su resolución de retirarse. Este incidente, que debe calificarse de personal, justificaba el retiro de Urrutia sin provocar una crisis.

Varas, frío y acostumbrado a las situaciones parlamentarias, que venía apreciando desde atrás, juzgaba que no tenía el suficiente dominio sobre el Congreso, y abrigaba el propósito de retirarse del Ministerio cuando le fuese posible sin provocar trastornos políticos.

El 2 de Agosto, Urrutia presentó su renuncia. Discurriendo sobre ella, Huneus se hizo eco de las opiniones de los círculos y amigos políticos antes expresados, diciendo al Presidente y a Varas, a quien manifestó que juzgaba justificadísimo su retiro, que debía organizarse un Gabinete presidido por Santa María en que figurara un Ministro conservador y uno radical. Envío al Presidente su renuncia escrita.

Esta situación política se producía en ausencia de Santa María y se indicaba como solución un gabinete que él presidiera en las condiciones indicadas, ignorándose su apreciación sobre ese particular y su resolución una vez que le fuere conocida la crisis.

No hay duda para mí, que conocí y debí cariñosas atenciones a Huneus y que pude apreciar su impresionabilidad y su espontaneidad, que procedió convencido de que debía proceder como lo hizo. Pero el efecto era inevitable. Su opinión, diversa

de la del Ministro del Interior, que estimaba necesario un gabinete compacto con mayoría en las Cámaras, y su renuncia escrita, eran la crisis.

Las opiniones de Huneeus fueron luego públicas: había interesados en hacerlas.

Sucedió así a Santa María que, llegado a Valparaíso, fué impuesto allí, a la vez, de todas las incidencias habidas en Santiago: interpelación en el Senado, renuncia de Urrutia con el antecedente que la había producido, renuncia de Huneeus, sus opiniones sobre organización ministerial y su declaración en la Cámara de Diputados, y asonadas en Santiago.

Originaron esta declaración, preguntas formuladas por el diputado conservador Las Casas. El Ministro de la Guerra ofició a la Cámara de Diputados expresando que se presentaría en ella a contestarlas una vez que terminase la interpelación pendiente en el Senado. De este oficio se dió cuenta en la sesión de 29 de Julio; el Ministro del Interior había fijado el día 30 para contestar a Encina en el Senado. Las Casas retiró su interpelación porque en el Senado se trataría sobre las facultades de Santa María en el Norte, materia de sus preguntas.

Dejó entender que la fijación de día para concurrir al Senado había sido calculada por el Ministro del Interior con el fin de eludir la interpelación que formuló. Huneeus tomó la palabra para rechazar esta imputación y, aunque Las Casas había retirado sus interrogaciones, discurrió sobre las facultades de Santa María en Antofagasta afirmando que nada podía hacer. Era la completa desautorización de su presencia allí, y no era lo que el Gobierno había declarado oficialmente en el *Diario Oficial*, ni lo que Varas diría más tarde en el Senado.

Tan anormal debió ser ese incidente que el Presidente de la Cámara interrogó sobre qué se discutía, porque no había interpelación.

Santa María llegó a Santiago bajo la impresión de los detalles de estos sucesos: no parecerá extraño que en la noche de ese mismo día, se manifestase frío y reservado con Huneeus y le formulara cargos en la reunión de 12 de Agosto en que se acordó dar por disuelto el Ministerio.

Sufrió Huneus involuntario error, en esa reunión, dado lo antes expuesto, al juzgar el nombramiento de Sotomayor como lo consigna en su memoria.

Es preciso para apreciar las gestiones posteriores al 12 de Agosto, completarlas con otras de que seguramente Huneus no tuvo conocimiento.

La primera idea de Varas, indicada antes de ese día, al Presidente y a Santa María, fué solucionar la crisis designando a Sotomayor Ministro del Interior, en su reemplazo, y llenando la vacante del Ministerio de la Guerra, desde que no era dable exigir a Urrutia su permanencia. Hubo de convencerse Varas de lo imposible de ello, porque provocaría grave perturbación en el Congreso.

Santa María expresó a Varas, en esa ocasión, que no se ilusionase; su retiro era la disolución completa del Ministerio.

Acordada en la reunión del 12 de Agosto, Santa María acompañó a Varas, al despacho del Presidente de la República, y allí Varas le dió cuenta del acuerdo y le manifestó que, a su juicio, era Santa María el llamado a organizar nuevo Ministerio. Santa María expresó a Pinto se dirigiera a otra persona porque él se retiraba también. Insistió en este propósito a pesar de las observaciones de Pinto y de Varas.

La resolución de Santa María dió lugar a que Varas procurase completar el Ministerio llamando a don Eulogio Altamirano y buscando otras combinaciones para integrarlo, según se expresa en la referida memoria.

La opinión de Varas era explícita: el Gabinete debía ser compacto, asegurado por una mayoría en las Cámaras. Esta situación podía obtenerla Santa María. Su resistencia le llevó a procurarla con el ingreso de Altamirano.

Dada la actuación de éste en la administración de don Federico Errázuriz Zañartu, su presencia obligaría a Prats y a sus amigos a adoptar otra actitud con el Ministerio. Este propósito de Varas se manifestó desde Abril: ofreció el Ministerio de Justicia a Altamirano antes que a Huneus.

Altamirano se negó, tanto por razones personales cuanto por-

que su presencia en el Gabinete no tendría influencia alguna sobre aquel grupo político. Producida y repetida esta negativa, Varas creyó que no le cabía mayor diligencia sobre la base de su permanencia en el Ministerio del Interior. Cada día arraigaba más su convicción de que su presencia ocasionaría en el Congreso movimientos políticos, con perjuicio de la guerra, y que se imponía la solución expresada en su telegrama a Santa María, solución que él no conseguiría, o sea un Ministerio compacto y político que reuniese mayoría en las Cámaras y pudiese dedicar todos sus esfuerzos a la guerra. Creía que, entre los políticos liberales, Santa María era quien pudiera organizarlo con segura base parlamentaria.

Si Santa María persistía en su negativa, el Presidente se vería forzado a organizar Ministerio con representantes de los diversos partidos, entre ellos un conservador; sería la solución de Huneeus.

Varas insistió en la primera.

El 16 de Agosto, Varas, que en el día formuló ya a firme su decisión de retirarse, conferenció en la noche de ese día con Santa María, a quienes había llamado el Presidente Pinto. Insistió el primero en su retiro definitivo y en que con el segundo estaba obligado a organizar el Ministerio, pues toda otra consideración debía ceder a la de dar al Presidente un Gabinete que prosiguiera la guerra con tenacidad, tal como el país la necesitaba. Le afirmó que él podía reunir en la Cámara a los diversos grupos liberales; que era ilusión creer que un Gabinete que representase a todos los partidos no llevara en su seno el germen de próxima disolución, con grave perjuicio del país; y que su resistencia tendría una consecuencia segura: él, liberal, obligaría al Presidente, liberal también, a llamar a un conservador a formar parte del Ministerio. Expresó a Santa María que podía contar, en cualquiera solución que combinase, con el apoyo y adhesión de los nacionales. Santa María no se resolvió. Se reservó contestar al día siguiente.

El domingo 17 de Agosto, reunidos nuevamente los mismos y llamado don Augusto Matte, cedió Santa María y aceptó organizar el Ministerio si le acompañaba Sotomayor en la Guerra

y Matte en la Hacienda. El primero, porque le era segura garantía en el ejército, y el segundo, por su honrada gestión en la Hacienda Pública. Matte aceptó. Santa María no dudó de la aceptación de Sotomayor.

Llamado Huneeus a la Moneda, e impuesto por el Presidente de la aceptación de Santa María para tomar el Ministerio del Interior con Sotomayor y Matte en los Ministerios expresados, declaró que se retiraba en unión de Varas.

Se completó el Ministerio con don Miguel Luis Amunátegui, indicado por el Presidente, para las Relaciones Exteriores. Propuso a don Luis Aldunate para el Ministerio de Justicia. Santa María expresó al Presidente que no aceptaba como Ministro a ninguno de sus amigos políticos, a fin de que no se desnaturalizase el móvil patriótico, por el estado de guerra, a que había obedecido, cediendo a los esfuerzos de él y de Varas. Matte indicó a don José Antonio Gandarillas, que aceptado con altura de miras por el Presidente Pinto, lo fué también por Santa María.

Quedó así organizado el Gabinete de 20 de Agosto de 1879.

IGNACIO SANTA MARÍA.

RUBÉN DARÍO EN CHILE ⁽¹⁾

¿Qué extraña voluntad ancestral rige la predestinación del artista? ¿Qué fatalidad inmanente determina su destino a las torturas de la inquietud creadora? Antes de los quince años Goethe y Byron, Hugo y Musset sentían, junto con los ardores iniciales de la fiebre apolínea, las primeras angustias de la melancolía sentimental. Fatalmente la Quimera causó, con sus irresistibles maleficios, un grave daño en el prematuro despertar de la sensibilidad a las obscuras complicaciones de la vida emotiva. La dolencia de René, el *squisiti mali* de que hablaba D'Annunzio, se complicó en ellos con todos los misteriosos ímpetus de la imaginación. ¡Ah, crueles pubertades espirituales forjadas con inquietudes mal reprimidas, con anhelos no satisfechos, con el vago despertar de la sensualidad triste! Mientras Werter, ahogado por la emoción de un primer imposible, anunciaba a Fausto y a Meister; Manfredo dejaba presentir a Don Juan; Guynplaine y Cuasimodo anticipaban la tristeza de Olimpio y la temprana angustia de Rolla era un augurio del pesimismo de *Las Noches*. Eco profundo tuvo en ellos la voz del Ecclesiastés y de la Imitación: la vida es triste; la rosada aurora de

(1) De un prolijo estudio sobre la juventud del poeta nicaragüense, que figura como Introducción en las «Obras de Juventud» de Rubén Darío, actualmente en prensa en París en la Biblioteca de Escritores Americanos que dirige Ventura García Calderón, publicamos los capítulos que relatan la permanencia del autor de «Azul» en Chile.—N. de la D.

la juventud es un anuncio melancólico de la noche; «acuérdate que todo pasa y tú también»; cada día más es uno menos; la hora que vuela acorta tu correr hacia la muerte; el amor, los libros, la belleza sólo acabarán por dejar en ti un sabor acedo, un simple dejo de melancolía. ¿No lo enseñó acaso también uno de los puros en un verso inmortal?:

La chair est triste, hélas ! Et j'ai lus tous les livres...

Como todos aquellos divinos enfermos de inquietud y de idealidad, que púberes mordieron el venusino fruto llegando a saber de los primeros dolores junto con la leche materna, Rubén Darío conoció, en hora prematura, el mal del siglo, que le anticipó las hieles de su Otoño. Nacido bajo el sino de clara predestinación apolínea, sintió pronto, como Leopardi, el temprano cansancio del mal de vivir: fué preso en su rosada mañana por una innata inclinación melancólica que, en el correr de los años, se fué concentrando hasta terminar en una no contenida amargura, fruto exclusivo de una infancia menesterosa y de una orfandad incierta. ¿No recordaba el propio Rubén que, en medio de las fiestas, bailes y regocijos de los niños, en los grises días de su adolescencia, él se apartaba yéndose solitario con su carácter «ya triste y meditabundo desde entonces a mirar cosas, en el cielo, en el mar»?

Ni el sol del trópico, ni la naturalaza lujuriosa de su tierra natal, ni sus horas de íntimo buen pasar en el hogar adoptivo, bastaron a torcer la innata inclinación melancólica y el aire de fatiga que en el infante se arraigaban prematuramente, acaso muy hondo, tan hondo que no bastó una vida para disiparlos ni la alegría de todos los triunfos y de una gloria unánime, como hasta entonces jamás había saludado el advenimiento de un poeta en América.

Poco después de cumplir los cuarenta años, la edad que Benvenuto Cellini exigía para comenzar a redactar la historia de la propia vida («ma non si dovrebbe cominciare una tal bella impresa prima che passato l'età de querant'anni») escribía Rubén, en una de sus horas amargas, desde la isla de Mallorca, al tra-

zar aquellas líneas autobiográficas para el retrato de su Benjamín Itaspes, alma y carne del propio poeta: «Se encontraba, a los cuarenta y tantos años, fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieron meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable, solitario, eterno huérfano».

Como él lo recordara en más de una ocasión, había en su carácter algo del Gaspar Hauser verlaineano: emotiva y tierna ingenuidad hecha de timidez y de sufrimiento («eterno huérfano, Gaspar Hauser sin apoyo»), supersticioso temor de la muerte y del gran misterio que en las noches solitarias, como a Job, le rozaba los oídos con sus alas invisibles; un constante y tiránico deseo de aislamiento para sentir las angustias de su propio corazón, al mismo tiempo que un ansia infinita de ternura, que le hacía sentirse propicio a todas las flaquezas y a todos los renunciamientos. Atormentado desde su adolescencia por confusas aspiraciones; presa siempre de un inquieto afán que le impulsaba a rodar por extrañas tierras; mordido por la serpiente de la lujuria, cuya tortura su imaginación hacía más viva, desde niño se había posesionado de su cuerpo el demonio de la sensualidad, que mortificó su alma curiosa e inquietante, abrasada siempre por febriles quimeras y por melancólicos renunciamientos místicos. Y es que en él, quién sabe por que extraña dualidad, hubo siempre un raro conflicto entre su débil naturaleza pagana, triste y voluptuosa, en la que acaso no fué del todo extraña aquella probable gota de sangre africana, de indio chorotega o nagrandano, que estremecía su carne en un constante ardor afrodisíaco, y su temperamento torturado por frecuentes crisis beatíficas, por sentimentales angustias de católico aristocrático—nuevo D'Aurevilly o Huysmans nacido bajo el sol del trópico—que resucitaban en él los fuertes sentimientos de sus abuelos maternos, en los cuales acaso quiso buscar más de una vez un sagrado refugio contra la estulticia del vulgo municipal y espeso, ni más ni menos que el autor de «Las diabólicas» que profesó rabiosamente el *odi profanum vulgus* del lírico venusino.

Poeta al fin y hombre acosado por todas las flaquezas de su siglo, fué víctima siempre de constantes depresiones fisiológicas que se traducían en dolorosos abatimientos, mitad crisis de melancolía religiosa y mitad tenaces torturas de sensualidad. Algo hubo siempre en él del fauno que en el cuento de Anatole France cada mañana ayudaba al santo ermitaño a buscar flores para adornar la milagrosa imagen de la montaña y cuyas rodillas velludas, en los instantes de la elevación, durante la misa que oficiaba el piadoso sacerdote, se doblaban graciosamente en actitud de caer de hinojos.

Constante inadaptado en su terruño, gustador de todos los placeres, desde los de la gula hasta los caprichosos pecados venusinos, como no le cupo la fortuna de vivir los auros días de Palenke, cuando la sociabilidad autóctona americana conoció también su refinamiento sibarita, fué una eterna víctima de la nostalgia de otra civilización menos práctica en la que Ariel hubiera hecho olvidar a Calibán. Como el héroe griego vivió durante su juventud escuchando el canto de las sirenas, el canto que traía hasta sus oídos un viento perfumado de Lutecia, a cuyo seno sólo le fué dado llegar en el otoño de su prematura senectud, realizando con ello el sueño de sus sueños de vivir en la ciudad que le atrajo siempre como un fatal maleficio. ¡Hondo regocijo del fauno prematuramente envejecido, pero en quien el espíritu se conservaba eternamente joven! Porque, antes de sus treinta años, era ida ya la mocedad del poeta, entre los sobresaltos, miserias frecuentes y tempranos males que le hicieron pagar con creces sus pecados juveniles. ¡Aquellos polvos habían traído estos lodos! Sin embargo, nunca se dolió de ello y antes bien los goces de antaño fueron un nepente para sus dolores de ogaño: «Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipan, *al contado*, un poco de paraíso ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo que no tengo propiamente una segura idea?»

«Y tuve hambre de espacio y sed de cielo»

Renovado en su pecho el calor de una pasión juvenil, sus vagos y melancólicos amores con aquella garza morena de

«Azul» (1), cuya tez de canela torturó su adolescencia, hubo de sufrir un amargo, un irreparable desengaño que le ahuyentó lejos de su tierra natal; muy lejos, al otro extremo del continente (2).

Sonaba entonces Rubén Darío con partir a Estados Unidos, pero se interpuso en su destino un consejo acaso oportuno. Estaba en Managua por ese entonces un hombre de talento singular, caballeroso y culto, que presintió en Darío el claro y fuerte talento: el salvadoreño don Juan Cañas, militar, escritor, minero en California y diplomático, por fin; grande y decidido amigo de Chile, donde había estado como Ministro Plenipotenciario del Salvador en 1875. Cañas era hombre de salón, amable y cordial, con mucho de soldado y no pocos resabios de poeta: en sus ratos de ocio solía hilvanar versos correctos y galantes cuyo recuerdo perdura aún en las páginas de más de un álbum o en la memoria de alguna marchita dama santiaguina. Fué así como, en cierta circunstancia, compuso un soneto dedicado a la esposa de don Ambrosio Montt, que le valió un intencionado artículo de Carlos Grez y una entusiasta defensa de Eduardo Poirier, en las páginas de una efímera revista que, por ese entonces, daba este último a la estampa. La gratitud de Cañas para con el espontáneo admirador desconocido

(1) Historia de mis libros: Azul. «Antología». Madrid.

(2) Don Jorge Huneeus Gana, amigo de Darío, sobre todo durante los años que el poeta permaneció en Chile, nos ha referido, a título de curiosidad, la leyenda que circuló en los círculos intelectuales de Santiago a raíz de la llegada del poeta. Alguien se encargó acaso de forjarla y muchos de hacerla correr. En ella se refería que habiendo contraído matrimonio Darío en Nicaragua, gracias a la protección que le dispensara el presidente de la república, hasta el punto de ser su padrino de bodas, asistía con su esposa a la fiesta de bodas que en su honor se daba nada menos que en el propio palacio de gobierno, cuando fué asesinado el presidente por ciertos conjurados que habían fraguado un movimiento revolucionario. Lleno de terror el poeta, pues no faltó quien le observara que si había sido muerto el presidente era lógico que trataran de asesinarle también a él, huyó dejando olvidada a la que ya era su consorte para ir a impetrar refugio en un buque, en el cual zarpó con rumbo a cualquier lejano país, llegando de esta manera casual a Chile.

fué grande e inolvidable y justifica la recomendación que, al trasladarse a Chile, llevó Rubén para Poirier, con quien llegó a estrechar una amistad que el poeta jamás dejó de recordar. Cuando, a causa de violentos trastornos políticos acaecidos en su patria, el Ministro Cañas se había encontrado en Santiago falto de recursos con motivo de la suspensión de su sueldo de diplomático, recibió toda clase de ayuda del gobierno y de la sociedad chilenas, gentileza que comprometió su eterna gratitud para con el lejano país donde residiera algún tiempo.

¿Qué de extraño pudo ser entonces que le aconsejara inmediatamente a Darío desistir de su viaje a Yankilandia a fin de tentarle con la halagadora promesa de Chile?—«Vete a Chile», recuerda el poeta que le dijo don Juan Cañas, pero, como quiera que le impusiese de su carencia de dinero, éste le contestó: «vete a nado, aunque te ahogues en el camino».

Peregrino ilusionado que marchaba a la conquista del porvenir con dos cartas de recomendación, una para Eduardo Poirier, otra para don Eduardo Mac-Clure y con un paquete de soles peruanos y muchas halagadoras esperanzas, partió un buen día Rubén Darío de su patria, rumbo al otro extremo del continente, dejando sumida a su tierra bajo la angustia de un espantoso terremoto.

¿En qué fecha se realizó este viaje y en qué época llegó el poeta a Valparaíso? En sus memorias hace coincidir la fecha de su arribo con la muerte del historiador Vicuña Mackenna. «Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo... *El Mercurio* de Valparaíso, publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente». Hemos buscado dicho artículo, que apareció el 7 de Abril de 1886 y leemos en él a manera de epígrafe lo siguiente: *Del Imparcial de Managua* (Nicaragua) y al pie la fecha: Managua, Febrero de 1886.

Vicuña Mackenna murió el 25 de Enero de 1886, fecha en la que el poeta estaba aún en Managua, donde recibió la noticia de la muerte del historiador chileno, a quien dedicó el sentido artículo que en sus memorias hace aparecer como improvisado en veinte minutos en Valparaíso. Además, en la poesía

Ondas y Nubes, publicada por Rubén en *La Época* de Santiago ese mismo año 86, se lee lo siguiente: «A bordo del *Varda*, Junio de 1886». ¿Cómo explicarse entonces este error, acaso involuntario, de sus memorias? ¿Cómo podía escribir un artículo en Valparaíso, en Enero del 86, si aun iba en viaje en Junio de ese año? (1).

Lo cierto es que el joven Rubén pisó tierra chilena a promedios del año 86, viviendo durante algún tiempo en casa de Eduardo Poirier. «Poirier fué entonces, después y siempre, como un hermano mío». Pobre de solemnidad tuvo que escribir varios artículos en *El Mercurio* a fin de poder ganar algunos pesos que le permitieran un holgado buen pasar. En sus ratos de ocio, que eran los más, leía sin descanso. Su amigo Poirier le llevó un día a casa del poeta don Eduardo de la Barra, que por ese entonces servía el cargo de rector del Liceo. Le había visto blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete como el del Bonaparte de Meissonier, la palabra alada y franca, incisiva como una flecha, y a veces sedosa y aterciopelada; le había visto en dos ocasiones, una en su casa, frente al parque Municipal, casa modesta para poeta tan aristocrático en gustos y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias, otra en su oficina de rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre. En su salón, donde se veía en primer lugar dos grandes retratos antiguos, de los fundadores de la familia, hablaban silenciosos, con sus labios de bronce, dos bustos soberbios y triunfales sobre sus columnas de ébano, los de Shakespeare y Schiller. Allí de la Barra me habló largo rato de literatura americana y me dió noticias de los poetas chilenos que yo deseaba conocer» (2).

(1) Hay aquí una doble equivocación: la del artículo sobre Vicuña Mackenna y la de esa fecha de la poesía, que aparece escrita a bordo del *Varda* en Junio, cuando el poeta estaba en Valparaíso en Abril. ¿O sucedió que Darío envió el recorte a *El Mercurio* desde Managua?

(2) El libro «Asonantes» de Narciso Tondreau. *Revista de Artes y Letras*. Santiago.

Este volumen de Tondreau aun obra inédito en poder de su autor y

Entretanto Eduardo Poirier le había escrito a Santiago a don Eduardo Mac Clure, acompañándole al mismo tiempo la carta de don Juan Cañas, que iba a ser la mejor presentación y el más seguro apoyo para el poeta, a fin de solicitar para Rubén Darío un cargo en *La Época*. A vuelta de correo respondió aquél, con el más vivo interés, anunciándole que Darío podía

acaso se publicará algún día como él nos lo anuncia no sin cierta melancolía en las líneas de la siguiente carta: «Me pregunta Ud. ¿por qué escribió Darío el prólogo de mi libro «Asonantes», que nunca se ha publicado? Referiré a Ud. lo que, sobre ese particular ocurrió. Ud. sabe que trabajé junto con Rubén en el diario *La Época*, en 1887-1888. Yo era cronista y colaboraba con poesías, que generalmente aparecían en los números dominicales. Rubén conoció muchas de mis poesías y algunas de ellas *me las vió escribir*, leyendo por sobre mi hombro lo que mi pluma iba trazando en el papel. Yo, a mi vez penetré en la intimidad del cerebro y del corazón del poeta nicaragüense y fuí un admirador fervoroso de su enorme talento. Juntos paseamos muchas veces por la Alameda de las Delicias, por el Santa Lucía, por el Parque Cousiño, que eran los sitios predilectos del Santiago artístico y literario de entonces, discurriendo sobre los inagotables temas de la Estética, de la Poesía y del Ensueño. Nuestra amistad fué cordial, firme y sincera. Tuvimos un lazo de unión que nos amarró poderosamente: la admiración común por Richopin, el poeta de *La Mer*, *Les Caresses*, *Les Blasphèmes* y otros libros de gran vigor, de concepción y de gran originalidad de factura. Verlaine no asomaba todavía por nuestro oriente. Cuando yo había publicado mis *Penumbas*, a principios de 1887, Darío, a quien aun no conocía, escribió un artículo crítico sobre mis versos, que se publicó en *La Época* del 14 de Enero de ese año. Entonces yo no estaba todavía en *La Época*, sino en *La Libertad Electoral*, en cuyo diario era cronista. Nuestra intimidad fué posterior cuando ambos trabajábamos juntos en *La Época*, como queda dicho ya. Todos mis amigos, los Huneeus, Irarrázaval, Rubén, Lucho Orrego Luco, Hübner, Lucho Arrieta, Pedrito Balmaceda, Robinet, Vicente Crez, Eduardo de la Barra, Manuel Rodríguez Mendoza, Samuel Ossa Borne, etc., me pedían y aun me exigían constantemente la publicación de un nuevo libro de poesías. Prometí hacerlo, y empecé a recopilar el material, la mayor parte ya publicado en diarios y revistas literarias. Mucho de ese material había sido leído en las veladas inolvidables del Ateneo. Rubén Darío me prometió el prólogo del libro que, desde el primer momento quedó bautizado con el nombre de «Asonantes», por la rima que impera en todos los versos de la colección. En 1889, Rubén se fué de Chile a su tierra natal. Parece que allá los recuerdos de Chile fueron para él una verdadera obsesión. Allá recordaba intensamente la intensa labor literaria que había sobrellevado en nuestro país.

trasladarse a Santiago, donde le aguardaban listas sus habitaciones en el Hotel France.

¿Para qué narrar la primera amargura, la primera humillación del poeta y el inesperado desengaño de don Eduardo Mac-Clure al ir a recibirle a la estación de los ferrocarriles, creyendo acaso encontrarse con un soñador aristocrático, que llegaba cubierto de laureles y aureolado por la gloria y verse luego, cuando la estación estuvo desierta, delante de un muchacho flaco, todo esmirriado al andar, vestido con una imposible levita presbiteriana (1), estrechos pantalones, problemáticos zapatos y una valija repleta de más papeles que camisas? «Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida prácti-

Fruto de ese cariño por Chile y por sus hombres de letras fué el prometido prólogo de mis «Asonantes», escrito bajo los estivos rayos del sol tropical y bajo la influencia de aquella expresada obsesión. Se publicó el prólogo de «Asonantes» en el *Repertorio Salvadoreño*, de San Salvador, tomo III, N.º 1, de Julio de 1889. En 1890, el material de mis «Asonantes» estaba completo y ordenado, y en punto de pasar a las cajas de alguna imprenta. Ocurrieron en ese tiempo sucesos políticos de gran transcendencia, que preocuparon a todo el país y apasionaron ardientemente a la juventud. Todo quedó subordinado a esa situación y a esos sucesos, de modo que no se pudo pensar en cosa de arte ni de literatura; mucho menos en publicaciones de esta índole. Los «Asonantes» quedaron guardados, hasta mejor ocasión. Vino la revolución de 1891, en la que tomé parte activamente. Me fuí a Iquique, me enrolé en el Ejército Constitucional, fuí nombrado Jefe de sección del Ministerio de Guerra y Marina, me vine en campaña al Sur, como ayudante del Ministro don Adolfo Holley, me encontré en las batallas de Concón y de la Placilla, entramos triunfantes a Valparaíso y a Santiago. En Septiembre de 1891 fuí nombrado Intendente de Maule; en 1892 de Linares; en 1894 me casé; el mismo año fuí nombrado Intendente de Cautín, en cuyo cargo permanecí hasta la subida de Federico Errázuriz Echaurren a la Presidencia de la República. Estuve un año cesante... En 1897, fuí nombrado Rector del Liceo de Chillán, y poco después, profesor de Ciencias Naturales del mismo establecimiento. Llevo servidos en estos empleos más de 21 años, y cuando ya las fuerzas se me acaben, me acogeré al beneficio de la jubilación... Entonces publicaré mis «Asonantes», con el prólogo de Rubén, que me coloca por las estrellas».

(1) Darío ha hablado de «mi chaquécito de Nicaragua» (*Vida*), pero todos sus amigos chilenos coinciden en recordar su levita característica.

ca, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América» (1).

Una tarde recordamos haberle oído contar a Rubén Darío, allá en su departamento de la Rue Corneille, en París, el vago, doloroso y ya lejano recuerdo de esta su primera cruel desilusión al llegar a Santiago.

—¿Tal vez la carta de Poirier o la del general Cañas—nos decía el Maestro— le hicieron creer que se trataba de algún opulento necesitado: un Olmedo, un Heredia o un Andrade en la indigencia? Nunca, como en aquella hora de aquel día tan lejano, sentí la humillación del favor indispensable, de la incompreensión adinerada,

No fué un deslumbramiento el que experimentó el poeta al llegar a la metrópoli chilena, pues el poeta soñaba constantemente con algo mejor, con el obligado viaje a Lutecia, al París de sus ilusiones, que más tarde llegó a ser el lugar de su residencia predilecta. Pero, ante sus ojos habituados a la severa y adusta modestia colonial de León, al carácter rústico de aldea grande de Managua o a la tristeza de las ciudades salvadoreñas, Santiago le hizo la impresión de una urbe interesante, moderna y cosmopolita, suntuosa y soberbia: «Santiago en la América Latina—escribía en 1888— es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrático. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guarda ropa conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán, diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas (2). Tiene un teatro de fama en el mundo, el

(1) *Vida*.

(2) ¿No le decía en una carta a Emilio Rodríguez Mendoza, años más

Municipal, y una catedral fea; no obstante Santiago es religioso. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yanquis o franceses, que para salir del paso en sus memorias han inventado respecto de la sociedad chilena, que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sara Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esto último nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico y en la novedad siente de cerca París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la Casa Prá. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro, envuelta en un manto que hace, por el contraste, más bello y atrayente el alabastro de su rostro, en que resalta, sangre viva, la risa roja de los labios. Santiago es fría y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente lo que provoca las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fué Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del Santa Lucía» (1). Con el mismo interés y el mismo calor evoca Darío ese milagro vivo del cerro Huelén, con sus pórticos, mármoles, fuentes y jardines; recuerda su prensa, lo poco que ganan sus escritores y lo mucho que reciben sus palafreneros; no olvida a sus artistas; piensa en sus noches tristes y opacas y en sus animados dieciocho de Septiembre.

¿Siempre conservó de Santiago esta impresión de magnificencia, Ruben? No; es preciso atribuirla más bien a un fino y discreto espíritu de galantería que, en el correr de los años, muchas veces le hizo sonreír al evocar este recuerdo.

Al día siguiente de su arribo a Santiago se encontró el poeta en el seno del que por ese entonces era el más interesante

tarde quejándose una vez más de las solas preocupaciones cartaginesas de los chilenos: Tomen, coman, pero piensen, tengan poetas y artistas»?

(1) El libro *Asonantes*.

centro intelectual de la metrópoli chilena, *La Época*, diario opulento de don Agustín Edwards, en cuyas columnas se registraban cotidianamente colaboraciones especiales de Gladstone, Castelar, Julio Simon, Campoamor, Sarcey, Ortega Munilla, pagadas a precio de oro; reproducciones de artículos de Martí, Catulle Méndez, Aureliano Sholl, Eusebio Blasco, Henri Hous. saye y Mitre y crónicas interesantes de los más destacados escritores chilenos, para muchos de los cuales fué el gran periódico obligada tribuna donde dieron a la estampa sus mejores producciones.

Muchos miles de pesos derrochó en ese diario de lujo, cuyas utilidades nunca fueron bastantes para compensarlos, su director, don Eduardo Mac-Clure, montando sus oficinas con todo el *confort* y la opulencia de un pequeño *Times* chileno. Allí había un salón griego, adornado con regios mármoles; un salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones? (1)

En esos salones, bajo el frío imperio de la clásica belleza de una Venus de Milo y de un tapiz de Beauvais, o en las salas de la redacción, se reunían a diario, al amor de la charla, escritores, artistas y hombres de sociedad, en busca de un rato de esparcimiento espiritual: Manuel Rodríguez Mendoza, segundo redactor del diario, gran *causeur* y cultísimo escritor; Vicente Grez, oportuno e irónico; Augusto Orrego Luco; Federico Puga Borne; Luis Montt; Galo y Alfredo Irrarrázaval; Pedrito Balmaceda; Alberto Blest, hijo del novelista, ya completamente minado por la tisis, quien refería, entre accesos de tos martirizadores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran puntos de reunión de todos aquellos hombres brillantes: Blowitz, Houssaye, Hohenlohe (2). ¡Con cuánto colorido y vivacidad de estilo no evocaba por aquel entonces el poeta las reuniones de *La Época*! Sus palabras recuerdan como ningunas, aquellos días amables y aquellos

(1) *Un manojo de recuerdos rubendarianos*, por SAMUEL OSSA BORNE. *Pacífico Magazine*.

(2) El libro *Asonantes*.

bohemitos de entonces hoy respetables padres de familia: «Luis Orrego Luco era el charlador incansable, mordiente, con los labios siempre entreabiertos por una sonrisa temible. Muchas veces quería hacer un elogio y resultaba una sátira; buen escritor y *conteur*, amante de la frase artística; y exagerado, hasta decir y asegurar que una botina número 37 le calzaría al pie de Goliath. También concurría Gregorio Ossa, que nos leía sus comedias, y Roberto Alonso, exquisito prosador que tenía a su cargo las traducciones del diario. Algunas veces solía aparecer Julio Bañados Espinosa, que entonces era redactor político del diario, y que hoy es Ministro de Instrucción Pública (1). Siempre de pie, oía, daba su opinión verbosamente, ostentando su franca risa, y se marchaba. El novelista Vicente Grez era diputado y nos iba a acompañar de cuando en cuando en sus ratos libres. Los hermanos Huneeus (2) nunca faltaban, con Carlos Hübner. Rodríguez Mendoza llegaba raras ocasiones. El había sido redactor del diario y le tenía cariño a la redacción; así cuando se solicitaba de él algún artículo, aparecía estirado y friolento, subido el cuello de su *ulster*, y entonces estaba con nosotros el querido Manuel, en la charla loca y crepitante de nuestras horas alegres. ¡Horas inolvidables fueron aquellas! La sala de redacción era un tanto estrecha; las paredes estaban llenas de retratos, de cartulinas en que se veían las ilustraciones del diario del domingo; en la mesa del centro diarios y revistas, todo confundido y revuelto; frente a la puerta de entrada, una panoplia, una panoplia célebre para nosotros y de la cual ya ha hablado Luis Orrego Luco, en uno de los artículos embusteros y llenos de elogios hipócritas, que publicó respecto a quien este prólogo escribe» (3).

(1) Esto fué escrito el año 87.

(2) Jorge y Roberto, escritores ambos.

(3) ¡Amargas riñas de entonces! Hemos encontrado el artículo de Luis Orrego (publicado el 20 de Febrero en *La Época*) y algunos de sus juicios justifican la ira de Darío, que el tiempo y la distancia convirtieron luego en un levantado afecto para con el autor de *Un idilio nuevo*. Mas, es preciso releer algunos de los fragmentos del aquel artículo hiriente, para comprender un poco la vuelta de mano del poeta. Recordando la escasa

Allí en el seno de esa tertulia íntima, fué acogido el recién llegado con no muy cordiales simpatías. Flaco, moreno y más que moreno un poco cetrino, tal vez a causa de un temprano mal; de facciones toscas y vulgares, que dejaban adivinar en su rostro aquella gota de sangre africana, de indio chorotega o neograndano, que él mismo presentía más tarde; áspero en el trato; desconfiado y a menudo hostil, no conquistaba en su favor y antes bien movía su aspecto a la reserva que no a las espontáneas efusiones cordiales. «Era alto de cuerpo,—recuerda Luis Orrego Luco en un artículo publicado entonces — de color avellanado, de ojos pequeños y brillantes, nariz aplastada, barba escasa y era flaco. Cualquiera hubiera dicho un indio sentado en el Wig Wam, al verle con su aspecto indolente, su fisonomía inmutable y cobriza». Al trazar su retrato su amigo íntimo Manuel Rodríguez Mendoza anotaba: «Si lo invitáis a una tertulia de hombres, a una velada literaria, por ejemplo, le veréis reclinado negligentemente sobre una butaca; fumando un cigarrillo de papel o panetelas de Uffman; hablando poco, pero siempre con cierta sonrisa, mezcla de orgullo y de ironía; hojeando cinco libros a la vez, si los cinco son novedades literarias llegadas de Francia o de España; quedándose dormido cuando se habla de política o de grandes negociaciones comerciales; dispuesto en cualquier momento a libertarse del velo de

instrucción de Darío, al llegar a Chile, escribía Orrego Luco: «La ignorancia de Darío era casi absurda, apenas distinguía un coche de una casa y no percibía diferencia de un cuadro a una oleografía. Su bagaje literario se reducía a Víctor Hugo que era su maestro y su Dios; no conocía cosa alguna fuera del gran poeta». ¿Dónde quedaba el hondo y completo conocimiento que tenía el poeta de sus antes amados clásicos latinos y españoles? «Darío era un poco gascón—agrega Orrego Luco—y si no le hubiéramos conocido tanto nos habría referido, sin duda, anécdotas de Daudet y reminiscencias de sus conversaciones con Zola, a quien jamás había visto». ¿No le han recordado todos sus amigos absorto siempre en su mutismo y en su silencio? ¿No están contestes en afirmar cuantos le conocieron en Santiago que Darío era antes reservado y huraño que verboso y franco? ¿Acaso alguna frase hiriente del poeta, brotada de sus labios en el descuido de la charla, dió origen a estas reservas injustas del artículo de Orrego Luco?

tristeza que le envuelve, y a ponerse de pie y hablar con entusiasmo, si se trata de discutir la hermosura de una dama o de hablar de los caprichos de la misma; esperando impasible la hora de cenar para darse el placer de improvisar unas cuantas estrofas o de beber una copa a la salud de las hadas que lo conducen hasta la región *donde todo es aurora*» (1).

Retraído y huraño parecía huir de la camaradería expansiva; la máscara de su rostro antes inducía al silencio discreto que no a la franqueza sin reservas. Agriado por amargos sinsabores, su ceño se mantenía siempre adusto, reflejando toda una constante tristeza interior. A veces la inesperada presentación de una persona o la aparición de un amigo que no era de su agrado, tornábanle agresivo y violento, fácil para el sarcasmo y la sátira. En una de sus «Rimas» él mismo lo ha dicho:

O callo como un mudo,
o charlo como un necio,
salpicando el discurso
de burlas, carcajadas y dicterios.
¿Qué me miran? Agravio.
¿Me han hablado? Zahiero.

Su carácter meditabundo, su traje recién salido de una tienda de ropa hecha, su rostro huraño y su aspecto desconfiado no le ganaron la benevolencia en medio de aquella camaradería: a menudo los pinchazos ponzoñosos de la sátira, las bromas grotescas, las preguntas hirientes, las insinuaciones torcidas, tuvieron por blanco su persona que ¡ah sabor acre de la venganza! el poeta supo devolver en las saetas de sus «Abrojos».

Pero, la hostilidad de muchos no fué inconveniente para que Rubén acabara por intimar con los que iban a ser bien pronto los amigos de toda su dilección: Manuel Rodríguez Mendoza y Pedrito Balmaceda.

(1) *La Tribuna* de Santiago.

«Juntos Manuel y yo comunicábamosnos nuestras penas»

Pobre de solemnidad, acosado por el ansia de surgir en un medio que se presentaba hostil y oscuro ante sus ilusiones, Rubén Darío comenzaba a vivir sus días santiaguinos solo, entregado de lleno a una labor tan ingrata cuanto poco fácil, cual era para él la de zurcir gacetillas e hilvanar articulejos que dis- taban mucho de ser disciplina de su dilección. Alguno de sus amigos de entonces le evocaba sentado ante su mesa de traba- jo, en *La Época*, mascando el lápiz nerviosamente, sin atinar con los socorridos lugares comunes, que sirven para referir siempre los mismos hechos, en los que a menudo sólo cambian los sitios y los nombres de las personas. No comprendía ni había nacido él para la obra de chapucería periodística, y así se daba el caso de que esa pluma que pudo bordar las maravi- llas de *El sátiro sordo* o de *El velo de la Reina Mab* no fuera capaz de hilvanar las cinco o seis líneas de un suelto.

Un sueldo insignificante y un cuarto en el propio edificio de *La Época* fueron los primeros frutos cosechados por Rubén, lue- go que sentó plaza de periodista gracias a la recomendación que obtuvo para don Eduardo Mac-Clure, entonces director del dia- rio. Felizmente el poeta, tímido y miedoso hasta de las ánimas que creía poblaban la soledad de los cuartos oscuros (1) (¿no recordaba en los últimos años de su vida, al escribir sus memo- rias, en una página mitad cuento y mitad autobiografía (2) la evocación de una larva que se presentó ante sus ojos en el por- tal de la catedral de León?) encontró pronto un compañero que pudo hacer amable su soledad en Manuel Rodríguez Mendoza, quien congenió fácilmente con el remoto apolonida nicaragüen-

(1) Recordando una conversación con Daniel Caldera, dice Luis Orrego Luco que éste le decía en cierta ocasión, al hablar de Darío: «Es un mu- chacho muy inteligente, llegado de Nicaragua, un tipo extravagante y cu- rioso, que cree en las ánimas y tiene miedo de estar solo, un gran soñador y un gran poeta, un tonto que suele tener mucho talento». *Rubén Darío. La Época*, Febrero 1889.

(2) *La Larva*. Revista «Elegancias». París.

se, trasnochador como él; sensual y gustador de capitosos placeres; amante del arte moderno en todas sus manifestaciones y lector atento de los escritores parisinos en la medida que le permitía su aún precario francés.

Viéronle juntos muchas veces las tardes y las tempranas horas de la noche a los dos sentidores de la belleza, perdidos en un mundo de recuerdos y de ensueños puros; les vieron las calles de la metrópoli, los habituales parroquianos de Gage, y más de una maritornes loca de su cuerpo (¡ah olvidada Domitila! (1) que endulzaste con frecuencia el vino triste del poeta!)

Nunca pudo depararle el destino a Rubén mejor amigo y más excelente camarada: era Rodríguez Mendoza varón cultísimo y artista refinado; bueno a carta cabal; sin dobleces, reuelos ni vanas jactancias. Estudioso e inquieto, su curiosidad no se dió tregua jamás; diestro en el dibujo; doctísimo en pintura y arquitectura; dotado de una excelente memoria; lector incorregible de los escritores clásicos de todos los tiempos y lenguas, de los cuales fué un admirador ferviente, y con señalada predilección de los de nuestra habla, como conocedor inquieto de los contemporáneos, estaba enterado de la producción francesa, aunque aun no conocía bien aquel idioma, que solo dominó poco antes de ir a París en 1890 como secretario de la Legación de Chile. Nunca admiró mucho a Zola, Loti ni otros ingenios franceses cuyo mayor conocimiento tuvo por la tijera de los cotidianos o en las lecturas de su círculo de amigos íntimos: las suscripciones de Samuel Ossa a *L'Année Littéraire* de Ginisty y a *La vie à Paris* de Claretie, le tuvieron siempre al día en las novedades de Francia (2).

(1) Hemos conversado con la que en otro tiempo fuera una encantadora sirena para el poeta y que ogaño, marchitos sus encantos, se contenta con mercar en el bajo trato de la flaca carne femenina. Su juventud es apenas un ensueño remoto y sólo atina a recordar vagamente al Rubén de veinte años porque era muy pobre y en vez de camisas llevaba unas clásicas pecheras baratísimas. A través de su recuerdo, pasó el poeta como una luz que no deja huellas.

(2) No le agradecía Manuel Rodríguez Mendoza, en carta escrita desde Santiago a fines de Marzo de 1899, a Samuel Ossa Borne «los periódicos franceses que me hizo el servicio de mandarme»?

Gran corazón e inteligencia privilegiada, la necesidad del tirano mendrugo le obligó a dilapidar su talento en la obra volandera e insustancial del periódico, que muere con la hoja cotidiana. Mentor de muchos, auxilio de tantos ineptos que se vistieron con la primicia de su talento, ese bohemio incorregible no hizo durante su vida más que arrancarse en astillas el oro de su cerebro, para irlo arrojando a quien las solicitaba, ni más ni menos que el héroe del cuento de Daudet.

Térco de apariencias, con aires de pedantón, seco y cortante en su trato, tal se les aparecía a cuantos le trataban por vez primera. Sin embargo, cuán diferente era entre sus amigos ese hombre sincero y leal como ninguno, privilegiado del talento, dispuesto a sacrificarse por cuantos estimaba, bondadoso a carta cabal. Y estas sus condiciones personales, que constituían un imperativo categórico en su carácter, primaban también en su sinceridad de artista, en su incorruptibilidad de crítico, en sus pasiones políticas. Defensor decidido del arte moderno, liberal sin convencionalismos, partidario sin reticencias de Balmaceda, Rodríguez Mendoza no fué de aquellos que medraban al amparo de las concesiones o eran capaces de granjear con las debilidades de propios y extraños. Con cuanta razón Rubén Darío, recordando su carácter y su espíritu, le escribía a su hermano Emilio un lustro después de su partida de Chile: «Es de la madera de los grandes hombres civiles» (1). Apasionado porque era hombre de convencimientos profundos, fué temible como enemigo y como camarada el más seguro de los escudos. Sólo así se explica que llegasen a ser sus más decididos defensores algunos de sus propios adversarios en doctrinas; tal le sucedió con don Pedro Montt que, habiendo sido un grande enemigo de la dictadura de Balmaceda, llegó a constituirse en el más seguro apoyo de Rodríguez Mendoza cuando, en sus últimos años no faltó quien pretendiera despojarle de su único cargo que le permitía un decente buen pasar.

Para Rubén Darío fué Rodríguez Mendoza el más desintere-

(1) Carta a Emilio Rodríguez Mendoza, escrita desde Buenos Aires el 10 de Febrero de 1895, que el autor de «Vida Nueva» tuvo la gentileza de poner a nuestra disposición.

sado y más eficaz de los mentores: le dió a conocer, junto con el común amigo Samuel Ossa Borne, los mejores escritores modernos que apenas si conocía de oídas y a su vez Darío leíale cuanto brotaba de su pluma, abriéndole el secreto alcázar de todas sus inquietudes y de todas sus tristezas: «Juntos, Manuel y yo, comunicábamosnos nuestras penas y nos consolábamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena e ingenua vanidad del que para no caer en la brega, se ase a su alma, y cuenta, en la noche, con el porvenir» (1).

Desde el primer día que se aproximaron aquellos dos espíritus de selección aprendieron inmediatamente a estimarse, llegando a confundir sus aspiraciones y su camaradería en la más leal, sincera, íntima y desinteresada amistad. La mesa de redacción de *La Época* primero; las frecuentes vagancias pronto y el trato constante, en fin, hicieron de ambos dos buenos y cordiales camaradas aun cuando Rubén guardaba para Manuel Rodríguez Mendoza un rendido y respetuoso afecto que la amistad tornó más seguro cada día, justificando no sólo una amable tiranía de camarada sino que también un razonado ascendiente de mentor discreto (2). ¿No deja entender algo de esto Darío cuando, en la dedicatoria de sus «Abrojos», habla de Manuel como de *su querido maestro*?

... tú, aplaudiendo o censurando,
censurando y aplaudiendo
como crítico tremendo,
o como crítico blando.

(1) «A. de Gilbert». San Salvador.

(2) Nunca abandonó Darío para con Manuel el tono deferente y respetuoso que correspondía a una discreta actitud de etiqueta con que este sabía mantenerse en los deseados límites. Por desgracia, el Darío de aquel tiempo carecía de condiciones de *savoir vivre* y su educación chocaba con las meticulosidades del estirado Manuel, cuyos pantalones, nunca conocieron rodilleras, cuyas corbatas fueron siempre correctas, cuya vestimenta jamás toleró manchas. En cambio Rubén miraba estas exigencias con desdén olímpico, y así en lo moral para el uno y para el otro, en vida y costumbres.—Carta al autor del presente estudio escrita por Samuel Ossa Borne.

En *La Época* vivió Darío resignado con su penosa estrechez, cercana a la miseria que sólo la espiritual jovialidad del amigo logró hacerle olvidar en parte a fuerza de bondad y de entusiasmo. Mientras a menudo los contertulios obligados del diario zaherían al poeta con amargas burlas, Rodríguez Mendoza rompía lanzas en su defensa: «Todos eran crueles, y mayormente el director del diario» (1). Aunque ganaba una miseria, no más que lo que se le asigna a un criado a quien se le concede una pieza para el alojamiento, lograba Darío disimular su pobreza con cierta altiva dignidad.

«Y ahora quiero evocar del triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda»

Por ese entonces le llamó la atención a Rubén, en el periódico *Los Debates*, cierto hermoso artículo firmado por un seudónimo vulgar; como el poeta demostrara vivo interés por llegar a conocer a su autor, en la misma noche, durante la tertulia del diario, Rodríguez Mendoza le presentó a un mozuelo, de rostro de imberbe, giboso y de carácter díscolo: era el hijo del presidente de la República, Pedro Balmaceda Toro a quien le iba a ligar desde ese momento una interesante amistad.

No es fácil explicarse la convivencia que durante algún tiempo acercó a dos caracteres tan opuestos y difíciles de armonizar como el de Rubén y el de Pedro Balmaceda. Sin embargo, después de la íntima amistad del poeta con Rodríguez Mendoza, tal vez no hubo en Chile otra que llegase a serle tan cara y digna, en todo momento y aun más tarde de su constante recuerdo.

Pedrito, como lo llamaban sus compañeros, era desconfiado, de carácter poco franco, nada de sincero, amigo de las burlas sangrientas y de los sarcasmos envenenados. Tenía escasos amigos y antes se le temía que no se le buscaba. ¡Cuántos toleraron sus dicterios y sus desdenes porque no olvidaban que detrás de él estaba el prestigio de su padre, que había llegado a la presidencia rodeado de una verdadera aureola de populari-

(1) Samuel Ossa Borne. *Un té de amigos*. REVISTA CHILENA.

dad! Y Rubén, que siempre tuvo la flaqueza de inclinarse ante los honores oficiales y la debilidad de rendirle homenaje a los agraciados de la fortuna y del poder, muchas veces doblegó la altivez de su orgullo ante los caprichos de tal amigo que le franqueaba las puertas del Palacio de la Moneda llegando a sentarle al lado de su padre, en la misma mesa presidencial: «Debo contar que una tarde—ha recordado el poeta en sus memorias—en un *lunch*, que allá llaman hacer *once*, conocí al presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fuí invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual, para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Florencio Fontecilla, que fué más tarde obispo de La Serena y el general Orozimbo Barbosa, a la sazón ministro de la Guerra» (1).

Esta era la mejor compensación que Rubén podía recibir de Pedrito. El, que vivía poco menos que de lance, cultivaba esa amistad con toda la mesura que le imponía su prudencia, sintiéndose honrado con participar, aun cuando más no fuera a la distancia, de la gloria del Presidente Balmaceda que por ese entonces, el año 88, estaba en el meridiano de su prestigio. Y Rubén podía verle frecuentemente en sus visitas al amigo, ya en los suntuosos salones, ora cruzando los amplios patios coloniales, sonoros y solemnes, del Palacio de la Moneda, en toda la altivez de su figura imponente, que erguía la más bella cabeza apostólica: «Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellos espesa, gesto señorial, palabra insinuante, al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante, de su patria; y concluyó como un héroe de Shakespeare» (2).

(1) Vida.

(2) Vida.—En uno de sus primeros libros, consignó Rubén Darío otra impresión de don José Manuel Balmaceda: «Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena; el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno».—«A. de Gilbert». San Salvador.

¿Acaso la misma anormalidad física con que la naturaleza quiso atormentarle influyó en las condiciones del carácter de Pedro Balmaceda? Pequeño y deforme; doblada su espalda por monstruosa joroba; de entre sus hombros enormes se destacaba una fuerte cabeza, con delicados rasgos apolíneos: rostro simpático; ojos dulces y transparentes, que parecían mirar desde muy adentro; boca fina y sensual; palidez mate de santo marfilino (1). Su palabra era afable, pero doblada a veces por violentos arranques nerviosos, que denunciaban una temprana perturbación fisiológica.

Dotado de una precocidad extraordinaria, su juventud, según el decir de Darío, «estaba llena de experiencia». Estudioso infatigable, no se dió tregua su espíritu en los gratos esparcimientos que le brindaban los libros. Educado en el colegio de los Padres Franceses de Santiago, y en el inglés de Ratford, desde muy niño mostró decididas aficiones literarias: recordamos haberle oído referir a don Enrique Matta Vial que, siendo compañero de colegio con Pedrito, se propusieron escribir un drama tomado de una novela caballeresca de Balzac, al que alude Darío cuando recuerda que concibió su amigo, siendo muy niño, la idea de escribir un drama de príncipes, reyes y traidores, cuya escena pasaba en Dinamarca, tal vez con la obsesión palpitante de alguna lectura de Shakespeare.

No fué Pedrito muy afecto a su hogar, donde sólo veía a su padre tiranizado cotidianamente por sus abrumadoras tareas del gobierno; a su madre compartiendo constantemente su tiempo entre las obligaciones sociales y la preocupación que le demandaban sus intereses, sin poderle hacerle sentir al hijo la ternura del hogar, necesario paliativo que pudo tornar más llevadera la amargura de aquel estigma de fatalidad física que pesaba sobre

(1) En las páginas de una novela (*Última Esperanza*. Santiago, 1887) evocaba a Pedrito Balmaceda, Emilio Rodríguez Mendoza de esta suerte: «Había mucho dolor en esa hermosa cabeza de artista, de facciones pulidas, limadas, de tez amarillenta como las hojas que palidecen en un otoño prematuro; y de grandes ojos negros hundidos, en que congelábase un dejo de esa amargura intensa, resignada, que macera la carne con los cinceles del sufrimiento»...

su cuerpo. De carácter propicio a la misantropía, no disfrutó del cuidado solícito de cuantos le rodeaban y sólo así se concibe que, escapando a la mirada de su padre, llegase a compar- tir, en más de una ocasión, con un grupo de amigos, los peli- grosos azares de una vida *non sancta*, las agridulces errancias de una pícara bohemia. Horro de cuartos generalmente, lle- gando hasta buscar un insignificante empleo en la Biblioteca del Instituto Nacional, Pedrito no pudo pensar en gastos fre- cuentes que su exhausta bolsa no hubiera tenido como cubrir. Los dones de la fortuna de sus padres estaban destinados a sa- tisfacer las cotidianas exigencias de una vida que imponía cre- cidos desembolsos, mientras él se veía obligado a prolongar en su mocedad sus necesidades de estudiante llevando sobre sus hombros la misma capa que usara en el Colegio de los Padres Franceses. Y, a pesar de esta escasez, que los amigos de Pe- drito no podían menos que advertir, Rubén Darío, hombre de ilusiones al fin, tenía a Pedrito poco menos que por un Nabab, que llegaba hasta la generosidad de hacerle editar por su cuen- ta su volumen *Abrojos*, cuando en realidad Manuel Rodríguez Mendoza, por ese entonces jefe de sección en el Ministerio de Obras Públicas, había conseguido que se imputara a un ítem de la ley de presupuestos, destinado a imprimir obras, el costo de la edición del libro. Santa y justificada irregularidad, que redundó en beneficio y mayor gloria del joven apolonida nica- ragüense.

Desde el primer día los gustos literarios de Rubén y Pedrito no hicieron sino contribuir a fortalecer una amistad que al poe- ta le fué muy útil en el cotidiano comercio de las ideas. A ve- ces en la sala de redacción del diario, ya en algún café o en los departamentos del Palacio de la Moneda se reunían habi- tualmente como dos antiguos camaradas que tuviesen mucho que contarse. En el viejo caserón de ruda piedra, que evoca el alma pesada y grave de la colonia, con sus ventanares estrechos cubiertos por la pesada reja española de noble bronce secular, tenía su cuarto de artista Pedrito, una pieza amplia que alegra- bran los curiosos *bibelots*, las porcelanas de la China, los bron- ces, las japonerías, los objetos del más acabado buen gusto,

adquiridos en su mayor parte por la familia, que denunciaban al fino artista, al hombre de refinadas preocupaciones: «Parece-me ver aún, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré; allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorgera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre éstos, llamando la vista, el de D. Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué a pagarle la visita que aquel hizo al señor don José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue de deux Mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable. Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y efflorescencias de seda» (1).

Y en el seno de ese gabinete, tan confortable como encantador, grato a las emociones de un poeta, Darío vivió amables horas de ocio, de buena camaradería y de intensa lectura. El ambiente era propicio para repasar los libros de Catulo Méndez, de los Goncourt, de Teófilo Gautier; para sentir la impresión adorable del oriente misterioso y dejar espaciar la fantasía en las más locas y bizarras fugas imaginarias; para forjarse las me-

(1) «A. de Gilbert».

fores evocaciones del París lejano y atrayente, de esa Lutecia cuyos encantos de sirena todo buen artista ha sentido en su corazón: «Iríamos a París—recordaba Rubén años más tarde. Seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès; le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renan en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madama Adam y escribiríamos libros franceses, eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex-chileno Santiago Arcos... Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. ¿No es cierto, hombre? Iríamos luego a Italia, y a España. Y luego, ¿por qué no? un viaje al bello oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella que vivió Pierre Loti y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante» (1).

¡Sueños, bellos sueños, en hora prematura malogrados! Los días pasaban y mientras la terrible epidemia del cólera desolaba la metrópoli chilena, en el rincón del cuarto, durante los días del año ochenta y siete, Pedro y Rubén forjaban sus extraordinarios castillos en el aire, en tanto «el té humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa Juventud nos cubría con sus alas rosadas, la charla desbordante hacía tintinabular (2) campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el confort, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: *Ya es hora de que*

(1) «A. de Gilbert».

(2) ¿Ya, por aquellos años, había leído Rubén Darío los versos de Poe en su propia lengua? La caprichosa formación de este vocablo es muy significativa, pues trae inmediatamente a la memoria el verso de *The bells*:

To the *tintinabulation* that so musically wells...

te duermas» (1). Sólo entonces se suspendía la charla y los pasos de Rubén, al alejarse, cantaban en las piedras centenarias de los solitarios patios del Palacio de la Moneda; luego los pesados cerrojos de la puerta enorme rechinaban al ser abierta por los soldados de la guardia nocturna.

¡Cuántas cosas no llegó a asimilar la memoria prodigiosa de de Rubén al amor de esas charlas y en las frecuentes lecturas que comentaba con su amigo! Pedrito guardaba como oro en paño los libros que sacrificadamente había logrado reunir: escasas, pero buenas obras de los autores modernos y de escritores franceses predilectos, poetas y novelistas, críticos y periodistas; románticos, parnasianos, naturalistas; los Goncourt, Silvestre, Zola, Flaubert, Balzac, Daudet, Saint Victor o Mendes. Los más selectos, sin distinción de escuelas o de gustos. Su librería era el mejor consuelo que podía apetecer la constante curiosidad de su espíritu, siempre ansioso de empaparse en todas las manifestaciones del arte moderno. Manuel Rodríguez Mendoza ha recordado, en el prólogo escrito para la recopilación de los artículos de Pedro Balmaceda, el tesoro de esa su «escogida librería de autores contemporáneos, la más valiosa que haya visto a ningún joven dedicado al cultivo de las letras» (2).

Pero, a pesar de la felicidad que pudo brindarle su situación privilegiada, la vida habíale negado a Pedrito la salud: una implacable enfermedad al corazón le mataba lentamente, ahogándole en repentinos ataques, que agravaban sus nervios frágiles, demasiado sensitivos. En vano su madre intentó arrancarle a la preocupación tiránica de los libros enviándole, ora a las playas de Viña del Mar, ya a vivir en el seno de ese milagroso parque de los minerales de Lota, donde Sara Bernhardt pasó horas gratas ante el milagro de un mar único y de un jardín paradisíaco, porque a pesar de todo, la existencia se le iba poco a poco: el mal le abrazaba en crueles insomnios y le consumía en nocturnas asfixias: «Para poder entregarse al sueño, tenían que abanicarle y al aspirar el aire cerraba los ojos tristes» (3).

(1) «A. de Gilbert».

(2) PEDRO BALMACEDA TORO.—*Estudios y ensayos literarios*. Santiago.

(3) «A. de Gilbert.»

Un día le escribió a su amigo Rubén para contarle que había sufrido un violento ataque estando en una fiesta: «Sentía, sentía morir, lejos de mi casa, de mi familia; y lo que me martirizaba era morir de frac y de corbata blanca». Había caído en medio del salón como fulminado. En su lecho le abanicaban, descendiéndole el frac y luego dejábanle tranquilo «con las flacas voluptuosidades de mis huesos». Días después convaleciente y tranquilo, le anuncia a Rubén en otra carta que era engañoso testimonio de frescura y alegría: «Siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. En pleno parque de Lota: *Por aquí se entra al cielo*» (1). Otro día le escribe al poeta comenzando por elogiar su preciosa *Invernal*: «Tú, en verdad, —le dice— te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismos, dolores al corazón, y no amo a mujer alguna».

¡Pobre Pedrito! a medida que su enfermedad le hacía sentir más inmediata la realidad de la muerte, su carácter se tornaba más propicio a las susceptibilidades, que a veces llegaron a convertirse en él en femeninos rencores. Irascible y violento, un día rompió para siempre con su amigo Rubén, a quien acababa de conseguirle un empleo en la Aduana de Valparaíso. Acompañado con el poeta se dirigió cierta tarde a buscar al común amigo Samuel Ossa Borne, secretario por ese entonces en la administración del Correo: al descender los peldaños de una escalera Rubén dió un tropezón violento y, tratando de buscar donde asirse, tuvo la mala fortuna de colocarle la mano en la espalda a Pedrito. ¿Creyó éste que Rubén se valía de un pretexto para tocarle la corcova, siguiendo aquello del adagio popular: quién toma la joroba del jorobado alcanza la buena fortuna? Así pareció justificarlo su ira violenta e inmediata contra el poeta, que también hilaba delgado en los fueros de su orgullo para no sentirse ofendido ante aquel incomprensible exabrupto. Desde ese momento Rubén y Pedro Balmaceda no se volvieron a ver ni a tratar.

(1) «A. de Gilbert.»

En el libro sobre su amigo, que poco más tarde publicó Darío en San Salvador, refirió la historia de este rompimiento, atribuyéndolo a circunstancias que le hicieron aparecer ante él como «sirviendo intereses políticos contrarios a los de su padre» (1) y sobre todo a razones «que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad».

¿Tal vez encontró el poeta demasiado grotesca la verdadera causa de su ruptura con Pedrito que, sin embargo, resulta más humana y comprensible que la de razones políticas en quien jamás supo nada de ella ni participó de sus mezquinos enredos hasta resolverse a silenciarla en cambio de una explicación muchísimo más singular?

Pocos meses después de este incidente el prematuro mal que amenazaba la vida de Pedrito había llegado a convertirse en un caso de gravedad suma. Sin embargo, artista siempre hasta en los menores detalles, olvidándose de todo, en un postrer rasgo de buen gusto, se dió a la tarea de convencer a su padre de la necesidad de adquirir coches a la Daumont para el gobierno. Siempre enamorado de lo francés, acariciaba en su imaginación el sueño de ver cruzar las calles a las opulentas carrozas, tiradas por cuatro caballos, dirigidas por elegantes postillones y atalajadas como en los buenos días de la Revolución Francesa. Cada mañana se iba a la elipse del Parque Cousiño a presenciar y dirigir en persona el amaestrar de los troncos, que arrastrarían las magníficas carrozas, y el aprendizaje de los postillones que más tarde iban a vestir el fino pantalón blanco, la chaqueta, la gorra azul y el amplio guantelete; ensayos que se hacían en carruajes viejos, cuyos postillones eran los soldados de granaderos con sus habituales uniformes, mientras se preparaban las carrozas y trajes.

Una mañana se encontraba Pedrito observando distraído las ya avezadas maniobras de postillones y caballos, mientras no distante realizaba sus ejercicios un piquete de la caballería, que

(1) ¿No recordaba Manuel Rodríguez Mendoza el desdén de Darío por la política cuando decía: «...Quedándose dormido cuando se habla de política o de grandes negociaciones comerciales»? *La Tribuna* de Santiago.

se preparaba para una revista de tropas que debía hacer el Presidente de la República, cuando, improvisadamente, el coronel don Sofanor Parra ordenó un simulacro de carga. Sea que nadie reparó en Pedrito o que no lo alcanzaron a ver los soldados, el hecho es que, cuando él menos se lo figuraba, sintió el estrépito cercano de los cascos de los caballos que atronaban el suelo. Apenas si tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría; presa del pánico más imprevisto echó a correr desesperadamente hasta ganar la linde de la elipse. Su ya gravísima dolencia cardíaca se agravó inmediatamente, siendo suficiente esa impresión y ese imprevisto desgaste de energías, superior a sus fuerzas, para que precipitara su muerte poco más tarde.

Dos días antes de irse para siempre, él, que había soñado con el arte y el amor, suplicaba como única gracia le fuese llevada hasta su lecho a la mujer que había amado con todo el calor de su corazón de veinte años y que, algún tiempo después, ¡amarga ironía! fué la esposa de uno de sus mejores amigos.

«Y nacieron mis «Abrojos...»

La amistad con Manuel Rodríguez Mendoza y con Pedrito Balmaceda fué decisiva en la formación literaria de Rubén Darío: la charla siempre interesante, la lectura a menudo comentada, las discusiones removedoras de ideas y de nuevos sentires, fueron para el poeta un constante incentivo de renovación y de cultura estética. De ellas nacieron no pocos de sus «Abrojos», muchas de las páginas de «Azul», más de una de las «Rimas», tantos artículos de oportunidad y tantas estrofas de ocasión.

La amable camaradería de esa regocijada bohemia unió en estrecha amistad no sólo a Rodríguez Mendoza, Pedrito Balmaceda y Rubén Darío sino que a muchos otros de los habituales contertulios que frecuentaban la redacción de *La Época*. Cada noche se reunían a charlar, mientras Rubén hilvanaba uno que otro suelto, que se resistía en los puntos de su pluma como un alumbramiento supremo; luego solían ir a cenar *chez* Gage o a algún figón conocido cuando no á casa de una amiga discreta,

una amable Anadiomena criolla como aquella fresca e ingenua Domitila cuyas cortas luces no presintieron el claro talento de Rubén. Pero el homenaje que no supo rendirle al poeta se lo concedió al varón fuerte en la copa de su boca ardorosa, en las caricias de sus brazos y en el fuego de sus labios donde los besos hicieron brotar claveles blancos y rojos como los de la sátiresa que evocó más tarde el escritor en un bello soneto. ¡Cuántas veces aquellos brazos morenos y duros, hechos más para los rudos menesteres de las cotidianas faenas que no para las venusinas embriagueces, le hicieron olvidar la morriña del trópico y la nostalgia de sus rosados primeros idilios!

Junto a Domitila el poeta sentíase complacido: volaban las horas livianas dejando solamente en el recuerdo de Rubén la melancólica tristeza de la carne exhausta. Muchas veces escribió para ella amables estrofas, lindas rimas, páginas delicadas que se extraviaron en los azares de aquella insólita bohemia. Un amigo del poeta, Samuel Ossa Borne, ha referido cómo en cierta ocasión, mientras visitaba con varios amigos a una gentil extranjera, que cantaba milagrosamente, el poeta no se sintió a su gusto en aquel medio de amor y de galantería forzada, tornándose bien pronto hosco y terco hasta el punto que, al reparar en Pedrito Balmaceda que llevaba un libro en el bolsillo, fué en su busca para sumergirse luego en su lectura sin cuidarse poco ni mucho que le tildaran de impertinente. Como uno de los circunstantes le reprochase la inconveniencia de su actitud, una vez que abandonaron la extranjera, Rubén probó que no había leído sino escrito:

.....
Porque para oír su voz,
que nada tiene de rara,
oler cold cream en su cara
y besar polvos de arroz,
treinta millones de veces
prefiero a la Domitila.
.....

La mayor parte de la producción literaria de Rubén brotó

de una manera análoga: su vida aporreada, las miserias y los dolores propios y ajenos, las acometidas de la envidia, el grosero sensualismo, el dolor junto al placer, la virtud escarnecida por el vicio victorioso, le encendieron en santa ira arrancando del carcaj de su numen la nota de una rima o de un cuento, ya fuese *El rey burgués*, *El sátiro sordo*, las humoradas de su primer libro, *Abrojos*, que dió a la estampa en Chile, de esa obrita espontánea y sencilla, compuesta a vuela pluma; irónico ideario lírico de amables cronicuelas escritas

en el margen de un periódico
o en un trozo de papel,

en la propia mesa de trabajo de *La Época*, al calor de la charla con su mejor amigo y confidente, Manuel Rodríguez Mendoza, con quien gustaba recordar los años idos, sus miserias presentes, las acechanzas viles de los mediocres, sus marchitas ilusiones. Toda esa amargura constante, «la risa en los labios y el llantos en los ojos», que ha quedado en sus versos de juventud como una gota amarga en el fondo de una copa.

Manuel Rodríguez Mendoza, padre y co-autor de muchos *abrojos*, recordó que su título se debía a una dolora de Manuel Acuña: «Si no hubiera sido por la dolora de aquel joven naufrago de la vida que halló el reposo eterno en una copa de cianuro de potasio, los *Abrojos* se llamarían *Gotas de Vitriolo*, título absurdo al parecer que le sugerí yo al autor de *Azul...* a fin de despertar la indiferencia egoísta del público, a fin de sorprender, esta es la palabra, a los refinados que gustan leer las obras que saben a bombones de parisienses (1).

Si por lo que toca a la forma literaria de estos *Abrojos*, reconocen un cercano parentesco, las *Humoradas* de Campoamor y las *Saetas* de Leopoldo Cano, el alma, el fondo de amargura, su médula emotiva, son cosa propia y palpitante del poeta. En la mayoría de ellos se evoca la historia de muchos momentos tristes, vividos en el volar de las horas y trasladados al papel sin inútiles énfasis retóricos. Como si ya Darío, por una extra-

(1) Los *Abrojos* de RUBÉN DARÍO. *Revista Chilena*.

ña intuición de artista, presintiera lo que pedía Verlaine cuando aconsejaba, ante todo, retorcerle el cuello a la elocuencia.

Los *abrojos* brotaban casi espontáneamente de la imaginación de Rubén, en el seno de aquella camaradería en la que el poeta arrastraba el tremendo hastío de su pobreza y de su melancolía de indio triste, compartiendo la amistad de quienes como Vicente Grez, Manuel Rodríguez Mendoza, Alfredo Irarrázaval, Narciso Tondreau, Samuel Ossa Borne eran sinceros, bondadosos y entusiastas compañeros de bohemia. Fuera del diario tuvo Rubén dos admiradores y amigos que le protegieron siempre y fueron para él dos escudos contra las venenosas saetas de la envidia; dos hombres a quienes recordó siempre el poeta con palabras de gratitud: Pedro León Medina y Carlos Toribio Robinet. Jamás faltó en labios de este último una palabra de aliento para el poeta; Medina fué el amigo eficaz y generoso, cuya casa compartió con Rubén en los días más apremiantes de su permanencia en Santiago (1).

Negación viva del sentido práctico, de la realidad tiránica, Rubén Darío se vió condenado siempre a la más menesterosa bohemia y a la menos resignada y franciscana de la pobreza. Durante los primeros meses, después de su llegada a Santiago, el escaso sueldo de *La Época* le permitió un pasar decente que bien pronto ¡ah! iba a terminar con la pérdida del empleo. Más tarde sus colaboraciones en *El Heraldo*, *La Libertad Electoral* y un premio ganado en el certamen Varela le dieron algunas cortas entradas que le evitaron una vez más el trato con la miseria. Con cuanta razón, después de escribir su *Canto del Oro* y *El velo de la reina Mab*, no compuso aquel su *Abrojo* más amargo:

Puso el poeta en sus versos
todas las perlas del mar,

(1) Algunos de esos amigos de entonces han sobrevivido al poeta: Vicente Grez y Manuel Rodríguez Mendoza, murieron hace ya algunos años; Narciso Tondreau vegeta de rector en un Liceo de provincias, enteramente olvidado de las musas; Robinet puso fin a sus días partiéndose el cráneo de un balazo; Irarrázaval hace vida de diplomático y Medina vive tranquilo en la paz de su hogar.

todo el oro de las minas,
todo el marfil oriental,
los diamantes de Golconda,
los tesoros de Bagdad,
los joyeles y preseas
de los cofres de un Nabab.
Pero como no tenía
por hacer versos ni un pan,
al acabar de escribirlos
murió de necesidad.

La nieve de los años le hizo olvidar al poeta ¡pícara y piadosa memoria! todas las pobreza y angustias de ese su antaño bohemio hasta llegar a decir en la historia de su vida, con amable indulgencia, cinco lustros más tarde: «La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázaval, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del Ministro de Italia» (1).

No fueron muy ruidosos los éxitos literarios que alcanzó Rubén Darío en Santiago de Chile, a pesar de que en sus memorias recuerda como tal uno que, según su testimonio, le valió un envidiable prestigio entre sus camaradas de periodismo, cuando una noche el director de *La Época*, queriendo tributarle a Campoamor un homenaje literario con motivo de iniciar sus colaboraciones en el diario, se propuso poner a prueba el talento de cada cual e improvisó un certamen rápido ofreciendo un premio de doscientos pesos al que escribiese la mejor cosa breve sobre el poeta de las *Doloras*. Inmediatamente todos se pusieron a la obra: «Hubo notas muy lindas—dice Darío, pero por suerte, o por concentración de pensamiento, ninguna

(1) Vida.

de las poesías resumía la personalidad del gran poeta, como esta décima mía:

Este del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

Recuerda un amigo del poeta, que tomó parte en esa verdadera oposición para ganar plaza de talento espontáneo, que cuando leyó Rubén la linda décima muchos rompieron las carillas en que habían escrito amables improvisaciones otorgando tácito homenaje al joven lírico nicaragüense.

¿Es esta una simple fantasía del poeta? Uno de sus amigos de entonces, Samuel Ossa Borne, nos refirió en cierta ocasión, que este recuerdo no pudo ser ignorado por Manuel Rodríguez Mendoza, Narciso Tondreau, Alfredo Irarrázaval y Luis Orrego Luco: «No está de acuerdo con los recuerdos ni lo estará con la contabilidad del diario». No lo está tampoco con lo referido por el propio Ossa Borne (1), en cuya casa Rubén Darío compuso esta décima, dejando el original con sus vacilaciones en el título «en los mismos instantes en que Laroche hacía a pluma mi retrato, que también conservo» (2).

Fué la tertulia de *La Época* el mejor excitante literario para la sensibilidad de Rubén Darío: allí se conversaba, se leía, se comentaban los últimos libros y las últimas producciones de cada cual. A veces, cuando iba corrida ya la noche por medio filo, comenzaban a retirarse los habituales contertulios y con ellos frecuentemente Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén que solían ir juntos a algún rincón amable donde Darío gustaba be-

(1) Un manojo de recuerdos rubendarianos.

(2) Carta particular dirigida A. D.

ber un poco más de lo necesario. Entonces se enhebraba la charla, abandonándose todos a la lectura o a las expansiones íntimas. El Darío habitualmente hosco, silencioso y misantrópico, se convertía como por extraño prodigio en un amable conversador, en el más comunicativo, acerado y vivo de los camaradas; libros, hombres, cosas, amores de ayer y recuerdos de la tierruca lejana, todo iba cayendo de los labios en aquel encendido repasar de memorias y emociones vividas con todo el calor de los veinte años. Luego, tras una anécdota o un recuerdo del poeta, Manuel Rodríguez Mendoza solía decirle a Rubén: ¿Por qué no escribes eso? Callaba un instante Darío, recogía una carilla y brotaba luego un *abrojo* de su pluma fácil.

Una noche, una de esas noches de íntima convivencia espiritual, Manuel Rodríguez Mendoza le refirió a Rubén lo siguiente: el compromiso de X quedó nulo a causa de su conducta poco edificante. Un Domingo en que X, con algunos amigos, tomaba una copa en cierta pastelería, entró Ella, acompañada de varias personas. Al verla, X se echó el sombrero sobre los ojos, alzó el cuello de su gabán e inclinó su rostro sobre el mármol del mesón. Un instante más tarde, cuando ella se hubo alejado, apuró de un sorbo el vaso y se retiró silencioso (1).

No alcanzó a transcurrir mucho rato después que terminó de hablar Rodríguez Mendoza: Rubén Darío había escrito sin mucho esfuerzo:

Cuando la vió pasar el pobre mozo,
y oyó que le dijeron: ¡Es tu amada!...

(1) Esta reminiscencia, dada a la estampa por Samuel Ossa Borne (*Un té de amigos*. REVISTA CHILENA), se justifica con el siguiente recuerdo del propio Rodríguez Mendoza: «Un día le contaba yo a Rubén una triste historia de amor, los padecimientos de un amigo mío que hoy no figura en el campo de las letras, a pesar de sus felicísimos ensayos de poeta y de crítico; aquel relato le interesó vivamente, por tratarse de un joven de talento perseguido y azotado por la desgracia; tomó entonces el autor de los *Abrojos* una hoja de papel y escribió a vuela pluma esta hermosa composición:

Cuando la vió pasar, etc.

La Tribuna. Santiago, Agosto de 1888.

lanzó una carcajada,
pidió una copa y se bajó el embozo.
¡Qué improvise el poeta!

y habló luego
del amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirle la embriagada tropa,
se le rodó una lágrima de fuego,
que fué a caer al vaso cristalino.
Después, tomó su copa
y se bebió la lágrima y el vino.

En cierta ocasión se encontraban reunidos en *La Época* los habituales amigos que formaban el círculo cotidiano. Las anécdotas, los recuerdos, las saetas irónicas iban a clavarse, con dirección propicia, en Rubén. El director, don Eduardo Mac-Clure, comenzó a referir que una vez, al cruzar una calle, le llamó la atención la gracia y simpatía de una muchacha del pueblo. Sin vacilar se dirigió a la madre y, colocándole una moneda de oro en la cuenca del ojo, le preguntó si daría entrada a un tuerto, a lo que la interrogada le repuso que si bien en su casa no se admitían tuertos podría tal vez dar entrada a un ciego. Una nueva moneda de oro en el otro ojo bastó para que la complaciente celestina le sirviera de lazarillo conductor al dadivoso cuanto interesado cazador de caricias. Inmediatamente escribió Rubén el conocido *abrojo*:

Cuando cantó a culebra,
cuando trino el gavilán,
cuando gimieron las flores
y una estrella lanzó un ¡ay!
cuando el diamante echó chispas
y brotó sangre el coral,
y fueron dos esterlinas
los ojos de Satanás,
entonces la pobre niña
perdió la virginidad.

No sólo en estas estrofas sino en muchos de los *Abrojos*, en más de algunas de las rimas y en los cuentos de *Azul*, Rubén Darío puso en los puntos de su pluma el recuerdo del director

de *La Época* don Eduardo Mac-Clure. Allí, en el seno de la tertulia cotidiana, al amor del ambiente frívolo y elegante de los amplios salones, tuvo ocasión el poeta de observarle de cerca, de ensayar el escarpelo de su análisis en los sentimientos y en las ideas de aquel amable y despreocupado rey burgués, buen vividor, aristocrático camarada, respetuoso del arte y enamorado de la vida; todo un gran señor que botó una fortuna queriendo hacer de *La Época*, dócil a las inspiraciones de Francisco Guerra Besa, Pedro Montt, Ladislao Errázuriz, Augusto Orrego Luco, Luis Montt, Isidoro Errázuriz, Vicente Grez y Federico Puga Borne, un periódico superior a su medio, con servicios informativos de primer orden y corresponsales epistolares de la significación de Gladstone, Jules Simon, Castelar y Campoamor. Hombre de su siglo, inquieto y progresista, derrochador y magnífico en sus gustos, se desvivía por seguir los consejos de sus buenos inspiradores, tratando de crear un diario moderno, una especie de *Le Figaro* chileno que registrase en sus páginas las cotidianas primicias de la mejores plumas. Fué así como, además de las grandes correspondencias ya mencionadas, muchas de las cuales fueron tal vez escritas por talentosos secretarios, aparecían cada día en *La Época* las firmas de los mayores prestigios literarios y políticos: franceses y argentinos, españoles y chilenos; todos, los veteranos de las antiguas lides y los jóvenes iconoclastas del modernismo.

No era don Eduardo Mac-Clure periodista ni escritor y solo buscaba en la dirección de un diario como *La Época* un derivativo para sus aburrimientos de mundano, una distracción para sus ocios de *amateur* de las cosas artísticas y una posible manera fácil de ganar dinero. Amigo de las mujeres y de la buena vida, antes que de los desvelos que imponen las disciplinas del intelecto, no se cuidaba poco ni mucho del estudio, pues encontraba con más frecuencia la felicidad en el calor de dos amorosos brazos o en el fondo de una copa que entre las páginas de un libro.

Rubén Darío que, con el santo medioeval hubiera sucumbido cien veces ante las acechanzas de la gula; que jamás fué indiferente a una mesa bien servida y ante un vaso de generoso

vino (I), no podía menos de rendir su admiración ante ese rey burgués, aunque no fuese santo de su agrado y de su afecto.

Bien claro lo recuerdo: una tarde fuimos a visitar al poeta en su pequeño departamento de la Rue Corneille. Le encontramos más hosco y misantrópico que nunca. Imposible parecía arrancarle una palabra, ni obtener la insinuación de un gesto amable. Pero, vino en nuestro auxilio una casual coincidencia: llevábamos una copia del libro de Wackenroder, «*Herzensergiessungen eines kunstliebenden Klosterbruders*», que habíamos tomado del milagroso ejemplar de su primera edición que se custodia en la Biblioteca Pública de Lübeck. Le hablamos de ella al poeta, recordando de paso que el único autor que en lengua española parece haber conocido y citado al admirable cuanto olvidado escritor tudesco había sido él en *Los Raros*, y he aquí que, inmediatamente, Darío se convirtió, como por milagro, en otro hombre: curioso, inquieto, dióse a hojear la copia recordando luego cómo, debido a una interesante referencia de uno de los Schlegel, logró leer a Wackenroder, a su paso por Munich, y luego, movido por el interés que despertó en él el pequeño breviario sentimental, realizó el viaje más intenso, maravilloso y evocador a Nüremberg, la arcaica ciudad, con sus tejados rojizos, sus campanarios singulares, sus peñones característicos, milagro redivivo de la Edad Media, en cuyas casas el tiempo parece haberse detenido. Por fin, el calor de la charla nos franqueó la confianza del poeta permitiéndonos enderezar la proa de nuestra curiosidad hasta el íntimo alcanzar de sus recuerdos. Le preguntamos muchas cosas de su juventud y al recordarle algunos de sus *Abrojos*, afilados como saetas, le indicamos nombres de personas a quienes creíamos iban dirigidos mientras él asentía burlonamente. De pronto cayó de nuestros labios el nombre del director de *La Época*, don Eduardo Mac Clure y

(I) ¿No recordaba en su epístola a la mujer de Lugones?

¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!

¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!

¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!

¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!

Rubén tuvo tres o cuatro palabras amables y algunos acerados reproches.

—¿*El Rey Burgués*?, le dijimos y él nos comprendió inmediatamente.

—Sí; *El Rey Burgués*—nos respondió.—Todas mis pobreza, todas mis angustias y expoliaciones de entonces están sufridas y vengadas en él.

Y nosotros pensamos en el rey fastuoso, que tenía un palacio soberbio y que junto al estanque de sus cisnes leía las novelas de Jorge Ohnet, las críticas gramaticales o las disertaciones hermosillescas; recordamos al buen Mecenas, rodeado de su corte, que le permite ganar su vida al poeta, que un día llegó hasta su palacio, dando vueltas al manubrio de la caja sonora que toca vales, cuadrillas y galopas en medio del magnífico jardín: «Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, el poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiriririn, tiriririn... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? Tiriririn, tiriririn... ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiriririn! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra» (1)!

¡Pobre poeta! Cuando se publicó «Azul» pocos entrevieron el cruel fondo de amargura que había en el libro. ¿Nunca llegarían a pensar aquellos que, en el seno de la tertulia de *La Época* se gozaban en zaherir y vejar al poeta, en la dirección que llevaban las saetas de amargura de este cuento irónico, terriblemente sarcástico y vengativo? Más de un grave, sesudo y docto enemigo del poeta perdurará redivivo en el grotesco retrato de aquel asno de *El sátiro sordo*, consejero áulico del caprípedo que ramoneaba en los árboles de los verdes oteros y en el símbolo del sátiro mismo, velludo y montaraz, que no oía el canto de la alondra y escuchaba, en cambio, los consejos del jumento; que «saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el

(1) «Azul»: *El rey burgués*.

ramaje lleno de brechas alguna cadera blanca que acariciaba el sol con su luz rubia» y a quien «todos los animales le rodeaban como a un amo a quien se obedece». ¿No quiso disfrazar el poeta la flecha acerada de un verdadero epigrama? Y el apolónida ilusionado de aquellos días ¿no trazó su autobiografía ideal en aquel Garcín, grotesco y lírico, que llevaba el pájaro azul oculto en su cabeza?

Porque «Azul» y «Abrojos» fueron obra de belleza y de sinceridad; de emoción y de dicterio. En sus páginas vive, siente, apostrofa y canta el poeta que ha leído a Hugo, a Juvenal y a Campoamor. Junto a la efusión de belleza brota la espina en las rosas de su jardín: cuando se le alarga la mano cordial el poeta siente en su pecho desbordes de alondra; si la ponzoña cae en su vaso, su estrofa se convierte en una mueca.

ARMANDO DONOSO.

(Concluirá).

DÍAS DE CAMPO

LA JOROBADA

Aquella tarde de invierno regresaba del pueblo vecino al fundo, de donde partiera a buscar noticias, los diarios, la correspondencia, algo, en fin, para desvanecer el aburrimiento de mis monótonos y solitarios días campesinos; pero aquel poblacho de casas bajas, aplastadas, sucias, de callejas sinuosas, desiertas, llenas de agua y barrizales; aquella pequeña botica de las señoritas Díaz donde me detuviera a saber cualquier hecho interesante aumentaban mi nerviosa hipocondría; los desocupados que ahí habitualmente se reunían, habíanme mirado con un aburrimiento igual o mayor que el mío, interrogándome, además, ansiosamente sobre si sabía algo de nuevo!

Marchaba, pues, lentamente por la ancha y desierta avenida de las afueras del pueblo; las bridas flojas caían sobre el cuello de mi caballo. Sobre mi cabeza, gruesas, desgarradas nubes negras, preñadas de agua, a través de las cuales divisaba alguna estrella en el azul borroso, dejaban caer sobre mí tal cual grueso goterón; si volvía la vista, divisaba, en el creciente crepúsculo, una bruma espesa de humo y de nieblas que se elevaba lentamente de ese pueblo maulino edificado entre pantanos y basurales.

Después de marchar buen rato por esa avenida, encontrábame a la salida del pueblo, en los últimos arrabales.

Transmonté la línea férrea, miré a mi derredor y ví que tenía delante los caminos rurales, el campo libre.

La noche había caído ya por completo; ante mí se extendían los potreros sumergidos en la húmeda sombra.

A mi derecha, en algunas casitas de paja de inquilinos, con su vara al frente, su estrecho corredor, principiaba a encenderse fuego al ras del suelo; veía entre las sombras y la luz trozos de cabezas, de brazos, de manos tendidas sobre las brasas que alumbraban vivamente las llamas: escuchaba gruesas voces: «El patrón me dijo...» «Yo le contesté entonces...», carcajadas groseras, ladridos; más allá, el silencio profundo de los campos.

De pronto, escuché una voz de mujer, alta y armoniosa, que dominaba todo rumor, que parecía cernirse muy lejos...; era una voz juvenil, apasionada y cálida en las notas graves, purísima y cristalina en las altas, que dominaba con majestuosa seguridad. Cantaba:

Yo canto el cantar eterno,
el cantar del querer bien;
ámame mucho que así amo yo;
canto el cantar de la vida,
porque vivir es querer.

.....

Detuve mi caballo; la canción continuaba,

Así, en la noche que calla,
para que se oigan mejor,
canta el ruiseñor sus quejas
con melancólica voz.
Ámame mucho que así amo yo,

terminaba imperiosamente aquella voz; y yo sentía que este estribillo expresado con voz juvenil era grave, hería las más íntimas fibras de mi ser, de todos los seres capaces de comprender y de sentir el amor.

Porque vivir es querer,

decía aquella voz con altísimo y desgarrador acento; y en este

acento vibraban todos los matices de un alma heroica, sin freno, dispuesta a morir por el objeto amado; el amor y la muerte se unían; el mundo, las miserias terrenas desaparecían.

Me imaginaba a la artista que tales acentos lanzaba como un ser único capaz él sólo de sentir y de enjendrar el amor.

Imaginábala también como una mujer alta, esbelta, radiante de juventud, de vida y de belleza, una de esas mujeres con las que se ha soñado acaso en los lejanos días de la adolescencia.

Y en el silencio que seguía, parecíame que aquella voz continuara vibrando como la campana de un *Angelus* lejano.

Miraba curiosamente a mi derredor orientándome para descubrir de que parte venía aquella voz.

Ahora escuchaba, no lejos de mí, los sordos acordes de un arpa.

Ahí, cerca, había un rancho de paja pequeño y destartelado: de ahí se escapaban los sonidos débiles de aquella arpa. Me dirigí rápido hacia allá; descendí del caballo, até la brida a la vara e inclinándome me encontré en el corredor estrecho; la única puerta de aquel rancho era bajísima; tuve que encorvarme para entrar.

Observaba curiosamente el interior: un pequeño chonchón de parafina estaba colocado sobre un mesón mugriento y difundía en la pequeña estancia débil claridad amarillenta. El recinto estaba lleno de gente sentada en una banca circular de tablas y en pequeños pisos de totora. Casi todos eran peones a jornal de las inmediaciones; reconocía a algunos trabajadores del fundo, regadores, carreteros, carrilanos, peones vagabundos. Había también algunas mujeres andrajosas. Casi todos estaban ebrios, algunos dormían profundamente, otros roncaban con la cabeza apoyada en la quinchá o en el hombro paciente de algún vecino, muchos, de pie, gesticulaban. A mi llegada se tendieron algunos vasos; varios peones que conocía se quitaron los sombreros que tenían encasquetados.

Con la vaga penumbra, en un rincón, ví una gran arpa; tras ella, en un pequeño banco, distinguí, a través de los grandes brazos y de la rejilla de cuerdas del instrumento, la esmirriada figurilla de una jorobadita.

Imposible habría sido definir la edad de aquella criatura: de la enorme joroba surgía un rostro pálido, demacrado, de aspecto enfermizo, rubios cabellos encuadraban desordenadamente aquella faz; los grandes ojos azules tenían una expresión intensa como si reflejaran un dolor incurable; los labios, muy rojos, parecían torcerse en una mueca de hambre y de sed inextinguibles. Las pálidas, las pequeñas manecitas tañían suavemente las cuerdas.

A mi llegada, principiaba otra canción.

Hay momentos en la vida
que parece que la calma
se apodera de nuestra alma
para nunca más salir.
Hay momentos en la vida
que van y vuelven a ir,
hermosos y fugitivos
como las hojas de abril.
Hay momentos en la vida
que no se pueden sufrir:
ausente de un bien que se ama
es imposible vivir.

Y en la voz que cantaba esta canción nada había de ese acento nasal, de esa deformación del lenguaje, ese ritmo monótono acostumbrado siempre en nuestros cantares populares.

Al llegar a las notas altísimas del estribillo final de esta vieja canción maulina, un grupo de borrachos se levantó en tropel de sus asientos, y, en corro, se dirigió donde la cantora con los grandes vasos tendidos hacia ella invitándola, a porfía, a que bebiese, pero ella rechazaba la violenta invitación haciendo repetidas señas negativas con las débiles manecitas, mientras en sus grandes ojos azules reflejábase siempre esa expresión de dolor incurable que observara al entrar. De pronto sus vagas miradas advirtieron mi presencia, y algo como un relámpago de familiar alegría dibujóse en sus pupilas, en sus labios que sonreían...

Uno de aquellos borrachos me dijo alegremente:

—¡Canta bien esta chiquilla, patrón! ¿Quiere que le toque una cueca?

Hice una señal negativa con la cabeza. Me hacía mal ese espectáculo: esos cantos tan bellos, tan puros en medio de esa inmunda borrachera. Me dirijo en silencio donde la infeliz criatura, deposito en el ojo del arpa algunas monedas y sin que nadie me detenga voy a tomar mi caballo.

Lluviosos días siguieron a aquella tarde; y una mañana de sol en que el cielo era azul, sin una nube, en que el pasto y las desnudas ramas de los árboles resplandecían de brillantes gotitas de agua, hacía mi acostumbrado viaje al pueblo.

Los ranchos negruzcos parecían tener un aire de fiesta bajo los rayos del sol; húmedos vapores brotaban del suelo, de los pantanos, los pájaros saludaban gozosos la llegada del buen tiempo.

Reconocí entre esos ranchos aquel en que me detuviera aquella tarde. La lluvia había humedecido el barro de la quincha de ramas y de greda. Gruesos goterones brillaban en la totora del techo negruzco de humedad. La puerta estaba abierta de par en par; el sol entraba a torrentes en la pequeña mansión.

En la estrecha habitación, desierta ahora, una mujer morena, de regular edad y gruesas facciones, vestida de luto, conversaba de pie a la puerta, con un trabajador. Este en el rostro moreno, congestionado, tenía una expresión suplicante, humilde.

La mujer negaba, terca, irritada.

—No; hoy no fío; déjate de borrachera; ándate a trabajar mejor luego, en vez de estar molestando.

El aludido encasquetóse bruscamente la vieja chupalla y se alejó en silencio con desmayado andar.

En el fondo del patiecillo del rancho donde la tierra negreaba húmeda y fangosa aun bajo los rayos del sol, vi sentado en un piso a un antiguo regador del fundo. Con el gran sombrero de paja caído sobre los ojos, parecía meditar profundamente.

En un rincón vi la grande arpa solitaria, rodeada de dos pisos de totora.

Hice una leve inclinación a la mujer, y me dirigí a ese viejo

peón que, yo sabía, hacía tiempo no trabajaba, a causa de los años y del reumatismo, lo que le dejara las piernas muertas.

—Camilo ¿y la niña que cantaba aquí la otra noche? le pregunté.

El anciano alzó bruscamente la cabeza, y en voz baja, cavernosa, se dirigió a la mujer vestida de luto.

—¿No oyes, mujer, lo que pregunta este caballero?

La mujer contesta con tono airado, despreciativo, brutal, como si hablara a otra persona.

—¡Ya se va a poner a hablar este viejo, y no va a acabar nunca...!

Al escuchar estas palabras, el anciano hace un ademán desdenoso con la cabeza y dirigiéndose a mí continúa con voz gruesa, cortante, alta, en la que trata de manifestarme, tal vez, una autoridad desconocida siempre en aquella casa.

—Ahí se lo pasaban tomando, señor, noche a noche y canto y canto; no había descanso, ni sueño, ni nada... Yo, que me levanto al aclarar, encontraba siempre a la chiquilla sentada en el banco sin dormir y dale que dale al arpa. Una mañana la llamo desde aquí donde estoy ahora; veo que no se mueve y que tiene los bracitos enredados en el arpa; y tan callada...! me voy arrastrando, arrastrando; le toco la cabeza, fría, las manos, frías también; tenía los ojos abiertos, la cara blanca y parecía sonreír tan tranquila... La remezco, y entonces se cae de lado, la tomo con este brazo, y se dobla toda hacia la tierra. Ahí quedó hasta que llegó la gente. Yo, por estas piernas, no me podía mover. ¡Estaba muerta, señor!

—¿La niña era pariente suya, Camilo?

—Era mi nieta, hija de la Regina, esa muchacha que se me arrancó para Santiago hace años. De allá había vuelto muy enferma y con esta niña; decía que era hija de un caballero principal de Santiago... que la habían engañado... mil cosas! Aquí vino a morir de calentura, la pobre. Después, mi otra hija, la Candelaria, esa que está ahí en la puerta escuchando, principió con esta fiesta. Decía que el negocio iba muy bien y yo veía claro que esto iba a acabar mal al cabo... En el día, cuando no había gente, la pobrecita se lo pasaba callada, sin moverse, con

los ojos muy abiertos, como entumida de frío... parecía que no vivía en el mundo; muchas veces la vi en aquel rincón toser y llevarse el adelantal a la boca, lo sacaba lleno de sangre; yo la tomaba, a veces, en brazos y la tenía mucho tiempo bajo esta manta para que se abrigara y durmiera. Y ésta que está ahí en la puerta, nunca me escuchó. «Llama al médico». «Dale remedios». «No la dejes cantar tanto», le decía yo, pero ella, empecinada en ganar plata, continuaba con esta fiesta... Y esos cantos tan bonitos que atraían tanta gente, que hasta las personas principales se paraban a escucharlos, tenían que hacerle mal al cabo... Ah! ellos se la llevaron, se la llevaron al fin, señor!

Y el anciano inclina suavemente la cabeza y se cubre la cara con sus nervudas manos temblorosas.

La mujer, vestida de luto, escucha este relato con los ojos fijos tenazmente en el suelo.

Salgo rápidamente de aquel tugurio.

Afuera ríe el sol.

FEDERICO GANA.

OFICIO EN QUE EL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DEL PERÚ

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA DA CUENTA A SU GOBIERNO DE LA PRIMERA ENTREVISTA QUE TUVO CON EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES ARGENTINO PARA OBTENER SU ADHESIÓN AL TRATADO SECRETO DE ALIANZA PERÚ-BOLIVIANO DE 1873.

Núm. 8.—(RESERVADA)

Buenos Aires, 12 de Julio de 1873.

«Señor Ministro:

Al día siguiente de mi recepción oficial, esto es el 8 del corriente, solicité una audiencia de S. E. el señor Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores de esta República, para tratar confidencialmente de unos de los objetos de mi misión diplomática. El señor Ministro me contestó, el mismo día, la nota verbal que dirigí, señalándome para la conferencia las dos de la tarde del día 10; que, es de advertir, era el primero útil, porque el 9 era feriado, por ser aniversario de la jura de la independencia de este Estado.

En consecuencia de esto, el 10 a las dos de la tarde, me constituí en casa del expresado señor Ministro y tuve con él

una conferencia de dos horas, de que paso a dar cuenta a US., esforzándome, cuanto me sea posible, por consignar aquí los principales puntos que tocamos.

«Comencé la conferencia, por manifestar la tendencia que hacía algunos años dejaba conocer Chile, de ensanchar por norte y sur su territorio, a costa de sus vecinos y del equilibrio Sudamericano, rompiendo el principio salvador del *uti-possidetis* de 1810; le hice notar, en seguida, que, en los últimos tiempos, las pretensiones de Chile se habían presentado ya desembizadas respecto a la Patagonia, y muy particularmente en la porción más rica de la costa de Bolivia; y que, a juzgar por el hecho de haber mandado construir dos buques blindados en Inglaterra, levantando para pagarlos un empréstito en Europa, era de temerse que quisiera, abusando de esa fuerza, que pronto debe recibir, consumir sus proyectos. Que por lo que hace a Bolivia, que desde 1866, por lo menos, se encontraba bajo la presión moral de Chile, su Gobierno había solicitado, a principios del año corriente, del Perú, por medio de su Plenipotenciario, y de conformidad con una resolución legislativa dada a fines del año anterior por la Asamblea de aquel Estado, el apoyo moral y material que necesitaba para discutir y sostener, con calma y seguridad, sus derechos; que el Gobierno del Perú, no pudiendo ni debiendo permanecer indiferente a la justa demanda de su vecina, había firmado un Tratado de alianza defensiva, el cual se encontraba ya aprobado por el Congreso Nacional del Perú, y lo sería muy pronto por la Asamblea Boliviana.

Dí, después de esto, lectura a la copia simple, y sin nombres, que había llevado del Tratado de alianza, y continué manifestando al señor Ministro cuán prudentemente estaban calculados sus términos, para prevenir un rompimiento, evitando todo pretexto de guerra, por cuanto cada una de las partes quedaba en completa libertad para discutir sus derechos; y se estipulaba el arbitraje, como el único medio justo y racional de decidir las cuestiones de límites, en el caso de que ellas por sí no pudiesen llegar a un arreglo. Hícele notar, en seguida, que el artículo 9 del pacto dejaba abiertas las puertas para que entrasen a formar parte en él, todas las Repúblicas cuyos límites

aun no se han precisado; y que robusteciéndose la alianza con la concurrencia de otras Repúblicas, se haría imposible en adelante toda guerra por posesiones territoriales: porque las pretensiones exageradas de cualquiera de las Repúblicas, se modificarían con la actitud firme y decidida de los aliados. Concluí manifestando a S. E. que el Gobierno del Perú, creyendo que pudiese convenir a la Confederación Argentina tomar parte en este Tratado, por no tener aún sus límites definidos y, sobre todo, por el estado en que se encontraba la cuestión de la Patagonia, me había ordenado que solicitase la adhesión de su Gobierno, como en efecto tenía el honor de hacerlo; exigiendo la reserva, que la naturaleza del asunto demandaba.

El señor Ministro me contestó, sustancialmente, en los términos siguientes: que, como debía suponer, no podía en materia tan grave, y que requería serio estudio y consulta con el Presidente, darme una respuesta categórica y definitiva; pero que, hablando en términos más bien amigables, que oficiales, me hacía presente, que la primera impresión que le había causado la lectura que había dado yo al Tratado, era más bien la de una alianza ofensiva, que defensiva. Le repliqué a esto, manifestándole, con el examen de los artículos del Tratado, que no había nada absolutamente en él que le diese el carácter que había creído encontrarle; que, por el contrario, y según le había manifestado al principio de esta conferencia, el fin que mi Gobierno se había propuesto al celebrarlo, era el de evitar a todo trance la guerra, pues en él se estipulaba el arbitraje, como el único medio de resolver las cuestiones de límites; y que el hecho mismo de procurar robustecer la alianza con la adhesión de la República Argentina, probaba que lo que se quería era formar un poder bastante fuerte, que, moderando las pretensiones exageradas que pudiese tener alguna de las Repúblicas, hiciese imposible la guerra.

No le ocultaré a U.S., me dijo después de esto el señor Ministro, que la idea principal de este pacto me es simpática, y que lo será, tal vez más, al Presidente de la República; pero, acto continuo, me hizo comprender que la forma, quizás, presentaría algunas dificultades para su aceptación lisa y llana. Yo

le contesté, que mi Gobierno había meditado mucho esto y que encontró que era la forma más conveniente, la que se le había dado; que otro compromiso cualquiera, que no estuviese arreglado sobre las bases del presente, podría llegar a ser estéril y hasta ridículo, como, por ejemplo, el de que se redujera simplemente a fijar las bases que debían servir de punto de partida para resolver las cuestiones de límites (tenía motivos para saber que este era uno de los pensamientos del Gobierno), por cuanto no había medio de obligar a que aceptasen este arreglo las Repúblicas que no quisiesen someterse a él.

El señor Ministro me llamó después de esto la atención sobre el artículo 3.º, del Tratado, y me dijo, que dicho artículo hacía completamente ilusorio todo el pacto, porque, según él, queda en libertad uno de los Estados signatarios para hacer o no efectiva la alianza, según el juicio que se forme de la ofensa recibida por la otra parte, y, por consiguiente, para dejar a ésta sola en casos dados. Le contesté que ese artículo tenía por objeto el de obligarse recíprocamente las partes contratantes a no proceder, comprometiendo a su aliada, sin haberse puesto de acuerdo con ella; que esto era lo natural y lo justo, en asuntos de esta naturaleza; y, por último, que el artículo no daba absolutamente derecho a ninguno de los aliados, como parecía que lo hubiese comprendido el señor Ministro, para abandonar al otro después de haberse hecho efectiva la alianza, como lo comprobaban todos los demás artículos del Tratado.

Tomó después de esto la conversación giros muy distintos y familiares, y tocó el Ministro diversos puntos, siendo los principales los siguientes:

1.º Si creía que alguno o algunos artículos del Tratado podrían ser de algún modo modificados.

«2.º Si el Gobierno de Chile tenía de este pacto algún conocimiento.

3.º Si convendría solicitar la adhesión de ese Gobierno, como el medio más seguro y conveniente de notificarle la existencia de la alianza.

4.º Si sería posible que Chile solicitase, y sobre todo obtuviese, la alianza del Brasil.

5.º Si el Tratado de alianza defensiva, materia de esta entrevista, estaba ya aprobado y ratificado por el Gobierno de Bolivia; y, si no lo estaba, si tenía seguridad, de que lo sería.

Sobre el primer punto le contesté, que no estaba autorizado sino para solicitar la adhesión, y que estando el Tratado aprobado por el Congreso del Perú y ratificado por mi Gobierno, no podía yo alterar ninguno de sus artículos; y que si sólo se tratase de aclarar, o, más bien dicho, de precisar los términos de alguno de ellos, podría consignarse eso en un protocolo reservado y *ad referendum*.

Sobre el segundo le contesté, que hasta mi salida de Lima no había sabido nada el Gobierno o la Legación de Chile en esa capital; pero que quizá sospecharían que mi Gobierno trataba de algún arreglo con Bolivia y esta República, porque mi nombramiento de agente diplomático cerca de este Estado, había producido impresión en la expresada Legación.

Sobre el tercer punto dije, que lo que convenía, por el momento, era que nos uniésemos; y que cuando esto estuviese realizado, trataríamos de conocer si era o no conveniente solicitar la adhesión de Chile; que, por lo demás, yo no estaba instruido respecto de lo que sobre este punto pensaba mi Gobierno, y que si él (el Ministro) lo deseaba, lo consultaría por el primer vapor. Me contestó que podía hacerlo, no como de una solicitud que él hiciese, sino como de una idea que había surgido en la conferencia. Mucho estimaría, pues, a U.S. que a vuelta de vapor se dignase darme sus instrucciones sobre este punto.

En cuanto a la cuarta pregunta, le hice notar al señor Ministro, que, aunque Chile llegase a solicitar la alianza del Brasil, no era de temerse que la obtuviese, porque no se comprendía qué miras, ni qué intereses políticos, pudieran decidir al Gobierno del Emperador a lanzarse en una cuestión con las Repúblicas del Pacífico; que, por otro lado, nuestros Gobiernos estaban en muy buenas relaciones con el de Río Janeiro; y, por último, que si Chile llegaba a trabajar por obtener esa alianza, nosotros trabajaríamos de consuno para impedir que la obtuviese. Se habló entonces, también, incidentalmente, de que la

Escuadra brasilera era bastante fuerte; y yo tuve la satisfacción de manifestarle, que la nuestra era también muy respetable. Y a propósito de esto, y de haberle puesto de manifiesto la necesidad de que el Gobierno argentino tratase de formar una escuadra, me dijo que habían mandado construir en Europa creo que dos cañoneras y algunos torpedos, para defender la entrada al Río.

Sobre el quinto y último punto contesté que pocos días antes de mi salida de Lima, había marchado para La Paz un Ministro peruano, con instrucciones referentes a la aprobación del Tratado, y hasta con los plenos poderes respectivos para hacer el canje de las ratificaciones; y que no abrigaba la menor duda de que el Tratado sería aprobado por el Gobierno de Bolivia, tanto por haber partido de él la iniciativa de este pacto, cuanto por estar el Poder Ejecutivo autorizado por la ley secreta, de que le di conocimiento, para ratificarlo por sí, sin necesidad de someterlo a la Asamblea Nacional.

Tocamos, por último, otros puntos, que, por no ser pertinentes, no los consigno en esta comunicación; y terminé la entrevista, adquiriendo el convencimiento de que este Gobierno está resuelto a resistir las pretensiones de Chile sobre la Patagonia, aun por medio de las armas, y de que, conviniéndole por este motivo aliarse con nosotros, será muy difícil que se niegue en lo absoluto a adherirse al Tratado.

Rogando a U.S. se digne dar cuenta de esta comunicación a S. E. el Presidente de la República, me es satisfactorio suscribirme de U.S. con el más alto respeto.

Atento y seguro servidor,

(Firmado)
M. YRIGOYEN.

(*Mercurio Peruano*, Año II, N.º VII.)

NOTAS Y DOCUMENTOS

(Lo que se piensa en Europa de la carestía de la vida.—Una tentativa para destruir los viñedos durante la era colonial.—El plebiscito que establece el tratado de Ancón fué un procedimiento ideado para suavizar la venta de Tacna y Arica que exigió el Gobierno de Chile y aceptó el del Perú.—Efectividad de las leyes).

Lo que se piensa en Europa de la carestía de la vida

Nada, en las circunstancias actuales, dice el economista C. Gide, sería más funesto que una baja de los precios. Produciría fatalmente una disminución en la ganancia de los industriales y en el salario de los obreros. Acarrearía, valga la expresión, una baja general de la temperatura económica, una refrigeración por todas conceptos perjudicial para el resurgimiento que necesitamos. Hoy, más que nunca, son indispensables temperaturas elevadas que hagan nacer y desarrollarse rápidamente todas las energías productoras del país o, lo que tanto da, los precios altos.

El alza de los precios es, además, indispensable por otra razón que, si interesa menos a los consumidores, interesa en sumo grado al país. Los precios altos, muy altos son el único medio que permitirá a los productores soportar el aumento enorme de los impuestos.

¿Cómo en efecto, podrían los propietarios y los industriales pagar contribuciones dobladas, triplicadas, cuadruplicadas quizás, si sus precios no subieran en la misma proporción? El alza general de los precios es el único recurso de que disponen los estados beligerantes para evitar la bancarrota. Es fácil demostrarlo. La renta de Francia, esto es el total de la renta de todos los franceses, se estimaba, antes de la guerra, en 30 mil millo-

nes de francos. Algunas estadísticas la hacían llegar a 33 mil millones. El presupuesto de Francia, después de la guerra, no podrá, en ningún caso, ser inferior a 15 mil millones. Algunos estiman que será de 18 ó 20 mil millones. De suerte que el presupuesto, en el caso más favorable, absorbería la mitad de la renta de todos los franceses. Y si se quisiera—como seguramente ocurrirá,—exceptuar del impuesto a las clases obreras, la totalidad de la renta de todos los franceses pudientes, entendiendo por tales a todos los que disfrutan de rentas superiores a tres mil francos anuales, sería confiscada por el impuesto para atender a los gastos públicos ¡Sería la ruina definitiva! Pero si después de la guerra todos los precios duplicaran ¿que ocurriría? Sencillamente que duplicarían las rentas de todos, que la renta total de Francia no sería ya de treinta sino de sesenta mil millones de francos. Y en tal caso un presupuesto de quince mil millones no representaría la mitad, sino la cuarta parte de la renta nacional, lo que sería un poco más soportable. Si en vez de duplicar, triplicaran los precios, el presupuesto de quince mil millones representaría sólo la sexta parte de la renta nacional.

¿Pero qué harán los obreros si los precios duplican o triplican? Si sus salarios suben en la misma proporción, ¿de qué tendrían que quejarse? ¿No es esto lo que hoy les ocurre? El costo de la vida ha duplicado aproximadamente y los obreros no se encuentran en peor situación que antes. Sin duda, después de la guerra, necesitará la clase obrera defenderse tesonera y enérgicamente para mantener sin cesar sus salarios al nivel de los precios; pero eso lo pueden hacer fácilmente los sindicatos.

Es un hecho comprobado, que conocen bien los obreros, que las huelgas alcanzan, con más facilidad, buen éxito en los periodos de precios altos que en los de precios bajos. Y la razón es sencilla: es imposible conciliar estos dos términos encontrados: salarios altos y precios bajos.

Hay, cierto es, ciertas categorías sociales a los cuales perjudicarán los precios elevados, todos los que viven de entradas fijas, rentistas, jubilados, empleados.

Muy bien, sin mirarlos en menos, yo mismo pertenezco a una de esas categorías, preciso es reconocer que esas personas no representan la parte más activa de la población. Los rentistas se arreglarán como puedan, reduciendo sus gastos, economizando; a los funcionarios y a los jubilados se cuidará el Gobierno de aumentarles sus sueldos y pensiones.

Pero si mirásemos las cosas desde más alto y más lejos com-

prenderíamos que el alza de los precios no es un fenómeno accidental ocasionado por la guerra, sino una ley natural y permanente que domina la historia económica entera. Trazando lo que en Estadística se llama la curva de los precios durante los últimos mil años se obtiene una línea que, en medio de alternativas de alzas y bajas, mantiene en último término, una tendencia decidida a la alza. Después de cada período de baja se produce siempre una reacción que llega más allá de los precios más elevados del anterior período normal.

Y esa decidida tendencia a la alza que observamos en el pasado, seguirá produciéndose en el porvenir. Día llegará en que se venda en cinco francos el kilo de pan y en cincuenta la libra de mantequilla; pero ¿qué importa? el franco de entonces valdrá lo que cinco céntimos hoy.

En el fondo de esta alza no hay más que una disminución continua y creciente del poder de compra del dinero, de la moneda, depreciación que nada tiene de inquietante si está acompañada de una alza, también creciente y continua, del valor del trabajo. Y eso es precisamente lo que ocurre: a medida que baja el valor del dinero, sube sin cesar el valor del hombre.

X.

Una tentativa para destruir los viñedos durante la era colonial

Con acierto dijo Salomón en el *Eclesiastés*: «No hay cosa nueva debajo del sol, ni puede decir alguno: ved aquí esta cosa es nueva, porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros».

Viniéronseme a la memoria las palabras transcritas cuando, días há, leí el proyecto de ley que prohíbe la plantación de viñedos y ordena la destrucción parcial de los existentes.

¿Se habrían imaginado el señor Ministro de Hacienda y los entusiastas caballeros que a su siga pretenden, para concluir con el alcoholismo, extirpar las viñas que iguales propósitos tuvo y hasta quizá alcanzó a poner en ejecución un Presidente de Chile hace la miseria de más de trescientos años?

Tal como lo digo.

El 3 de Julio de 1579 «el muy ilustre señor Rodrigo de Quiroga, caballero de la orden de Santiago, Gobernador e Capitán General e Justicia Mayor en este Reyno de Chile por Su Majestad, dijo que por cuanto de tener los indios naturales de los términos de esta ciudad al rededor de ella, en la Chimba, viñas

e higuerales en sus solares e chácaras y cercados resulta grande perjuicio de Dios Nuestro Señor, porque el esquilmo de ello lo hacen mosto, y lo beben y se emborrachan, de manera que se matan unos a otros, y estando borrachos hacen muchos insultos, hasta el pecado nefando; mandaba e mandó que se apregone públicamente que todos los indios que tuvieren en sus solares e cercados viñas e parrales e higuerales, dentro de cuatro meses primeros siguientes, los decepen y arranquen de raíz, o vendan a españoles las dichas viñas y heredades, so pena de que, pasado el dicho término y no lo cumpliendo, hayan perdido e pierdan las dichas chácaras, o solar o cercado, aplicados para propios de esta ciudad, en los cuales los da por condenados lo contrario haciendo. Y da poder e comisión al Cabildo, Justicia e Regimiento de esta ciudad y a los Alcaldes ordinarios para que lo ejecuten».

Pocos días después, el 17 del mismo mes, el Cabildo nombró comisionados para que en el Salto, Nuñoa, y otros puntos que estaban como hoy poblados de viñedos, dieran estricto cumplimiento a las órdenes del Gobernador.

¿Se alcanzaría a cumplir el decreto de Quiroga?

Lo ignoramos; pero todo nos induce a creer que a unos pocos pobres diablos, sin santo en la corte, se les obligaría a decepar sus viñas o a venderlas a españoles y que a los demás, pasados los primeros fervores higiénicos y moralizantes, se les dejaría en santa paz, sin que nadie volviera a acordarse del famoso decreto.

Por lo menos, Presidentes y Cabildos siguieron impertérritos tomando medidas contra las borracheras y éstas desarrollándose cada día con más vigor.

Y lo propio ocurrirá con este proyecto, si es que llega a convertirse en ley y, lo que es más difícil, en ley obedecida, porque la naturaleza humana, con sus vicios y cualidades, es hoy la misma que hace trescientos años. Extirparánse algunos viñedos, particularmente los que son malos negocios para sus propietarios, subirán de precio los otros y sus productos, los vinos falsificados, doblemente nocivos, llenarán las necesidades del consumo, los viñedos subsistentes encontrarán el medio de traspasar al Fisco el pago de los que se destruyan y el alcoholismo seguirá su marcha triunfante y desoladora.

El plebiscito que establece el tratado de Ancón fué un procedimiento ideado para la venta de Tacna y Arica que exigió el Gobierno de Chile y aceptó el del Perú.

Así lo vislumbró, adivinó casi, con tan escasos elementos como clara perspicacia, don Anselmo Blanlot Holley en diferentes publicaciones que—doloroso es confesarlo—no obstante su trascendental importancia, no fueron tomadas en debida cuenta por nuestro gobierno, ni justamente apreciadas por el público. El volumen tercero y final de la *Guerra del Pacífico*, que don Gonzalo Bulnes acaba de publicar, es la demostración palmaria y definitiva de que la tesis que el señor Blanlot Holley sustentó, en medio del estupor de algunos y de la indiferencia de casi todos, era profundamente exacta.

En documentos públicos y privados, en su mayor parte inéditos, analizó el señor Bulnes los antecedentes, hasta entonces desconocidos o malamente conocidos—del Tratado de Ancón y de ese severo examen, hecho *sine ira et studio*, surgió, transparente como la luz meridiana, el hecho, para él mismo inesperado, de que los negociadores de ese pacto consideraron siempre la anexión de Tarapacá «como la indemnización de guerra que el Perú no podía pagar en otra forma» y el plebiscito que aparentemente debía resolver de la suerte de Tacna y Arica como «una venta encubierta» de esas provincias.

«Puedo afirmar..... que la compra de Tacna y Arica, por diez millones, dice, fué aceptada por la Cancillería norteamericana, lanzada y patrocinada por Trescot y Logan, buscando la analogía de solución con su propia historia; que esa idea no se abandonó nunca y que como solución conciliadora para hacer un servicio al gobierno del general Iglesias se aceptó la venta encubierta con un plebiscito; que así lo solicitaron Lavalle y Castro Zaldívar con la aprobación de Iglesias y en ese concepto se les concedió por el Presidente de Chile. Y para dar más relieve a ese pensamiento que guiaba la pluma y la conciencia de las negociadores, el Perú reconoció a Chile el derecho de hacer imperar en Tacna y Arica, durante los diez años que duraría la indeterminación de su suerte definitiva, sus autoridades y leyes, para que realizase el plebiscito con entera libertad.»

Vamos a extractar aquí, valiéndonos con frecuencia de las propias palabras del señor Bulnes, algunas de los numerosísimos antecedentes que acreditan la exactitud de la afirmación que sirve de título a esta *nota*.

A principios del año 1883 se decidió el Presidente Santa María a entrar en negociaciones de paz con el general Iglesias, que no había sido aún reconocido por Chile como Presidente del Perú. «No queda más que Iglesias, decía Santa María a don Jovino Novoa, Ministro de Chile en Lima, digan lo que quieran contra él los de aquí y los de allá. Es el único hombre que tiene coraje para decir lo que siente y que lo tendrá para hacer lo que crea conveniente».

Para que iniciara las negociaciones, el Gobierno de Chile envió a Novoa las condiciones de paz que debía exigir al Perú.

De ellas, sólo hace a nuestro caso la segunda, que decía a la letra:

«Venta de Tacna y Arica en diez millones de pesos.»

A poco de haberlas recibido, el Ministro Novoa las entregó a don Mariano Castro Zaldívar, Plenipotenciario del Perú y cuñado del Presidente Iglesias, en un documento sin firma, dictado por él, pero copiado por otra mano, para no comprometer con ese detalle su carácter oficial.

Las condiciones propuestas por Chile impresionaron muy dolorosamente al Presidente Iglesias. A trueque de conseguir la paz estaba dispuesto a aceptarlo todo, incluso la cesión de Tarapacá y la venta de Tacna y Arica, pero el no reconocimiento de la deuda peruana por Chile le parecía inadmisibles. No era posible dejar al Perú privado de sus únicas fuentes de riqueza, el guano y el salitre, y gravado con una deuda que nunca podría pagar.

«El compromiso preliminar de paz que el señor Novoa desea que suscriba, escribía Iglesias a Castro Zaldívar, tal como se ha concebido, abruma mortalmente al Perú. Sin Tarapacá, *Tacna* y *Arica*, y sin guano ni salitre, obligado a pagar su deuda interna y externa, el Perú moriría materialmente de hambre.... Así pues, yo no firmaré tratado en que no se arregle definitivamente la cancelación o el servicio de la deuda externa peruana...»

Pocos días después, el mismo Presidente Iglesias, con mejor comprensión de los deberes que su situación y el estado del Perú le imponían, escribió al otro Plenipotenciario peruano, don José Antonio de Lavalle:

«Convencido estoy, amigo mío, íntimamente convencido, de que nada, absolutamente nada ventajoso podemos esperar de la resistencia. *Es, pues, necesario suscribir la paz.* Si demorando nuestra firma, algo, una esperanza siquiera vislumbráramos de mejorar las condiciones que la victoria decisiva impone, yo vacilaría, más aun, me negaría rotundamente a aceptarlas. Pero

como cada día, cada hora que transcurra de *estúpida resistencia* da a Chile pretexto para reduplicar sus imposiciones, creo sinceramente honrado, patriótico, valeroso y noble *aceptar inmediatamente sus tratados*. Comprendo la mala impresión de que Ud. se siente poseído, no esperando nada razonable de parte de Chile.

«Yo, a nombre del Perú, encomiendo a la diplomacia desvelarse, agotar sus recursos, *para suavizar siquiera en la forma* nuestra desventura; pero, créalo Ud., resuelto estoy a no demorar un minuto, sea cuales fueran los sacrificios, la devolución de la paz a nuestra patria que agoniza. *Queda Ud. especialmente autorizado para firmar en mi nombre lo que Chile imponga en ultimátum*, porque la salvación del Perú así lo exige. Pase Ud., si es necesario, por el reconocimiento por nuestra parte de la deuda externa.

«Mucho sentiría que Ud. no pensase como yo, puesto que ni hombres ni elementos materiales nos quedan para tomar otro camino. No quiero preocuparme de esto desde que lo estimo hombre de gran corazón.»

Con el propósito de obtener condiciones de paz más ventajosas, en último caso, con el de conseguir que ellas fueran—como lo indicaba Iglesias—siquiera en la forma suavizadas, entraron Lavalle y Castro Zaldívar a negociar la paz con Novoa.

La primera conferencia tuvo lugar en el balneario de Chorrillos, en las inmediaciones de Lima, el 27 de Marzo de 1883.

No referiremos nosotros lo que allí ocurrió. Dejaremos hablar a los propios actores.

El 28 de Marzo decía, por telégrafo, Novoa al Presidente Santa María:

«Los representantes de Iglesias exigen las siguientes modificaciones, (a las bases propuestas por Chile): 1.º Chile queda en posesión de Tacna y Arica por diez años, al término de los cuales un plebiscito decidirá a que nacionalidad quieren pertenecer permanentemente, si a Chile, Bolivia o Perú...»

Y el mismo día, le decía en carta:

«Ayer estuvieron conmigo Lavalle y Castro Zaldívar y después de una larga conferencia, arribó el primero a las dos proposiciones que consigna el cablegrama que te he enviado hoy. *Se manifiestan persuadidos de que Tacna y Arica, más tarde o más temprano, están perdidas para el Perú*; pero no se atreven a declarar que ceden esos territorios, mucho menos que los venden porque el pueblo no toleraría a un gobierno que tal hiciese. Entre tanto, me agregaba Lavalle, las masas se fascinarían con la idea de que aquellos parajes no estaban cedidos y podían ré-

putarse peruanos, *sin advertir que el plebiscito dentro de diez años diría lo que el gobierno de Chile quisiera que dijese.*»

Lavalle, por su parte, escribía al Presidente Iglesias:

«Discutí la necesidad o la conveniencia para Chile de obtener esas provincias (Tacna y Arica), y por último le demostré (a Novoa) que para todo *podían admitirse fórmulas que, sin alterar la esencia de las cosas, salvaran todas las susceptibilidades.* El señor Novoa aceptó la discusión sobre esos puntos y después de una muy larga y detenida, concluí por proponerle (me espantaba yo mismo de mi audacia) las siguientes modificaciones al ultimátum, que desde luego ya no lo era:..... «Las provincias de Tacna y Arica quedarán en poder de Chile por diez años al fin de los cuales se provocaría un plebiscito por medio del cual sus habitantes decidirán si quieren volver al Perú o anexarse a Chile o a otra nación». Esto no es redacción, porque nada se redactó, sino la idea descarnada.»

¿Cómo fué recibida esta indicación por los dos países?

Dejemos hablar a sus Presidentes:

«La cuestión tal como la ha propuesto Ud. al señor Novoa, decía Iglesias a Lavalle, y desarrollándola con el tino y habilidad que le caracterizan, además que puede producir buenos resultados, salva toda responsabilidad (¿susceptibilidad?) ulterior. Lo saluda y felicita su amigo y condiscípulo.»

Santa María escribió a Novoa:

«Las indicaciones de Iglesias que me has comunicado por telégrafo son de todo punto inaceptables en su segunda parte (deuda pública). La primera (el plebiscito) fué aquí idea nuestra sugerida a Logan cuando se entendía con (García) Calderón y rechazada por éste por motivos que no recuerdo en este momento. Si ahora se nos presenta como idea peruana la acogemos en el acto en la forma que telegráficamente te he expresado, porque es evidente que *después de una posesión de diez o quince años, apenas habría en Tacna cosa alguna que no fuera chilena... El plebiscito sería casi innecesario; el resultado estaba escrito de atrás con caracteres muy pronunciados.*»

En la segunda conferencia que se verificó, como la primera en Chorrillos y con asistencia de las mismas personas, el 9 de Abril de 1883, Novoa hizo saber a los Plenipotenciarios peruanos que el Gobierno de Chile aceptaba la indicación por ellos formulada de sustituir la venta de Tacna y Arica por un plebiscito a diez años plazo.

Todo lo relativo a Tacna y Arica habría quedado terminado aquí si Lavalle, una vez impuesto de la respuesta de Chile, no hubiera pedido que «si al fin del período que se estipulase (para

celebrar el plebiscito) esas provincias se adherían a Chile, este pagase al Perú los diez millones que hoy ofrece».

Esta petición, que no se había formulado en la primera conferencia, molestó a Novoa.

«Yo les manifesté la sorpresa, escribió a Santa María, que tal petición me causaba, puesto que si se había ofrecido dinero por aquel territorio, era como precio de compra y no se comprendería cómo se hubiera exigido para el caso de plebiscito, desde que ni nosotros íbamos a comprar el voto popular, ni lo que éste nos diese daba título al Gobierno del Perú para pedirnos dinero.»

Santa María, atendiendo más al fondo de las cosas que a su forma, contestó a Novoa:

«Exactas son las observaciones que tú has hecho, pues si la voluntad popular declara que Tacna y Arica deben ser chilenos ¿a título de qué y por qué habríamos de dar diez millones? La cesión tiene en este caso un origen muy calificado y respetable.

«Pero debemos, a pesar de esto en que habremos de insistir cuanto sea posible, tomar las cosas como son. Ellos pueden decirnos: *inventamos un plebiscito en las condiciones propuestas para salvar, únicamente, las asperezas de la venta*, y para lograr por este medio que el Tratado sea aceptado. De otro modo no sería posible la cesión. Pues bien, *si el plebiscito no es más que un rodeo, una invención para disimular la venta, no hay razón para que se excuse el pago de la cantidad ofrecida, desde que es seguro que el plebiscito efectuado dentro de diez años va a dar a Chile los lugares que hoy disputa al Perú. Esta observación es exacta, no lo negamos, El plebiscito es arbitrio para disimular una cesión o una compra que, desnuda y franca, embarazarían hoy la paz.*»

Solucionada esta dificultad surgió otra.

Lavalle pidió que, en el caso de que el plebiscito fuera favorable al Perú, no estuviera este país obligado a pagar diez millones a Chile. Fundó su petición «en la inverosimilitud del caso, en lo improbable de que el Perú tuviese que pagar esa suma» «porque Tacna y Arica resolverían lo que Chile quisiese».

El Gobierno chileno no cedió en este caso.

«El hecho de que esta hipótesis sea remota e improbable, dijo a Novoa, no es razón para no contemplarla en un tratado. Podrá US. demostrar fácilmente a los negociadores peruanos que la inverosimilitud de la hipótesis debería ser causa de que no se la resistiese inmotivadamente.»

Los negociadores peruanos no insistieron y aceptaron la reciprocidad en el pago de los diez millones.

En la última conferencia se redactó el protocolo.

La cláusula relativa a Tacna y Arica quedó, en definitiva, así:

«Los territorios de Tacna y Arica, en posesión de Chile, serán sometidos a la legislación y autoridades de Chile, durante diez años, a partir del día que se verifique el Tratado de paz.»

«Expirado este plazo, se convocará un plebiscito que decidirá a voto popular si esos territorios permanecerán bajo la soberanía de Chile o si volverán a la del Perú. Aquel de los dos países a favor del cual quedarán anexadas definitivamente pagará al otro diez millones de pesos moneda chilena de plata o soles peruanos de ley igual a aquellos.

«Un protocolo especial establecerá la forma bajo la cual deberá tener lugar el plebiscito y la época en que deberán pagarse los diez millones por el país que permanecerá dueño de Tacna y Arica.»

Si se compara este artículo con el 3.º del Tratado de Ancón, se verá que ambos, con ligeras variantes de forma que en nada alteran su substancia, son idénticos.

No son estos los únicos antecedentes que el señor Bulnes hace valer en su libro para demostrar que el plebiscito fué un simple arbitrio ideado para disimular la venta de Tacna y Arica, que el gobierno chileno había exigido y el peruano aceptado.

Invoca otros muchos, tan elocuentes como los citados, que el temor de alargar demasiado esta nota nos obliga a pasar por alto.

Efectividad de las leyes

Las páginas que siguen se refieren a Cuba, pero parecen escritas para nuestro país. Allá como aquí las leyes, salvo las que de alguna manera autorizan gastos, son letra muerta. Se dictan y acto continuo se sepultan en ese cementerio de buenas intenciones jamás realizadas que se llama el Bolétín de las Leyes. Y esto, que todo el mundo sabe, no es, sin embargo, obstáculo para que ideólogos incorregibles breguen por nuevas leyes y de ellas esperen beneficio de toda naturaleza. Con cuanto más acierto procederían si enderezaran tan perdidos esfuerzos a formar ciudadanos conscientes de su deber de respetar las leyes y gobiernos con prestigio y autoridad suficientes para hacerlas cumplir.

«Por admirables que sean las leyes que rigen en un país, nulo es su resultado si no hay, por parte de los que han de cumplirlas y de los que han de exigir su cumplimiento, la hon-

rada intención de respetarlas. Esta circunstancia o condición es previa, y, si no existe, inútil será cuanto se haga para dar valor a los preceptos legales. Un evidente testimonio de esto que decimos lo ofrece la ley electoral cubana, totalmente nula en su aplicación porque nos empeñamos todos en infringirla e invalidar los resultados que la misma persigue.

De aquí nuestra desconfianza en cuanto al buen éxito de las reformas que se piensa introducir en la ley para dar fuerza de realidad al derecho de sufragio. ¿Qué reforma será esa que logre conseguir que la ley se cumpla por todos, si todos tenemos, de antemano, el propósito de no cumplirla? ¿Basta la sanción penal que no se aplica para impedir que se infrinjan las leyes del país? Y aquí no se quebranta sólo la ley electoral; se infringen todas las leyes, porque se halla firmemente arraigado el hábito de la infracción legal. Cuanto sea ley, cuanto sea disciplina, cuanto sea obligatoria regularidad, cuanto sea traba que coarte los movimientos de la voluntad caprichosa y discol, es estorbo que no puede soportarse. No nos basta ir por nuestro camino, trillar nuestro sendero, sino que hemos de ir por camino extraño, invadir el sendero ajeno. Desde el más alto gobernante al más modesto ciudadano, nadie hay que se ajuste al estricto cumplimiento de sus obligaciones y al ejercicio exacto de sus derechos. Ninguna ley se cumple, ya sea en la práctica de lo que por ella se establece, ya sea en la aplicación de las penalidades establecidas para el que la infringe. Tienda el lector la mirada hacia cualquier punto de la vida social, y no hallará más que infracciones de la ley; mírese a sí mismo, y verá que es uno de los tantos para quienes la ley es carga insoportable. Ni en el orden municipal ni en el orden nacional existe la sumisión del ciudadano a lo que prescriben las leyes, y nuestro país viene a ser el *reino de la infracción*, como ya dijimos en uno de los editoriales de este diario.

Tal hábito, como es de suponer, relaja completamente la función atribuída a las leyes e introduce, en el seno del agregado nacional, gérmenes mortales de disolución. La sociedad organizada sólo puede existir a base de respeto a las funciones fijadas a cada uno de los individuos que la componen. La armonía de la colmena existe, porque cada uno de los organismos que la integran, realizan su trabajo; llena su función sin estorbar el trabajo ajeno ni pretender realizar la función que a otro corresponde, ni menos dejar incumplida la obra que, en la la colectividad social, tiene a su cargo. Pone huevos la reina; fecunda el zángano; fabrica miel y construye panales la abeja trabajadora. Y no hay quien se salga o pretenda salirse de la

organización establecida. Desde el momento en que, en una sociedad, se quebranta la armonía recíproca de derechos y deberes, irrumpe en ella la anarquía, y la sociedad degenera y muere.

Cuanto se haga, en Cuba, con el fin de crear hábitos de ciudadanía, será poco, y los trastornos que sufre el país no tienen otro origen que la carencia de esos hábitos. Es necesario que la obediencia a las leyes sea un fenómeno mental inconsciente, que se produce sin la voluntad del individuo. La ley no debe ser cumplida precisamente por escapar de la pena que se le fija al infractor, sino porque debe cumplirse, porque es necesario que se cumpla, y nada más. Quien piensa en la sanción penal para no infringir la ley, es un futuro delincuente, porque delinquirá tan pronto crea posible evadir la responsabilidad de su delito. Si el comer, que es ley de vida, no fuese un acto habitual, viviríamos vida fisiológica muy pobre, como la vive el que se alimenta no porque su cuerpo lo exige, sino porque sabe que tiene que alimentarse. Tan pronto como un individuo cualquiera hace de la función digestiva un acto que deberá efectuarse previa deliberación, ese individuo está enfermo.

Piénsese cuanto se quiera sobre este asunto, y se vendrá a la conclusión de que, más que de reformas electorales, el pueblo de Cuba está necesitado de una intensa labor de educación.»

H.

MEDIO SIGLO DEL PENSAMIENTO FRANCÉS

(Continuación)

Con su calor y su decisión acostumbradas, Brunetière intervino en el debate y fué para ponerse del lado de Bourget. Sin seguir, tal vez, hasta el fin al autor del *Discípulo*—ya que aun no perdía la esperanza de una moral «laica», y meditaba en aplicar a la historia literaria el método evolutivo—estaba muy profundamente empapado de moralidad y tenía un sentimiento vivísimo de la grandeza nacional, para quedar insensible a las consideraciones que desarrollaba Bourget y para no darle la razón. Pasan algunos años: sus experiencias intelectuales le han dado algunas decepciones y por otra parte aumenta su inquietud moral. Sintiendo, a su vez, el prestigio del gran Papa, que tan generosamente ha trabajado por la pacificación religiosa, política y social de los pueblos cristianos, toma posición y con penetrante nitidez trata del grave problema que los Taine y Renan habían resuelto, no sin cierta intrepidez de dogmática afirmación. A las cuestiones que importan a la vida moral de la humanidad ¿qué respuestas positivas ha dado la ciencia moderna? Constata, que esas respuestas, cuando han sido formuladas, son singularmente inconsistentes y que en ningún caso podrían prevalecer contra las soluciones del dogma cristiano y más particularmente del dogma católico. Y su con-

clusión fué, no como han dicho los que no le han leído «la bancarrota de la ciencia» sino sencillamente «las quiebras parciales» que la ciencia ha hecho de «algunas a lo menos de sus promesas» o de promesas que ha dejado hacer en su nombre. En el hecho, tal vez sea de lamentar que no haya empleado la fórmula, se limitó a constatar la *bancarrota del cienticismo*.

Violentamente combatidas por los unos, acogidas muy favorablemente por los otros, apasionadamente discutidas por la prensa, todas estas ideas hicieron su camino por el mundo. La novela, el ensayo crítico mismo tienen esta superioridad sobre la filosofía pura que, salvo raras excepciones, llegan al grueso público, se dirigen y se imponen al mayor número de espíritus y sucede algunas veces, que simples escritores modifican más profundamente la atmósfera intelectual de su tiempo, que filósofos de profesión.

Estos no influyen más que a la larga y cuando sus ideas se han hecho accesibles a la mayoría de las almas y de las conciencias, una vez tomados y popularizados por la literatura de imaginación o la literatura de ideas. Los Brunetière, los Bourget, los Faguet, los Vogüé, han preparado especialmente las vías, a los filósofos, sus contemporáneos o sucesores.

III

Estos últimos, especulando a su manera sobre el alma humana y sobre la ciencia, llegan por su lado a conclusiones muy cercanas a las que acabamos de anotar.

Uno de los que han ejercido mayor influencia en el pensamiento francés de este último medio siglo, es sin contradicción, un hombre que acaba de morir y cuya obra impresa se reduce en todo, a un pequeño volumen — que es, por lo demás, una obra maestra de nuestra lengua filosófica — pero que por su enseñanza en la Escuela Normal, ha despertado numerosas vocaciones y las ha orientado en el sentido de un nuevo idealismo crítico. Lachelier, ha demostrado que la ciencia positiva no sabría bastarse a sí misma y que toda entera, ella descansa en un postulado metafísico. «El mundo, decía, es un pensamiento que no

se piensa, suspendido de un pensamiento que se piensa.» Es difícil, por otra parte, después de la publicación de su libro *Del fundamento de la inducción* (1871) representarse con exactitud toda la doctrina de Lachelier. Sin duda, algún día sabremos cómo, por qué procedimientos dialécticos, ha sabido conciliar — con gran asombro y gran escándalo de Renan — un rigor y una libertad de crítica, que los más atrevidos pensadores podrían envidiarle y una fe metafísica, moral y religiosa a la cual la vida parece que nunca hizo disminuir. Nutrido de los grandes filósofos, en particular de Kant y también, creo de Pascal, Lachelier fué muy modesto; formó excelentes discípulos; suscitó ingeniosos o fecundos pensamientos y nos ocultó demasiado el suyo.

Lo contrario de Lachelier, Alfredo Fouillée ha escrito mucho. Espíritu brillante y fácil, tal vez demasiado fácil, muy fecundo, enteramente penetrado del idealismo platónico y dándole por otra parte al cienticismo buen lugar, se ha esforzado por constituir una filosofía de las «ideas-fuerzas» en nombre de la cual él ha mantenido siempre, muy firmemente la libre actividad del espíritu. A este respecto, uno de sus mejores libros, *La Libertad y el Determinismo*, ha quedado hasta el fin como la impresión de uno de sus ideas más constantes.

No se podría separar a Fouillée de Guyau. Alguna injusticia habría en juzgar a éste último por las dos obras que obtuvieron el mayor éxito, *Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción* y *La Irreligión del porvenir*, con las cuales se unía con la generación precedente. Poeta tanto como filósofo, muerto muy joven para haber podido destacar plenamente su originalidad, Guyau, ha sembrado en todos sus libros vistas profundas y nuevas sobre el problema del arte, el problema de la vida, sobre el del tiempo, vistas que no siempre han sido coordinadas en sistema; pero que serán tomadas y desarrolladas, las unas por Nietzsche, las otras por Bergson y que gracias a ellos concluirán por formar parte integrante de todas las concepciones contemporáneas.

Neokantiano como Lachelier, pero con un matiz más acentuado de protestantismo y aun de anti-católico, Renouvier ha

formulado contra el cienticismo muy fuertes objeciones. «Se quiere, escribía en 1859, reemplazar las gerarquías políticas y religiosas por *un sacerdocio de falsos sabios*, las supersticiones por las demostraciones viciosas, el fanatismo de la fe por el de la ciencia usurpada, en fin la verdad modesta, parcial, pero pura que la libertad acompaña, por un sistema de errores intolerantes, *composición híbrida, en la cual la ciencia y la religión se pervierten a la vez en una mezcla repugnante!*» Por sabio que fuera, no creía en la «Ciencia», negaba la realidad de esta abstracción, no conocía más que ciencias particulares. En desquite, creía apasionadamente en la libertad, fundamento, a su modo de ver, de toda moralidad y las teorías deterministas no han tenido en este último medio siglo, adversario más resuelto.

Al protestante Renouvier se opone naturalmente, el católico Ollé-Laprune. Muy imbuído de moralidad él también, pero no menos de certidumbre, tenía con fuerza, como decía Bossuet, «los dos extremos de la cadena» y se esforzaba por juntarlos. Era esencialmente un alma armoniosa, que en todo se preocupaba más de la armonía, que de los contrastes o de las contradicciones. Alimentado de Aristóteles y de los escolásticos, discípulo de Caro y del P. Gattray, profesaba que la razón conduce espontáneamente a la fe, que la filosofía encamina al dogma. Mas, quería que la razón no se mutilase por si misma, que al lado de la certidumbre científica, reconociese los derechos de la certidumbre moral y que no contentándose con ser especulativa, estudiase y respetase las condiciones de la acción. Se complacía en decir «es preciso ir a lo verdadero con toda el alma» y lo verdadero para él no era solamente el conocimiento abstracto, más también la práctica moral y religiosa.

Un discípulo de Ollé-Laprune, Mauricio Blondel, en un libro intitulado, *De la acción* (1893), libro que no ha sido reimpresso y del cual hoy se disputan los muy escasos ejemplares, ha tomado y precisado esos puntos de vista. Partiendo del principio de la autonomía de la razón que es, desde Descartes, el principio esencial de la filosofía moderna, aplicando, lo que llama, con una palabra que ha hecho correr mares de tinta, «el método de la inmanencia», Blondel ha analizado con fuerza y pro-

fundidad el hecho que le parece ser el hecho humano por excelencia, en donde están contenidos todos los poderes y todas las facultades de nuestro ser: la acción. Ha mostrado que la acción completa, la acción llevada hasta el fin, postulaba a Dios, no solamente el «Dios de los filósofos y de los sabios» sino también, «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», el Dios cristiano, el Dios de la Iglesia católica. Esta nueva y atrevida teoría, la cual con ciertos matices y reservas subscribía también por su lado, Jorge Fonsegrive y a la que un penetrante filósofo cristiano, el P. Laberthonnière puso el apoyo de su talento de exposición, de su experiencia personal y religiosa, esta teoría decimos, implicaba, en materia de apologética, importantes consecuencias. Esas consecuencias, Blondel las ha sacado en una *carta sobre las exigencias de la apologética contemporánea*, que ha sido apasionadamente discutida, como todas las ideas nuevas y de alta significación.

Al mismo tiempo que de Ollé-Laprune, Mauricio Blondel había sido discípulo de Emilio Boutroux. Este último se había iniciado en los estudios filosóficos y en la doctrina de Kant por Lachelier. Historiador original y admirablemente informado de la filosofía moderna, como también de todo lo referente a las cosas de la ciencia, de los descubrimientos, a las teorías y métodos científicos, Boutroux, se había dado a conocer del público filosófico en 1875 por un pequeño libro *La Contingencia de las leyes de la naturaleza* que, bajo sus formas moderadas y prudentes, es el más rudo ataque que ha recibido aún el dogmatismo cienticista.

Estudiando la gerarquía de las ciencias constataba que yendo de las más generales a las más particulares, es imposible desprender las unas de las otras sus leyes respectivas; que no se podría, por ejemplo, de las matemáticas puras sacar ninguna de las leyes físicas; de las leyes físicas ninguna fórmula química. Hay, pues, en la marcha de los fenómenos naturales, soluciones de continuidad y las leyes a las cuales obedecen, no tienen un carácter de necesidad absoluta; mas, encierran cierta parte de contingencia. En nombre de la ciencia, los pensadores de la generación precedente habían concluido en el determi-

nismo universal, negado el milagro y la libertad, que es otra especie de milagro.

En nombre de una ciencia más clara y más escrupulosa, Boutroux socavaba esta hipótesis intempestiva, de la cual había querido hacerse un dogma intangible. Rompía las mallas de ese rígido tejido en donde se había querido aprisionar con la naturaleza material, la infinita complejidad del alma humana. Abría así, a la especulación metafísica y moral, una vía fecunda, por donde encaminarse después de él.

Discípulo de Boutroux, muy versado en el estudio de la ciencia, Bergson, comenzó con concepciones, sino propiamente materialistas, a lo menos, muy cercanas a las de Spencer. Observaciones y experiencias de orden estético, no tardaron en hacerle ver la insuficiencia como total explicación de lo real. Buscó otra cosa. En un librito, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, publicado en 1889, con intervalo de algunos meses de *El Discípulo*, expuso los primeros resultados de sus investigaciones. El libro había sido titulado *Calidad y cantidad*. Tenía, en efecto, por objeto distinguir entre dos dominios diferentes, el de cantidad que pertenece a la ciencia y el de calidad que pertenece a la filosofía. Pero la ciencia no alcanza a lo real; juega sobre la superficie de las cosas y las «verdades» que descubre, traducidas a términos de inteligencia y no a términos de vida, son verdades superficiales, fragmentarias, provisorias, sin enlace íntimo con la verdad total que tiene por misión el hombre descubrir. La realidad verdadera, la cogemos en la conciencia individual, por una intuición que nos revela a nosotros mismos directamente y sin intermediarios, el ser complejo y uno, vivo y libre que somos.

La intuición es el procedimiento filosófico por excelencia; se opone a la inteligencia discursiva que es en lo esencial el procedimiento científico. La obra filosófica consiste en recoger «los datos inmediatos de la conciencia», en seguirlos, interpretarlos y en traducirlos a un lenguaje que será necesariamente imperfecto, ya que es la inevitable expresión de conceptos lógicos; pero que puede ensayar, el lector o auditor una vez prevenido, de hacer sugerir las inexpresables nociones descubiertas por el

método intuitivo. Desde este nuevo punto de vista, el materialismo, el determinismo, el cienticismo en fin, son doctrinas que no tienen razón de ser, ya que no ofrecen, por decirlo así, sentido alguno. Son los sueños de un pensamiento que no se ha reflejado sobre sí mismo y que extraviado entre las «cosas» y los símbolos, ha concluido por perderse en ellos.

Estamos más o menos en 1895. Si tratamos de representarnos, todo el camino recorrido por el pensamiento francés, desde veinticinco años, de operar la síntesis de las ideas nuevas que ellas han prohiado, sucesiva o paralelamente, parece que se puede definir, sin mucha inexactitud, más o menos así el *credo* que desde entonces se impone a muchos espíritus con más o menos nitidez.

La Ciencia, desde luego, se piensa con Renouvier, no existe; no hay más que ciencias particulares, cada una con un objeto determinado, con sus métodos propios y sus límites. Lo que se llamaba Ciencia, entre los años de 1860 y 1870, no era más que una construcción metafísica; una hipótesis sin fundamento real: un *mito*, en buenas cuentas. Lo propio sucede con la ley del determinismo universal, a la cual se quería someter el mundo del espíritu como el mundo de la materia; las mismas leyes de la naturaleza que descubren las ciencias particulares, implican una parte de contingencia. Y es *mito*, por fin esa asimilación de las «ciencias morales» con las «ciencias físicas», estas últimos exclusivamente levantadas por la razón razonadora, por la inteligencia discursiva del «espíritu geométrico»; las otras por la intuición filosófica y por el «espíritu de delicadeza». Todas las objeciones hechas en nombre de una pseudo-ciencia y de un racionalismo estrecho, contra la libertad humana, contra el milagro, contra la religión tradicional caen por tierra. Queda bien establecido que es imposible esperar de las ciencias positivas una religión ni una moral. Muchos espíritus miran con simpatía la moral religiosa y las religiones positivas y otros, más atrevidos, no contentos con lo Incognocible de Spencer, encuentran en el intrincado estudio del alma humana y en el análisis de las condiciones de la acción, nuevas razones para plegarse al dogma cristiano. Y por fin, de todas partes se comienza a sospechar

que esta nueva manera de pensar es la más conforme con la verdadera tradición francesa y que no es indiferente a los próximos destinos de la patria.

IV

Lo que es seguro, es que de tiempo en tiempo, esta nueva manera de pensar, renovaba la literatura nacional. Sí, tal vez se dejan aparte los libros de Anatolio France, todas las obras importantes que desde veinte o veinticinco años, han dejado huellas en la historia de las letras francesas, se unen, más o menos directamente a esa nueva corriente de ideas.

En poesía, la obra más original que haya visto la luz del día en Francia, desde las obras de Leconte de Lisle, de Sully Prudhome, de Heredia, es seguramente *Sagesse*, la pura obra maestra del desgraciado Verlaine. No hay nada de más cristiano y aun de más estrictamente católico, en toda la literatura francesa, que ese minúsculo volumen en donde la piedad casi infantil del autor se exhala en versos de tan conmovedora dulzura y de una música casi inmaterial.

Las teorías de la escuela simbolista están en conformidad muy estrecha con la nueva filosofía, para que la concordancia pueda atribuirse a simple casualidad. En el hecho, las doctrinas de Bergson y los versos de Enrique de Régnier, obedecen a una misma necesidad de los espíritus: el deseo de huir de lo que se había convenido en llamar la realidad y que no es, en verdad, más que el exterior y la apariencia de las cosas, la ambición de liberar el alma humana, de darle sus títulos y de llenar sus legítimas aspiraciones.

El teatro, tal vez, se presta menos que cualquier otro género literario, para la expresión de las puras ideas. No obstante, ahí se pueden encontrar también las nuevas tendencias. Ese desdén por la especulación abstracta, ese gusto por la acción que caracterizan las recientes escuelas filosóficas, se los encuentra en las últimas obras de Alejandro Dumas hijo y en el teatro de Brioux. Ambos quieren obrar, predicar, esparcir, por los medios propios de su arte, ideas morales o sociales que estiman

más justas y mejores que otras; esos dramaturgos son, a su manera, *pragmatistas*. Otro tanto podría decirse de Pablo Hervieu, a lo menos de sus primeras piezas, *Las Tenazas*, la *Ley del hombre*.

Más, el escritor que ha traído con mayor fuerza a la escena, el gran problema moderno, el de los derechos y de los límites de la ciencia, es sin contradicción el original autor del *Nuevo Idolo*, Francisco de Curel. Merecía hacer fortuna, el mismo título de la obra y si la pieza, no ha tenido tanto éxito como *El Discípulo* de Bourget, fué, probablemente porque no era la primera en data. Francisco de Curel, es uno de los principales iniciadores del «teatro de ideas» y que muy bien pudiera ser la forma por excelencia del teatro del porvenir. En todo caso, también a este nuevo teatro, pertenece una de la más recientes piezas de Enrique Lavedan, *El Duelo*, que representa, el eterno conflicto entre la Fe y la ciencia. Seguramente no son muy numerosas las obras dramáticas contemporáneas que tratan de tan graves asuntos. Aun aquellas que tratan de ser una representación sugestiva de la vida en el teatro de Julio Lemaître, de Mauricio Donnay o en el de Edmundo Rostand—se siente una necesidad muy viva de unirse a la tradición nacional, de exaltar a los héroes o sentimientos bien franceses, de huir de los compromisos del cosmopolitismo, de las «nubadas» que nos vienen del extranjero.

Más libre en sus movimientos, menos sujeta a convenciones, de las cuales algunas son transitorias y las otras necesarias, la novela moderna nos da de la vida nacional y vida intelectual, como también de la vida moral o social, una imagen más completa que el teatro. En ella se pueden seguir más claramente las diversas corrientes del pensamiento que han visto la luz en Francia antes de la guerra. Al propio tiempo que el cienticismo, del cual era la expresión literaria, el naturalismo ha hecho bancarrota. Zola mismo, en sus últimas novelas, da a su doctrina muy flagrantes desmentidos, y si Maupassant ha muerto demasiado temprano para contradecirse, sin embargo, parece que hacia el fin se entregó a preocupaciones un poco más elevadas que las de sus comienzos: *Pedro y Juan*, seguramente es

de más alta inspiración que la *Casa Tellier*. En cuanto a Alfonso Daudet, era demasiado poeta para que se le pueda clasificar entre los naturalistas netos, y por las fantasías de su verba, como por las delicadezas de su sensibilidad, huía a cada instante del sistema estrecho en donde había querido dejarse aprisionar.

Los más jóvenes discípulos de Zola daban también un paso adelante. Mientras los unos, como Pablo Margueritte, se insurreccionaban ruidosamente contra el maestro, otro, como Eduardo Rod, se separaban de él, sin ruido, pero sin vuelta. El *Sentido de la vida* es contemporánea del *Discípulo*, y procede de una inspiración bastante análoga: el libro parecía abrir una vía en la cual el autor se había metido con cierto atrevimiento— como lo atestiguan sus *Ideas morales del tiempo presente*— Y después con inquieta timidez que traicionaba un gran fondo de incertidumbre; y neo cristiano sin fe, se quedó en mitad del camino, expresivo símbolo de un movimiento de ideas que no había seguido hasta el fin. Otro discípulo de Zola, J. K. Huysmans, después de muchas experiencias fastidiosas y de algunos libros lamentables, se convirtió francamente al catolicismo, una vez convertido, no ha abdicado de su talento ni de su estilo, ha escrito libros de un estilo original, de una lengua singularmente rica, viva y suelta; se ha hecho, si se puede decir así, el novelista naturalista de la experiencia religiosa.

Fuera del naturalismo, los escritores y las obras señalan, más claramente aun, el desafecto creciente por los dogmas que gozaban de favor en la generación precedente. Es *Pierre Loti* quien, después de haber paseado de cielo en cielo la angustiada inquietud de su nostalgia religiosa, felicitaba en una de sus últimas obras a Bergson por haber «aplastado el determinismo», flajelaba a «esa liga de inteligencias que en nombre de la ciencia, se arrastra sin comprender, hacia el materialismo más imbécil», y arrojaba su «clamor de infinita miseria, a la Piedad suprema». Es Renato Bazin, exquisito cuentista, novelista por excelencia de provincias francesas, quién jamás ha separado la una de la otra, su fe religiosa y su fe patriótica, y que no ha cesado en sus ficciones como en sus predicaciones directas, de

mostrarnos en la vuelta a las creencias y a las prácticas cristianas la condición del levantamiento nacional.

Es Mauricio Barrés, artista sutil y poderoso, teórico y novelista del «nacionalismo integral», cuya inteligente simpatía por la religión tradicional, se ha manifestado de un modo creciente y que por instinto se ha insurreccionado constantemente contra todas las ideologías de importación germánica. Y por último, es Pablo Bourget.

Este, más consecuente que Eduardo Rod, después de haber perseguido largo tiempo la ansiosa encuesta que había emprendido sobre las enfermedades morales de nuestro tiempo, experimentó un día la necesidad de concluir. Y su conclusión—que Taine había previsto—fué que como lo que sucedía en el mundo daba a entender que el cristianismo era la verdad, había ocasión de tomar por mal encaminadas las objeciones que una ciencia superficial y mal informada formula contra el cristianismo. Reinvidicando para el novelista el derecho de practicar lo que él llamaba «la apologética experimental» concibió y ejecutó una serie de obras muy bien construidas, poderosamente dramáticas, y todas nos sugieren la idea de que «para los individuos como para la sociedad, el cristianismo es, en la hora presente, la condición única y necesaria para la salud y salvación». *La Etapa, Un Divorcio, El Diablo del mediodía*, son el fin y el coronamiento de un pensamiento, ya bosquejado en *El Discípulo*, y que después de haber provocado otros se desarrolló con un vigor y una franqueza que no dejan nada que desear.

Al rededor de esos maestros, los últimos llegados de la novela contemporánea, cada uno con su temperamento propio, trabajan en direcciones vecinas. Todos se han separado del antiguo racionalismo y de la fe supersticiosa en el poder indefinido de la ciencia. Todos, en fin, presienten que los grandes deberes de acción que van a imponerse a la juventud nueva no podrían apoyarse en una base tan frágil y tan ruinosa. Todos estiman que no se edifica una moral y no se reconstruye una patria en la simple razón pura.

VÍCTOR GIRAUD

(Concluirá)

BIBLIOGRAFÍA

Adolfo Calderón Cousiño.—*La Cuestión Chileno-Peruana.—Breve Historia Diplomática de las relaciones chileno-peruanas. 1819-1879.*—Santiago de Chile, 1919.

Sin pretensiones literarias, en estilo sencillo, aunque a veces elocuente, el señor Calderón hace en este brevísimo folleto, que se puede leer descansadamente en un par de noches, una reseña clara, comprensiva y comprobada de las relaciones internacionales de Chile con el Perú durante los sesenta años anteriores a la guerra del Pacífico. El autor ha sabido dar relieve a las características de esas relaciones: de parte de Chile, franqueza, sinceridad y ayuda constante a su vecino en los momentos amargos; de parte del Perú versatilidad femenil, doblez e ingratitud, aparte de un constante espíritu de intriga con todos sus vecinos.

La nota más saliente de la política de los peruanos, que se destaca claramente en este libro, es esa tendencia de buscar conflictos a otras naciones, hoy Colombia, mañana el Ecuador, después Bolivia o Chile, sin tener jamás la entereza de encararlos por sí solos y procurando siempre enredar en la intriga a cualquier otro país que saque la cara por ellos.

En pocas páginas y con poco esfuerzo, se saca gran provecho con la lectura del libro del señor Calderón Cousiño.

J. G. G.

Armando Donoso.—*En torno a la metafísica.*—Santiago, 1918.

Con esta su nueva obra y con «Un filósofo de la Biología: Le Dantec», el diligente y hábil crítico literario, don Armando Donoso, demuestra a las claras su evolución hacia las más sólidas y serías disciplinas del pensamiento. Con estilo desenvuelto y fácil aborda cuestiones científicas, que trata con preparación y claridad de criterio. Su criticismo filosófico es de buena cepa, porque al razonamiento firme se une la exposición metódica.

En la obra, luego de tratarse acerca de los esfuerzos para despejar la incógnita de lo inconocible, se trata de la posible renovación de la metafísica, como lo ha manifestado el doctor José Ingenieros en sus «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía».

El señor Donoso acotando con indiscutida agudeza, la maciza obra cultural del doctor Ingenieros, dice que quien ha verificado las posibilidades de la mayoría de las hipótesis llegando al fondo mismo de los problemas más áridos, tiene sobrado derecho no sólo para justificar una crítica de valores fundada en la ciencia, sino que para acreditar el valor de un método filosófico propio.

El autor expresa que la metafísica medioeval estuvo subordinada a la teología, como la metafísica kantia-

na a la ética y, ahora el doctor Ingenieros pretende que la metafísica pura, tendrá por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales.

El señor Donoso define la metafísica futura, como una aspiración a una perfectibilidad continua e indefinida, substituyendo los sistemas cerrados que tenían por base las verdades fijas y definitivas por un sistema abierto basado sobre aproximaciones que se corregirán incesantemente, ya que sus tesis serán hipotéticas, rectificables en cuanto presenten contradicciones con los resultados de la experiencia.

Tal es la originalidad que nos proporciona el doctor Ingenieros, después de haber discurrido como un Simbad filosófico a través de los más áridos sistemas contruísos por la humana mentalidad.

Las atinadas observaciones y muy sutiles deducciones con que viene adornada «En torno a la metafísica», le dan un gran valor intrínseco, no obstante la actualidad de la cuestión expuesta con claridad de especialista.

La metafísica futura será una anticipación a las comprobaciones experimentales y ampliará el horizonte de las verdades conocidas, aplicando a lo desconocido los mismos procedimientos lógicos que se usan en la averiguación de lo que se percibe en nuestro mundo físico, en perpetua inestabilidad y transformación. No estará falseada por un espiritualismo propio de temperamentos sentimentales, ni por un intuicionismo, a lo Henri Bergson, que don Enrique Molina llamara filosofía para poetas y literatos.

Se satisfarán los anhelos de aquellos que en perpetua inquietud viven interrogando el misterio insondable y, como dice el señor Donoso, caerá el velo de Isis, que oculta lo desconocido, ante las conquistas de la ciencia que procura indagar los orígenes mismos de la vida. Todo esto, por cierto dentro de la relatividad de los conocimientos, porque las

verdades absolutas no existen y porque, como piensa Augusto Comte, lo único absoluto que existe es el concepto de que todo es relativo.

Se aplicará el método inductivo y no se aceptarán las nociones innatas o primeros principios que Herbert Spencer se obstinaba en descubrir en todas las esferas, de lo conocido y que don Valentín Letelier, con insuperable maestría refuta en el capítulo primero de su monumental obra «La Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales».

El talentoso autor de «La Sombra de Goethe», ha acrecentado su reputación de estudioso y de joven pensador con esta obra, que es la cristalización de maduras meditaciones y de dilatadas lecturas.

PASCUAL VENTURINO S.

Joaquín Walker Martínez.—*La Cuestión del Pacífico.—Una revancha con sangre ajena.*—Santiago. Imprenta Chile. 1919. 1 vol. de 112 páginas.

Prosigue el señor Walker, en este segundo volumen, su esforzada defensa de los derechos de Chile en la cuestión de Tacna y Arica. Con argumentación vigorosa y apretada a veces, con terrible ironía otras, con vehemente elocuencia siempre, estudia y tritura uno a uno los argumentos que periodistas y políticos peruanos alegan, no ya para pedir el cumplimiento del Tratado de Ancón, sino para probar su caducidad!

¡«A la revancha»!, dice el señor Walker, gritaron valientemente los bravos soldados franceses, al empuñar las armas en 1914 para defender a su patria invadida segunda vez por las mismas huestes que la habían despedazado en 1870.

«¡A la revancha!»! están remedando los verbosos escritores y estadistas peruanos, que en los últimos meses empuñaron la pluma para pedir la intervención de la Entente en los asuntos privados de Chile y el Perú.

Un cablegrama de Lima, inserto ha pocos días en la prensa de San-

tiago, consignaba las cifras horripilantes en que se ha cristalizado el espíritu de sacrificio y el heroísmo patriótico de los franceses. «Las pérdidas totales de Francia durante la guerra, dice ese cablegrama, ascienden a 42,600 oficiales y 1 millón 789,000 soldados muertos y desaparecidos y a 8,300 oficiales y 430,000 soldados prisioneros».

No tenemos telegramas de Lima que indiquen cuanto tinta se ha gastado allí para explotar, en pro de la *revancha peruana*, ese caudaloso río de sangre gala...

«Sabemos, sí, en globo, que esa sangre generosa y la no menos noblemente derramada por los belgas, los ingleses, los italianos y los norteamericanos, es hoy ofrecida en Lima a la Liga de las Naciones como preciado rescate de Arica, Tacna y Tarapacá.»

X.

Emilio Bello C. — *Anotaciones para la historia de las negociaciones diplomáticas con el Perú y Bolivia.* — 1900-1904. Santiago. Imprenta La Ilustración. — 1919. — 1 vol. de 220 páginas.

Este libro es una valiosa contribución al estudio de nuestra historia diplomática contemporánea. Con criterio desapasionado y con una documentación abundantísima, el señor Bello C. estudia, entre otras materias, la misión Chacaltana de 1900, el fracaso definitivo en 1901 del protocolo Billingham-Latorre, el problema del arbitraje en el Congreso de México de 1902, los Pactos de Mayo con la República Argentina, el tratado de paz con Bolivia de 1904, etc. Al estudiar este último tratado, el señor Bello C. refiere que junto con él se firmó por los representantes de Chile y Bolivia un protocolo adicional por el cual el segundo de estos países se comprometía a cooperar con todos sus elementos al triunfo de Chile en el plebiscito que, según el tratado de Ancón, debe resolver de la futura nacionalidad de las provincias de Tacna y Arica. El

ejemplar original de ese protocolo, de cuya existencia, según lo afirma el señor Bello C., «no han tenido noticia muchos de los Ministros de Relaciones Exteriores de Chile posteriores a 1904», desapareció del archivo reservado de nuestra cancillería, según el propio señor Bello C. lo dice.

Es inconcebible que esas dos afirmaciones de tan notoria gravedad, hayan, todo lo más, merecido algún festivo comentario de parte de unos pocos periódicos. La opinión no se ha dado cuenta de la enormidad que entraña el hecho—por nadie contradicho—de que los encargados del manejo de nuestras relaciones exteriores hayan podido ignorar la existencia de un protocolo de importancia transcendental para la solución del negocio más grave que tenían entre manos, el de Tacna y Arica. ¿Cómo está organizado un Ministerio en que tal cosa puede ocurrir? ¿Acaso nadie en Chile tiene la dirección de las relaciones exteriores? En otras épocas, cuando los Ministros perduraban en el ejercicio de sus cargos, los Presidentes de la República, conscientes de su deber y de su responsabilidad, tuvieron siempre bajo su inmediata dirección el manejo de las cuestiones diplomáticas. Así procedieron Montt y Pérez, los dos Errázuriz, Pinto, Santa María, Balmaceda, Riesco y don Pedro Montt. Por eso tuvo Chile en esas épocas una política internacional propia, sagaz y perseverantemente seguida. Y hoy, que vivimos en un estado de crisis ministerial permanente, esa tradición se ha perdido! Así también andan las cosas. Salvo en muy contadas ocasiones—la presente entre ellas—navegamos sin rumbo, a la bolina.

La segunda afirmación del señor Bello ha sido rectificada por la Cancillería. El protocolo que se creía sustraído se conserva en el archivo del Ministerio. Pero, en todo caso, hubo momento en que nadie sabía donde paraba, lo que dió motivo a un Ministro para creer que había

sido robado. Y, la verdad, que un documento de esa importancia haya podido traspapelarse, me parece por lo menos tan grave y en todo caso menos explicable que su sustracción.

Ojalá que las revelaciones del señor Bello C. produzcan el efecto de hacer que una vez por todas se lleve a efecto la tantas veces proyectada reorganización de nuestra Cancillería. Si así sucediera, el país le sería deudor de un doble servicio: la publicación de un buen libro y la satisfacción de una necesidad urgentísima, que no admite esperas.

S. T.

Julio Pérez Canto.—*El conflicto después de la victoria.*— Imprenta Zig-Zag.—Santiago, 1918.

Aún haciendo abstracción del momento,—sugestionante, en realidad, para todo cuanto tenga relación con el problema que mantiene apartadas las voluntades chilena y peruana,—el libro de don Julio Pérez Canto será siempre de lectura provechosa y amena.

Hoy su interés mismo, su interés intrínseco, aumenta con la pública expectación, con la nerviosidad en que se vive en las circunstancias actuales, sediento cada cual de narraciones y detalles de inter bastidores diplomáticos sudamericanos, especialmente de aquellos que se desarrollan en ese medio a que da su propio misterio y sus encantos la mujer limeña, persistente materia de ensueños para el hombre, por cuyas venas corre sangre araucana.

Leímos *El conflicto después de la victoria*, buscando el hilván de recuerdos, la confirmación o la modificación de las impresiones que los acontecimientos acarreados por el artículo 3.º del Pacto de Ancón, han venido dejándonos, por decirlo así, latentes en el ánimo, más o menos desde que nuestra contienda civil de 1891, diera pretexto a los políticos del Rimac para pensar en las posibles ventajas de una oportuna parcialidad, de una parcialidad calcula-

da para ejercer influencia en desviar el criterio chileno que, inspirado en la fe y el respeto de los pactos, ha formado la voluntad nacional de proseguir el cumplimiento de aquel Tratado.

El señor Pérez Canto, (1), para concentrar los antecedentes y sus apreciaciones personales del problema, al tiempo en que llegaba a tomar el puesto de Encargado de Negocios en Lima, redactó un interesante memorándum—con un estudio geográfico de la región, (sin un mapa, que habría sido útil), y de su importancia estratégica o militar,—acaso la base de su libro.

La relación de las variadas incidencias que han sido la cauda interminable del Tratado, sugiere no escasas observaciones interesantes, que pintan muy marcadas diferencias entre los hombres del norte del Sama y los hombres del sur. Léase, si no, eso del impuesto de la sal (2).

La animada descripción de la activa política de intrigas (3), y de visiones panamericanas *ad hoc*, en que el asunto Tacna y Arica aparece siempre a punto como número de variados programas electorales, tiene para nosotros tanto de exotismo, que nos obliga a leer y releer las páginas en que se hace.

De la originalidad de los individuos y de sus procedimientos, que actúan en la política peruana, todo puede esperarse. El Presidente electo, Leguía, es un transformista rápido: pierde sus amabilidades al tomar el mando; muda de actitudes, de propósitos y de tono, y replica a las meditadas y sobrias apreciaciones de su predecesor, con aspereza en que habrá de ser en breve secundado y superado por su hepático Canciller, en tanto que su jefe del Gabinete oye de nuestro representante Echenique, que «no habría en Chile un Ministro que quisiera ir en contra de lo que han sostenido todos

(1) Capítulos VIII y IX.

(2) Páginas 82 y 83.

(3) Páginas 98 a 101.

sus antecesores, y que quién tal hiciera, se vería expuesto a una desautorización inmediata de las Cámaras y de la opinión».

Duplicidad, con excepciones conatadas y honrosas, duplicidad y falsía, forman las condiciones primordiales de esos políticos,—se lee no solamente entre las líneas. ¡Qué idea tuvo el plenipotenciario chileno, de ofrendarles una corona! (Si siquiera hubiera sido *aurum coronarium*...).

El señor Pérez Canto trae la cita de un acto de descortesía ocurrido durante la plenipotencia Alamos Gonzalez. Este incidente lo conocimos como sigue, en los mismos días en que tuvo lugar, por uno de sus testigos: Unas décimas pronunciadas por el director de la Biblioteca Pública de Lima, al rendirse honores a los restos del heroico Grau y de algunos peruanos muertos durante la guerra, indujeron al Ministro y personal de la Legación de Chile a retirarse del sitio de la fiesta. Siguiéronse visitas explicativas, exoneración del eminente autor de *Tradiciones Peruanas* de su empleo fiscal, y por último, el envío de una comunicación en que la Cancillería limeña terminaba dando satisfacción por el incidente, reconociendo los servicios prestados a la independencia, por el Ejército Libertador, que al mando de San Martín, (general en jefe del Ejército de Chile), envió el Gobierno de Santiago en una escuadra mandada por Cochrane, chilena como el Ejército, y guiada por nuestra bandera.

Diversos trozos de memorándums, cartas y cuadernos de memorias, dan al libro del señor Pérez Canto bastante animación, y llevan al lector, agradablemente, hasta el momento diplomático de los dos países, girando alrededor de la ya vieja y cansada polémica del 3.^{er} artículo del Tratado de Ancón. Hay entre los tales trozos más de uno que al presente ofrece interés especial; por ejemplo: «El Ministro Mr. Combs ha asegurado a los representantes de Chile, no una sino varias veces, que su país abriga iguales sentimientos amistosos hacia los demás pue-

blos de la América, y que no hará en favor de uno nada que pueda perjudicar a otro. En cuanto a intervención, dice que la política de los Estados Unidos consiste en no mezclarse en los asuntos de otras naciones, a menos que lo soliciten las partes interesadas de común acuerdo».

No obstante,—cada loco con su tema,—«es una ilusión de los peruanos creer que van a comprar el apoyo de esa nación, (E.E. UU.) por medio de ofrecimientos territoriales o de otra especie». No es extraño, pues, que actualmente, en las postimerías del año 1918, alienten la ilusión de que por medio de sus interesadas declaraciones de adhesión, van a comprar el apoyo de los mismos Estados Unidos y las otras naciones aliadas.

La supervivencia del espíritu díscolo, intrigante, revoltoso, ha engendrado «la flamante República en que el mestizaje continúa desgañitándose todavía en nombre de un derecho que no acierta a constituir, de una libertad que no entiende, ni aprecia, ni puede organizar en nombre de un sistema de leyes de papel, pisoteadas, escarnecidas, en primer término, por las ambiciones armadas» (1).

El señor Pérez Canto observa: «Cuando los gobernantes se encuentran en mala situación por sus desaciertos, tocan, como último recurso, la cuestión de Tacna y Arica, para distraer la atención y provocar en el sentimiento público alguna reacción».

El Presidente Leguía, «en un paroxismo de furor arengó un día a las multitudes, desde los balcones del Palacio, predicando la guerra a Chile» (2).

Ciertamente que él no olvidaba,—*¡y un procedimiento tan sencillo!*—que por Panamá van a Europa en busca de armas, los Presidentes peruanos, mientras sus conciudadanos riegan con su sangre los campos de batalla...

(1) Artículo debido a la pluma del diplomático peruano señor Maúrtua, citado en el capítulo XVI.

(2) Página 577.

¡Idiosincracia de pueblos! Así como el señor Pérez Canto refiere en interesantes páginas, motines y revoluciones militares, asesinatos y traiciones, pudo registrar otros antecedentes de la historia de ambas naciones.

Los contados expedicionarios de la Isla del Gallo, invaden un poderoso imperio que en pocos días conquistan, apresando y ejecutando a su monarca, para dominar, sin dificultades ni resistencias, definitivamente el país.

La numerosa y bien equipada expedición Almagro, seguida de cerca por un refuerzo respetable, fracasó en su intento de conquistar a Chile. Si el ilustre y esforzado Pedro de Valdivia, que renovó con 150 hombres el mismo propósito, es cierto que se mantuvo en el territorio y fundó ciudades, estableció Cabildos y organizó una administración, jamás gozó tranquilidad, (como que derrotado rindió la propia vida a mano de los naturales), que tampoco tuvieron nunca sus sucesores, puesto que debieron durante tres siglos luchar incesante y encarnizadamente hasta que la vida colonial pasara a la historia, para ceder la plaza a la nueva e independiente nacionalidad que tiene por enseña el tricolor con la estrella solitaria.

Para terminar, «El conflicto después de la victoria», despierta interés muy merecido; pero aunque tiene animación y variedad, a la vez del conocimiento del asunto en que su autor se ha inspirado con patriótica intención, su lectura halla dificultades motivadas por el olvido de detalles importantes: en 594 páginas, forzosamente, necesariamente, ha de volverse sobre acontecimientos de fechas diversas, que no llevan la indispensable indicación del año, (mención que pudo hacerse entre paréntesis); y los capítulos carecen de sumarios que formen un índice razonado.

SAMUEL OSSA BORNE.

Francisco Huneus.—*Por el or-*

den social.—Santiago. Imprenta Barcelona. 1917.—1 vol. de 141 págs.

Ha reunido en este volumen el señor Huneus algunos de sus discursos parlamentarios, proyectos de ley, conferencias, artículos de prensa, etc., sobre la cuestión social en Chile.

Son particularmente interesantes los que dedica a la habitación popular y a la caja de crédito popular, problemas ambos de trascendental importancia y mala y muy incompletamente resueltos aun entre nosotros.

De tales problemas habla el señor Huneus con autoridad indiscutible. Los ha estudiado a fondo, teórica y prácticamente, ha dirigido esforzadas campañas encaminadas a obtener su solución y a su patriótica y perseverante iniciativa se debe en buena parte lo poco que se ha obtenido.

T.

Ismael Valdés Valdés.—*Prácticas parlamentarias*.—Santiago. Imprenta Barcelona. 1918.—1 vol. de XVIII+284 págs.

Es la segunda edición, completa y puesta al día, de una obra que goza de merecida reputación en nuestro Parlamento. De ordinario su lectura basta para resolver dificultades reglamentarias enojosas, en que no pocas veces están comprometidos importantes intereses partidistas. Es esa su mejor recomendación.

En el prólogo, el señor Valdés Valdés, después de esbozar sumariamente el desarrollo del régimen parlamentario, hace un rápido análisis de la índole y tendencias de los partidos políticos chilenos.

Parécenos, dicho sea con franqueza, que en esta parte de su obra el señor Valdés atiende más a las definiciones clásicas de los partidos políticos, a lo que, de acuerdo con sus nombres, debieran ser, que a lo que en realidad son. Ni liberales, ni conservadores, ni radicales, si—son sinceros,—se reconocerán en los retratos que de ellos hace el señor Valdés. Sus rasgos salientes—la lucha reli-

giosa en conservadores y radicales, la inconsciencia, la falta total de rumbos y tendencias en los liberales brillan allí por su ausencia.

Estudia, en seguida, el autor el papel que corresponde desempeñar al Presidente de una asamblea legislativa. Tarea fácil para él que, en ocasiones diferentes, durante largo tiempo, fué Presidente y Presidente modelo, nunca después superado, de la Cámara. Le bastaba recordar lo que entonces hizo. Y en efecto, las cualidades que exige al Presidente, el espíritu de justicia, la serenidad, el conocimiento del Reglamen-

to y de los precedentes, el dominio de los negocios que la Cámara estudia, la cortesía, la entereza, etc., son precisamente las cualidades que entonces manifestó.

Daríamos demasiada extensión a esta nota si estudiáramos el comentario que el señor Valdés hace de los reglamentos de ambas Cámaras y de los precedentes que los ilustran y aclaran. Bástenos repetir lo que al principio de estas líneas dijimos: ellos tienen casi fuerza de ley en el Congreso.

O.

ÍNDICE DEL TOMO VIII

	PÁGS.
Julio Vicuña Cifuentes.—Don Francisco Valdés Vergara.....	5
Juan N. Espejo V.—Temas del libro «El Jardinero» de Rabindra- nath Tagore.....	9
Guillermo Subercaseaux.—¿Qué nos conviene más, la circulación del billete con cambio fijo o la circulación del oro acuñado?....	13
Ignacio Santa María.—La caída del ministerio Varas-Santa María en Agosto de 1880.....	21
Armando Donoso.—Rubén Darío en Chile.....	30
Federico Gana.—La Jorobada.....	70
Oficio en que el Ministro del Perú en la República Argentina da cuenta a su Gobierno de la primera entrevista que tuvo con el Ministro de Relaciones Exteriores argentino para obtener su adhesión al tratado secreto Perú-boliviano de 1873.....	77
Notas i Documentos.—(Lo que se piensa en Europa de la cares- tía de la vida.—Una tentativa para destruir los viñedos durante la era colonial.—El plebiscito que establece el tratado de An- cón fué un procedimiento ideado para suavizar la venta de Tacna y Arica que exigió el Gobierno de Chile y aceptó el del Perú.—Efectividad de las leyes).....	83
Víctor Guiraud.—Medio siglo del pensamiento francés.....	95
Bibliografía: Adolfo Calderón Cousiño, La cuestión chileno-pe- ruana.—Armando Donoso, En torno a la metafísica.—Joa- quín Walker Martínez, Una revancha con sangre ajena.— Emilio Bello C., Anotaciones para la historia de las negocia- ciones diplomáticas con el Perú y Bolivia.—Julio Pérez Can- to, El conflicto después de la victoria.—Francisco Huneeus, Por el orden social.—Ismael Valdés Valdés, Prácticas parla- mentarias.....	106

	PÁGS
Alcibiades Roldán.—El «Voto particular de Egaña y el sistema parlamentario».....	113
Armando Donoso.—Rubén Darío en Chile. (<i>Continuación</i>).....	125
Gregorio Reynolds.—Sonetos.....	139
Ricardo Montaner Bello.—Enseñanza del Derecho Internacional Público en Chile (1813-1835).....	140
Manuel Magallanes M.—El pájaro encantado.....	147
Víctor Giraud.—Medio siglo del pensamiento francés (<i>Conclusión</i>).....	158
Alberto Edwards.—Una página de la historia del papel moneda en Chile. Recuerdos personales. (1914-1915).....	167
Notas y documentos.—(Régimen funesto o falta de régimen.—El alcoholismo y la ilusión de sus extirpadores.—Una poesía inédita de Fray Luis de León.—Cartilla de educación cívica usada durante la era colonial.—Fragmentos de cartas del general Roca sobre la cuestión chileno-peruana.....	195
Manuel Blanco Cuartín.—Cartas a don Zorobabel Rodríguez sobre chilenismos.....	217
Bibliografía: W. Paullier, La defensa nacional y los problemas militares.—Domingo Amunátegui Solar, Bosquejo histórico de la literatura chilena, época colonial.—Gabriel Amunátegui Jordán, Justo y Domingo Arteaga Alemparte.—Carlos Silva Cotapos, Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales.—Pedro N. Cruz, Nuestra literatura a principios del siglo XX. Los Cuentos.—Arturo Prat, Estabilización del valor de la moneda.....	222
Francisco A. Encina.—Valentín Letelier. El profesor.....	233
Julio Vicuña Cifuentes.—Hay un recuerdo.....	243
Enrique Romaní.—Algunas consideraciones sobre nuestra administración de justicia.....	247
Carlos A. Bunge.—La mano.....	260
Aníbal Echeverría y Reyes.—En viaje a Sucre.....	267
Armando Donoso.—Rubén Darío en Chile. (<i>Continuación</i>).....	272
Amado Nervo.—A los cuarenta y cinco.....	282
Agustín Ross.—La cuestión monetaria. ¿Conversión a oro o conversión a letras? El «Gold Exchange Standard» no conviene a Chile.....	285
Notas y Documentos.—(Alejandro Silva de la Fuente, El enjuiciamiento del ex Kaiser.—Legislación social. Lo que debería precederla).....	335
Bibliografía: José Toribio Medina, El Lauso de «La Calatea» de Cervantes es Ercilla.—Fernando Márquez de la Plata y y Echeñique, Apuntaciones nobiliarias.—José M. Muñoz H.,	

Historia elemental de la pedagogía chilena.—Carlos de Velasco, A las mujeres cubanas.—Max. Henríquez Ureña, Rodó y Rubén Darío.—Ignacio Santa María, Guerra del Pacífico...	341
Carlos Aldunate Solar.—La ley Torrens.....	345
Darío Herrera.—Canción de Otoño.....	361
Cartas de don Domingo Santa María a don José Victorino Lastarria. (Mayo de 1879 a Agosto de 1880).....	362
P. Bureau.—La Sociedad de las naciones.....	367
Guillermo Subercaseaux.—En defensa del Gold Exchange Standard. (Respuesta al señor don Agustín Ross).....	380
Adela R. de Rivadeneira.—La mujer y el matrimonio. Mme. de Gasparin.....	384
Armando Donoso.—Rubén Darío en Chile. (<i>Conclusión</i>).....	393
Clemente Palma.—«La nieta del Oidor». (Prólogo de una novela colonial limeña).....	412
Carta de don Manuel Blanco Cuatrecasas a don Zorobabel Rodríguez sobre chilenismos. (<i>Continuación</i>).....	416
Notas y Documentos.—Eliodoro Astorquiza, Sobre feminismo. —Dolores Lavalle de Lavalle, Un recuerdo de la vieja sociedad Santiaguina.—X. Y. Z., Cómo el Cabildo de Santiago evitó un acaparamiento de artículos de primera necesidad en 1550.—Juan C. Zamora, Forma y organización del Gobierno bolshéviki.—Guillermo Edwards, Los perjuicios que ocasiona el papel moneda.—C. H., Una cuestión constitucional.....	430
Bibliografía: Gina Lombroso, Notes sur l'intelligence de la femme.—Roger Picard, La vie chère et la hausse des salaires. —Pedro Irigoyen, La adhesión de la República Argentina al tratado de alianza defensivo Perú-Boliviano de 1873.....	447
Daniel Martner.—El problema social económico de Tarapacá y Antofagasta.....	457
Juan N. Espejo.—Temas del libro «El Jardinero» de Rabindranath Tagore.....	474
P. Bureau.—La Sociedad de las naciones (<i>Conclusión</i>).....	478
Guillermo Muñoz Medina.—Apuntes sobre la opereta.....	488
Adela R. de Rivadeneira.—La mujer y el matrimonio. Mme. de Gasparin. (<i>Conclusión</i>).....	498
Daniel Riquelme.—El primer 8 de Diciembre en Chile.....	513
J. T. Young.—Nuevas ideas de gobierno.....	525
Rafael Sotomayor, Patricio Lynch y Domingo Santa María.—Cartas.....	535
D. Appert.—¿El cáncer es una enfermedad hereditaria?.....	548

	PÁGS.
Cartas de don Manuel Blanco Cuartin a don Zorobabel Rodríguez sobre chilenismos. (<i>Continuación</i>).....	553
Notas y Documentos.—(P. T., Cómo adoptó el Ecuador el Código Civil Chileno.—Agustín Arroyo, Las cartas del general Roca sobre la cuestión chileno-peruana).....	556
Bibliografía: Dr. Héricourt, Les maladies des sociétés.—Joseph Barthélemy, Le problème de la compétence dans le démocratie.—Manuel Dominguez, El Alma de la Raza.—Alejandro Fuenzalida Grandón.—El trabajo y la vida en el mineral de «El Teniente».—José Toribio Medina, Novela de la Tía Fingida.....	561

